



Relatos cortos 2021

XI Certamen Mujeres

XI Certamen Mujeres FSC-Andalucía 2021

INDICE

- 1-SER MUJER Y HOMBRE**, Karlina Olmos Martínez
- 2-AL LADO DE LOS JILGUEROS**, Isabel García Vinao
- 3-HOY**, Vicente Pérez Maseado
- 4-SHUS- PDO NADIE**, Lourdes Aso Torralba
- 5-SOLILOQUIO**, M^a Paz Plaza Santamaría
- 6-MI PANDEMIA ERES TÚ**, Juan Luis Rincón Ares
- 7-EL CAMINANTE**, Concha Mora Olmedo
- 8-TOLERANCIA CERO**, Esteban Torres Sagra
- 9- LA CONCIENCIA**, Miguel Ángel Carcelen Gandía
- 10-ESTIMADO BRIGADIER CRISTINO**, José Ignacio Tamayo Pérez
- 11-FRENTE A LA PUERTA**, María Dolores Martínez Gea
- 12-NO ASI**, Eva María Baos Ruiz
- 13-HERIDAS**, Yolanda París Tudela
- 14-DESEAR SOÑAR**, Eloy Calvo Pérez
- 16-NO DEJA RASTRO**, Héctor Daniel Olivera Campos
- 17-ACOTACIONES AL VERBO QUERER**, Salvador Vaquero Montesino
- 18-TRAS LA VENTANA**, Matilde Bello Orozco
- 19- CARIÑO**, Juan Lorenzo Collado Gómez
- 20-COTIDIANO**, Malena del Campo
- 21-LA HUÍDA**, María Fernanda Arrojo Novoa
- 22-CRISTALES**, Raúl Castanon del Río
- 23-LA HABITACION PROHIBIDA**, Carlos Ordonez Ferrer
- 24-POLVOS DE HADAS**, Andrés Castellanos Gallego
- 25-CAROLINA**, María Soledad García Garrido
- 26-PESCA**, Estíbaliz Madrazo San Emeterio
- 27-EL PROVEEDOR DE IGUALDAD**, Javier León Sorribes
- 28-LAS IDAS QUE DA LA VIDA**, Sergio Ostale Bielsa
- 29-EL ESCAPARATE**, Rosario Gómez Fernández
- 30-VIDA PERFECTA**, Ángel de Frutos Acevedo
- 31-UN BAÑO DE ESTRELLAS**, Pilar Romero Mateos
- 32-EL AMOR TODO LO PUEDE**, Rosalía Guerrero Jordán
- 33-LAURA**, Francisco Juan Barata Bausach
- 34-LOS APARADORES**, Miguel Paz Cabanas
- 35-TE PERDONO**, Raquel Haro Pérez

XI Certamen Mujeres FSC-Andalucía 2021

- 36- **TODO APARIENCIA**, Silvia Oller Jurado
- 37- **YA NO TENGO MIEDO**, Natalia Jaurrieta Casanova
- 38- **LA MAYOR LACRA QUE NOS FRENA**, Moisés Martínez Quintana
- 39- **METAFORAS**, Chelo Sierra López
- 40- **NIÑA ACUCLILLADA**, Alfonso Sergio Barragán Rincón
- 41- **MUERTE ENVIDA**, Alba Varela Roca
- 43- **COTIDIANIDAD**, Jacinta Navas Amez
- 44- **PROMESA DE AMOR ETERNO**, Ramón González Reverter
- 45- **NI UNIFORME NI QUEDO CONTIGO**, Silvia Lucena Herrera
- 46- **INADAPTADA**, María del Mar de los Ríos Porras
- 47- **MISA DE DOC**, Nuria García González
- 48- **CONVERSACIONES VIEJAS**, Natalia Pereira Martín
- 49- **YA NO TENGO MIEDO**, Natalia Jaurrieta Casanova
- 50- **LA PROXIMA ESTACION**, Belén Rodríguez García
- 51- **DÍA DE LA MUJER ESO QUÉ ERA, HABÍA COLE**, Marta Padilla García
- 52- **ULTIMA CARTA DESESPERADA**, Jaume Moreso Mallofre
- 53- **ME APUNTO**, Asier Sasian Bariaz
- 54- **INDEFENSA**, Margarita del Brezo Gómez Cubillo
- 55- **UN NUEVO LUGAR**, Mercedes Vázquez Martínez
- 56- **CADENAS**, Irene Gallego Lara
- 57- **LOS LÍMITES DEL AMOR**, Eva García Fiances
- 58- **LA RUEDA**, Beatriz Vázquez Campana
- 59- **REALIDAD MAQUILLADA**, Montserrat Gómez Sánchez
- 61- **AMINA**, Silvia Asensio García
- 62- **LA ULTIMA MARCHA DE GHAALIYA**, Gustavo Leyton Herrera
- 63- **UN RAYO DE ESPERANZA**, Ana Belén Laguna Serrano
- 64- **CUANDO TODO ARDIÓ**, Soledad Jiménez Ramos
- 65- **LOS POEMAS DE LUCINDA**, Elena Solera Muñoz
- 66- **ROSAS ROJAS**, Laura Cabedo Cabo
- 67- **NO MAS FRASES POR MI BIEN**, María Caballero García
- 68- **EL PREMIO**, Raúl Clavero Blázquez
- 69- **METAMORFOSIS**, Miguel Nombela Blázquez
- 70- **A CIEGAS**, Elena Gómez Atienza
- 71- **LIBERTAD**, Alejandro Requena Mechón
- 72- **LOS DIAS LIVIANOS**, Marta Vinas Elias

02/01/2021

SER MUJER Y HOMBRE

Hubo así una vez ...una chica jovencita a la cual le salió pretendiente y la cual aceptó por salir del núcleo de familia en el cual se encontraba lo cual no significa que fuese lo acertado pero ella le dijo que si pues no le iba bien con sus padres y se casaron ambos un buen día para el resto de sus días. Maruja que así se llamaba se quedó en cinta enseguida y nació Juan Antonio el cual falleció de asfixia el pobrecito y luego casi inmediatamente se quedó embarazada de nuevo y nació Cristóbal el cual nació y creció maravillosamente bien, sin problemas ninguno lo que ocurrió fue que como (Maruja) se casó con el primer novio formal que le salió pues los anteriores no daban la cara bien ella con el devenir de los años se sentía insatisfecha y en la casa de esta familia no existía la armonía que digamos por ello no habían buenos momentos haciéndose la tensión y la tenebrosidad acopio de esa familia en la cual el amor brillaba por su ausencia. Ángel trabajaba todo el día en su puesto de peón camionero y llegaba por las noches extasiado oyéndose los gritos y las madres mías porque no se duchaba para cenar y seguidamente dormir juntos y es que él provenía de familia de "jitanos" y ella una vez casada ya no se acordaba así pues los moratones corrían por los brazos de <Maruja> debido a sus quejas y a sus gritos de insatisfacción pues ella se sentía hombre -mujer pues trabajaba mucho con la casa, los niños y cuando le salía trabajo fuera lo cogía y así aportaba algo de dinero para la familia la cual se hizo "familia numerosa" casi sin darse cuenta nació Marisol, Marieta, Antonio, Karolina, Ángel etc., y así ella estaba muy entretenida pues no tenía tiempo para verse a sí misma, solo a los demás estaba entregada hasta que el dinero empezó a faltar en casa y

<<Angel>> se vió obligado a irse al extranjero a trabajar ,cambiando <Maruja> su forma de ser totalmente con los niños los cuales se sentian mal,frustrados por no tener el <papa> a su lado y darse cuenta de lo <ogro> y parecido con la madrastra de <blancanieves> que tenian como madre dando la cara de su personalidad totalmente ,(fría ,calculadora,y envenenadora mental) de sus propios hijos a los cuales les hablaba mal del papa echandose ella todas la <flores> a si misma ,el tiempo pasó y Angel volvió notando la frialdad y el mal estar en su propia casa ,pues se le acabó el contrato de diez años y volvieron a ser los mismos,ella chillaba y el le hacia los moratones de pellizcos en los brazos para defenderse de las agresiones verbales,en la actualidad ninguno de los dos estan vivos,pero ...estuvieron juntos en ese plan toda su vida ,mas de 60 años juntos

.

AL LADO DE LOS JILGUEROS

Hoy me atrevo a escribirte para decirte que nunca más pronunciaré tu nombre. A partir de este momento, siempre que me refiera a ti, te llamaré MAL TRA TA DOR, en mayúsculas; sí, en mayúsculas y con las sílabas separadas. También pronunciaré esta palabra con odio. Si recapacitas, que no te creo capaz, ¿de qué otra forma podría hacerlo?

Me casé contigo. Nunca hice caso de los consejos de mi madre. No por rebeldía sino porque el amor me puso gafas en los ojos y vi con las dioptrías del enamoramiento. Ella, en mi relación de noviazgo me repitió muchas veces: "Hija sus ojos no engañan, son fríos y distantes, de sabor a vinagre. Sus ceños de acero indican que su cabeza piensa cosas que oculta. Sus palabras están llenas de hipocresía y de dobleces. No es santo de mi devoción. Este hombre no te conviene. Piensa en tu futuro antes de dar el paso. A su lado sé que no vas a ser feliz". Yo desoí sus palabras y eso que, en materia de maltrato, mi madre ya tenía experiencia con la vida que le hizo pasar mi padre.

Y hoy, con frecuencia vuelvo a acudir allí, —a donde acudía mi madre—, donde cantan los zorzales. Sus gorjeos tristes se embuten por mis oídos, y, a veces, se unen con mi llanto; otras, como si ellos comprendieran mi ánimo, me miran y dejan de cantar. Entonces lloro en soledad en esta orilla del río. Mis sollozos se unen a su rumor que también parece comprender mi dolor. Siempre que me encuentro destrozada por tus maltratos, acudo al puente, y aunque a veces los pensamientos me impulsen a atravesarlo, nunca lo hago. Allí, a las aguas del río, cuando sé que nadie me está observando, lanzo piedras con fuerza, intentando sacar todo el dolor y la rabia que llevo acumulados. A este mismo lugar acudía mi madre cuando también era maltratada, yo era pequeña y la seguía. Entonces yo todavía no entendía nada. Sólo sabía que venía a este puente cuando mi padre chillaba, o la golpeaba, o le increpaba con su lengua de veneno. Ese lugar era su refugio y su llanto se unía con el canto triste de los zorzales. Ahora, soy yo la que acude. Parece que el destino nos hubiese cosido con los mismos hilvanes negros.

AL LADO DE LOS JILGUEROS

Hoy has vuelto a pegarme. ¡Tus puños encerraban tanta violencia! Hoy he visto tus ceños de acero y tus ojos de vinagre. ¡Esos ojos que ya vio en ti mi madre! Tu boca soltaba palabras envenenadas. Hoy me has recordado la crueldad de mi padre y el miedo de mi madre. Pero yo no tengo hijos. ¿A qué espero pues? ¿Y si los tuviera? Si los tuviera iba a sacarlos cuanto antes de tus garras. ¿Es que te necesito para algo? ¿Es que acaso no tengo derecho a luchar si la mi vida es mía? No soporto volverte a ver.

Por eso, hoy he pensado que debo perder el miedo y que voy a cruzar el puente. Pasaré del lado de los zorzales de canto dolorido y quejumbroso, al otro lado, al de los jilgueros que con su canto alegre elevarán mi ánimo. Lo he decidido. Hoy, por fin y para siempre, voy a dejarte. Elijo apartarme de ti porque la vida es mía y no tienes derecho para martirizarme. Mi papel no es seguir siendo maltratada sino ser amada, valorada y ante todo respetada.

A handwritten signature in blue ink, consisting of stylized, overlapping loops and strokes, positioned centrally below the text.

HOY

Belén estaba desesperada. No sabía qué hacer. No entendía lo que le ocurría a Sara.

Le acercó el plato otra vez.

-Te lo he hecho porque es lo que más te gusta.

Si amaba a alguien era a Sara, su única hija, una niña de cinco años. Llevaba dos días negándose a comer.

-No, no quiero.

-Venga, si esto te encanta.

-No.

-Prueba un poco, aunque sea un poquito nada más.

La niña, negando con la cabeza, apartó con su mano el plato. La cuchara cayó en el mantel.

-Cariño, si no comes no te vas a hacer mayor.

Sara bajó la mirada.

-Por eso. No como porque no quiero hacerme una mujer mayor.

-Pero eso es una tontería- dijo Belén, acariciando la mano de su hija- ¿Por qué no quieres crecer?

La niña no contestó.

¿Por qué no quieres hacerte una mujer mayor?-insistió Belén

Por fin Sara habló casi en un susurro.

-No quiero tener la cara llena de manchones morados.

Belén comprendió hasta qué punto se había equivocado calládoselo. El daño que hacía a su hija, el daño que se hacía a sí misma. Esa misma tarde fue a la comisaria y denunció los malos tratos.

SHUS

PSEUDONIMO. NADIE

Shus. No levantes la voz que te oyen. Y lo que pase aquí, aquí se queda.

Tienes razón. No puedo gritar. Alzas el puño, ese que me intimida hasta hacerme guardar el mayor de los silencios. Por si acaso, tienes a bien no descargarlo contra mi cara. Si, shus. No digo nada. ¿Qué voy a decir? ¿A quién? Podría decir tantas cosas. Por ejemplo, hablaría del control telefónico. Necesitas saber en todo momento qué hago, donde estoy, cuanto me demoro comprando el pan, por que calle he salido, con quién he hablado. Dices que no me involucro con lo tuyo, que tú, en cambio, estás tan pendiente de mí, que yo solo soy una desagradecida. Perdonarás, pero no entiendo nada de motores alternos, de correas de distribución, de bulones, presostato, árbol de levas o válvula de mariposa. Lo que sí sé es que nada tuve que ver con el accidente del que me culpas. Yo no estaba allí apretando el acelerador cuando te llevaste la primera falange del dedo de tu compañero. Me acusaste porque por la mañana todavía me dolían todos los huesos y mi beso de buenos días había sido frío y tembloroso. Difícil estar contenta en este infierno. Y por más que he callado, esto no mejora, así que empiezo a creer que no todo es culpa mía. Me asusta perder el norte, que me noquees de tal manera que ni siquiera pueda distinguir cuando tienes razón y cuando te estás extralimitando. Lo digo porque primero gritas, te enfadas y terminas por soltar un puñado de lágrimas como si estuvieras arrepentido. Dices que no se volverá a repetir. Que estabas cansado, que si yo hubiera sido más cariñosa, que... miles qué, que siempre terminan estampándose contra un muro.

Te diría que me voy pero no creo que fueras a dejarme. No me queda otra que escapar. Tan lejos que no puedas encontrarme nunca. Shus, no te diré donde voy. Shus, no te voy a contar mis planes. Shus, tengo paciencia. Encontraré el momento oportuno para que no sospeches. Que mi madre se ha roto una pierna y necesita que le ayude un poco. Un par de horas nada más. A dos manzanas de nuestra casa.

Shus, ni siquiera puedo confiar en ella. Si sabe adonde voy, al final, hablará. Shus. Lo siento madre, me voy sin despedirme. Tampoco hablo con mi mejor amiga. Shus. No voy a involucrar a nadie.

Shus. Cuando no esté, será tu turno. Te preguntarán donde estoy. ¿Callarás que me fui porque me pegabas? ¿Dirás que soy una inútil?

Shus. Dí, sé valiente y dí porqué me he ido. Dile al mundo lo que eres.

Shus, tu subconsciente te ha estado gritando todo este tiempo que eso no se debía hacer, que yo no soy tuya. A Freud le habría encantado analizarte. Habría dicho que tu “ello” no entraba en conflicto con tu “yo” y tu “súperyo” y que tu complejo de Edipo no te permitió internalizar las normas, en resumen, que tu falta de conciencia moral podría justificar tus actos.

Basta ya de chacharas. Voy a gritar al mundo quién eres. Voy a pregonar tu nombre, seguido de tu condición de maltratador. Ahora eres tú quien ha de morderse la rabia, quien ha de dar explicaciones de adonde va y porque, quien ha de tener miedo al peso de la justicia, quien está a punto de perder hasta la libertad.

Shus. No levantes la voz, que te oyen. Y lo que pase allí, allí se queda.

Tengo razón. No puedes gritar.

SOLILOQUIO

Elvira escuchó un día una canción que le pareció preciosa, en la forma, pero muy dura en el fondo; la impactó tanto que se quedó con su soniquete para siempre, y, a menudo, repetía: “ Mientras la violencia camine por la calle, agarrada del brazo de cualquiera, suerte mía , no vengas a buscarme, que `refiero seguir a mi manera...” . ¡Buuuuffff!, se veía reflejada en ella; la persona que escribió esta canción, debía estar pensando en alguien como ella, me va como anillo al dedo, lamentablemente para mí, pero me tiene que servir para evadirme, para creer que se refiere a otras personas, que yo tengo otra vida mejor.

Es una mujer joven, que se enamoró de un hombre de más edad que ella, cuya experiencia la fascinó. Al principio era como una fiesta; a Germán todo le parecía bien, todo era complacencia, llevaban una vida lo que se dice feliz. Abordaban los problemas de la convivencia diaria, adaptándose, cada uno a las costumbres del otro; a ella le parecía que estaban muy compenetrados, qué suerte he tenido..., pensaba,

Pasados los primeros años, Germán se fue volviendo menos complaciente, sobre todo a raíz de que Elvira perdiera su trabajo. Eso de “contigo pan y cebolla”, parecía , claramente, que no iba con él.

Comenzaron los primeros reproches, y un día salió de su boca la lindeza de que era una “mantenida” y de que “qué sería sin ella si no fuera por él”. Estas palabras y otras mucho peores , que se iban sucediendo , le revolvían las tripas a Elvira, llegando a no reconocer al hombre del que se había enamorado, todo era demasiado duro. Poco a poco, las cosas fueron empeorando cuando llegaron las faltas de respeto mutuo, los insultos...

A pesar de esta penosa situación, sin embargo, Elvira se sentía atada a Germán, y pensaba que no sería capaz de prescindir de él, ya que , ahora, sentía que le necesitaba para vivir, no reaccionaba, estaba totalmente acobardada ante tamaña situación. Era una dependencia absurda que ni ella entendía. Estaba apegada a su maltratador y era lo peor que le podía pasar.

Elvira no sabía identificar ese trato vejatorio con ningún tipo de violencia, llegando a pensar que si no había golpes ni malos tratos físicos, no se podía hablar de tal cosa, así que aguantaba día a día; todo era un mal sueño, eso no le podía suceder a ella, un día todo volvería a la normalidad antes vivida y no debía hablar a nadie de lo que estaba pasando, qué vergüenza , ¿ qué iban a pensar de ella?.

Se negaba a pensar que ese hombre pudiera ser un maltratador, no podía soportar esa idea y seguía sumida en su sueño, sin aceptar la verdadera realidad, ni compartirlo con nadie de su entorno.

Había decidido seguir con la venda en los ojos, ese fue su gran error.

6-MI PANDEMIA ERES TÚ (JUAN LUIS RINCON ARES)

Mi pandemia eres tú

Por Jota Elerrea



Lo esencial es invisible a los ojos.

(El Principito. *Antoine de Saint-Exupéry*)

Viajé en horas punta en autobús y en metro con la frecuencia que permitía mi limitada economía y podía escapar de tu obsesiva vigilancia. Cuando alguien se tocaba la frente o tosía sospechosamente, me acercaba sigilosa bajándome con disimulo la mascarilla.

“¿Dónde has estado hoy?”, rugías en cuanto llegabas, *“Te llamé a las dos y a las tres y no estabas aquí, en casa”.* *“Yo... fui... yo...”*, murmuraba yo segura de que la tercera cerveza comenzaría a poblar de negros nubarrones tu voz y tus ojos. *“Me llamó Chari y ...”, “¿No sabes que hay pandemia y que no debes...? Con salir yo para mi trabajo ya nos vale a ti y a mí?”*, *“Es mi hermana y yo...”*, *“Mira, mejor cállate que la vamos a tener...”* Esa vez tuve suerte. El punto y aparte fue una bofetada. La bronca se saldó con un empujón y tu letanía de insultos. Todavía conservaba el moratón en el ojo, recuerdo de la “reprimenda” del domingo pasado, tras el 0-3.

En cuanto supe que José y Carmen, los ancianos de abajo, tenían fiebre y parecía que ..., comencé a bajar a su casa a cuidarlos. Me habían confiado una copia de sus llaves. *“Pero, Lolita, chiquilla, que te podemos contagiar, ya nos apañaremos... Y ponte la mascarilla y los guantes...”* Y yo que no. Les hacía la comida, limpiaba la casa y les mimaba con los mismos o más besos y abrazos que les daba antes de...

Cada noche, antes de que llegaras, me tomaba la temperatura con el viejo termómetro de mercurio, el único recuerdo de mi madre que había sobrevivido a tus frecuentes tormentas. El lunes tampoco tuve suerte. 35 y medio.

El miércoles, sin embargo, mi dolor de huesos era diferente. El primer café no me supo a nada ni encontré el aroma de la naranja que mondé ilusionada. El termómetro me dio la razón. 39 y décimas. Mi frente ardía. A pesar del dolor de cabeza, sonreí satisfecha. Ya no salí a la calle quebrantando la cuarentena ni fui a ver a nadie. No era eso.

Por la noche volvieron llover bastos. Otra bronca en el banco. Te devolví un apasionado beso por cada bofetada. Fueron legión. No sabías qué estaba pasando. *“Qué querrás tú hoy, cacho guarra, te voy a dar lo tuyo y lo de tu hermana”*, me dijiste arrojándome sobre la cama. Me violaste una vez más, como una perra. Me dejé hacer sin cesar de buscar tu boca una y otra vez.

Dos días después, ya no te pudiste levantar. Eras grupo de riego por mucho que lo negaras. El sudor perlaba tu frente, te ahogabas y apenas balbuceabas *“Llama a ... , llama a, la pandemia...”*.

“Mi pandemia eres tú”, te escupí antes de escamotearte el móvil y tomarme otros dos paracetamoles. Sonaba “Un ramito de violetas” en la radio. Sonreí dolorida. Cerré la casa con llave y llamé para vinieran a buscarme. *“...pero ponte doble mascarilla y guantes, Chari. Te espero abajo.”*

El caminante

Nife

La fuente de aguas puras y cristalinas reconforta al viajero que se acerca a saciar su sed. Un torrente níveo aflora en ese recodo de la senda solitaria que atraviesa los montes cuajados de blancas y aromáticas flores de jara.

El viajero detiene su paso en aquel recóndito lugar y reposa del largo camino recorrido. ¡Hola!, le dicen las montañas. ¡Hola! Repite el eco en los umbríos valles.

Caminar, caminar y caminar, sin rumbo fijo, buscando algo en las alturas que sus sentimientos haga cambiar. Caminar, caminar y caminar, despacito, tanteando el terreno. Un viajero solitario, ni siquiera le acompaña un perro fiel en su eterno deambular. Solo, sólo persiguiendo algún sueño que los que nos cruzamos con él no conseguimos adivinar.

¿A dónde te diriges, caminante solitario? ¿Deseas que te acompañe en tu deambular errante? Atrás quedaron amigos, amores y sueños precoces. Tú eludes la compañía de los escasos viajeros con los que te cruzas; llevas a tu espalda un oscuro secreto que sólo tu alma conoce. Si alguien te acompañara en tu huir, quizás tu boca no podría callar. Ahora, desde lo alto de la colina, te veo partir después de haber saciado tu sed. Y en la retina llevas grabado este triste paisaje de la umbría. Una salobre congoja inunda mi pecho, mi boca y mi garganta al observar la triste figura que se pierde entre las sombras: la misma congoja que anega su alma.

Quizás algún día vuelva a encontrarme contigo en algún paraje escondido entre las montañas. Y, quizás, entonces desvelas lo que tu corazón guarda celosamente.

Otro viajero con el que me crucé me narró la triste historia que su corazón encerraba. Vivía feliz y sin apenas sobresaltos en su despreocupada infancia.

Hasta aquel día en que su inmaculado e inocente espíritu descubrió la obscuridad, la sombra que atenaza a algunas almas. Ni siquiera la costumbre pudo hacer obviara aquel comportamiento de su propio progenitor. Su hermana lo guardaba en su herido corazón pero él apreciaba una velada tristeza en su rostro. Hasta aquel día; llegó antes del trabajo y descubrió la escena. Su hermana, arrodillada, lloraba abundantemente y su padre, de pie, amenazaba con pegarle al tiempo que le decía: *tu padre te quiere mucho. Eres su preferida. Anda, dame ese gusto y demuéstreme que tú también me quieres mucho.*

Santiaguito no lo pudo evitar. Se abalanzó veloz hacia su padre y lo derribó de un empujón, con tan mala fortuna que cayó su cabeza sobre la base de la chimenea, se golpeó y quedó inerte; tendido cuan tan largo era y con los genitales al descubierto.

Ahora, triste y solitario, deambula errante por los caminos y la obscuridad le persigue mas el atraviesa raudo valles y montañas huyendo enfebrecidamente de la sombra acechante. Ojalá pudiera susurrarle al oído algunas palabras que cicatrizaran su herida. Tal vez, algún lejano día pueda su alma sentirse aliviada de su peso al compartirlo con algún alma gemela y por las suaves y acariciadoras frases de un corazón blando y amante. Hasta entonces seguirá caminando sin rumbo fijo y sin sentido, buscando un alivio que sólo hallará en el evocador paisaje que se prende en sus alas y en las aguas de algún lejano y susurrante arroyo que con su frescor calme el ardor que le posee.

TOLERANCIA CERO.

Debí cincelar en bronce envejecido las iniciales de los préstamos que cancelaba cada vez que él incumplía sus promesas o pronunciaba en vano mi nombre detrás de un improperio. Nadie merece que se pague un interés tan alto por su cariño si a cambio hay que tolerar su ninguneo, sus abusos a la hora de rellenar el formulario con una pluma que se mojaba en la tinta de mis propios cardenales.

Debí facturar su equipaje de intemperies y yacer sobre sábanas de lino, sin abrirle las acequias de mi carne desde el día que osó manipular mis convicciones y arrastrarme con la excusa del deseo por los arrabales de su prepotencia; pero siempre me traicionó la desmemoria, la debilidad, el arrepentimiento, la raíz de aquel amor que me conquistó con sus mejores galas y luego fue degenerando, día a día, hasta una relación de monigotes. Lo que pasa es que la espiral te atrapa y no distingues cuándo el consentimiento enciende las luces de alarma, como si se perdiera la referencia de una misma en aras de ir alimentando el monstruo en el que se convierte la convivencia.

Debí someter el amor a referéndum, porque no todo es válido cuando se ama y mi integridad no entraba en las apuestas. Ni deben sopesarse otros extremos para tomar una decisión que se demora sabiendo, en el fondo, que el final está a la vuelta de la esquina y que cuanto más se tarde en afrontarla y borrar los últimos escarnios, más miseria se acumula en sus renglones.

Debí anteponer mis convicciones y plantarme frente al toro de su ego cuando quería embestirme con violencia, pero le fui consintiendo y consintiendo entre abusos y sumisiones enfermizos hasta que me vi sola ante el espejo, sin la máscara del maquillaje y los rumores, hasta que, por fin, puse tierra de por medio entre sus manos pendencieras y mi idea romántica del matrimonio.

Dos cosas he aprendido: nunca es demasiado tarde para vencer al miedo. Nunca es demasiado pronto para que una persona recupere la dignidad perdida.

LA CONCIENCIA.

- Yo te creo, no te preocupes –acompañó sus palabras con un gesto tranquilizador.

- Sí, pero la gente... -se resistía la muchacha a dejarse consolar, mirándose con pánico, con horror, e incrédula todavía, las manos manchadas de sangre.

- Calla, calla..., siéntate, por favor y respira hondo..., no pienses en nada..., ahora no, Claudia –pronunció el nombre con indecisión, creía no haberlo entendido bien.

Le tendió su propio pañuelo para que se limpiase el rojo que salpicaba gran parte de su cuerpo. Asumía que aquello iba en contra del protocolo y que un buen abogado lo podría utilizar sabiamente, sin embargo, antepuso el bien de aquella desconsolada veinteañera que no paraba de hipar.

- El cuchillo lo trajo él, lo juro, me amenazó..., nunca había llegado a tanto, lo prometo. Hasta el momento se había ido conformando con..., bueno, manoseos..., el cuchillo es suyo..., ha sido él, por mi vida lo juro, lo llevaba escondido debajo de la camisa y al agacharse para agarrarme..., ¡Dios mío!, ¡cuánta sangre ha salido!, pero se lo ha clavado él... Nadie me va a creer, ¡nadie!...

Se acercó a ella, empujó con suavidad sus hombros para sentarla y la abrazó.

- Yo sí te creo - le volvió a susurrar.

- Ya se lo había firmado, como todos los meses, pero no se conformó, hoy no..., -ahogó el sollozo mientras miraba un papel que descansaba sobre la mesa camilla.

Mientras continuaba acariciándola, lo leyó:

“...aumento de la deuda del alquiler por pago tardío en un veinte por ciento...”.

- Le debía mucho dinero, se aprovechaba, pero no tenía a dónde ir...; la gente va a pensar que... -sorprendió la mirada de la policía, apenas diez años mayor que ella.

Ésta, entonces, avisó por walkie a su compañero, sin olvidar esconderse el papel en el bolsillo.

Su experiencia le dictaba que todo cuanto ayudase a las víctimas, no estorbaba.

Jamás le remordió la conciencia.

Miguel Ángel Carcelén Gandía.

Estimado brigadier Cristino

Castropol, a veinte de octubre de mil novecientos dos

Estimado brigadier Cristino:

Le escribo estas líneas en respuesta a su afectuosa carta del tres del corriente. Lo primero esperar que al recibo de la presente se encuentre usted bien. Después del desastre en Cuba de sobra es sabido el riesgo que nuestros soldados corren en los enclaves de ultramar y lo menos que desearía es que pudiera sucederle a usted ningún mal. Ciertamente es que Fernando Poo es plaza afecta, pero haría usted bien en tomar cuantas precauciones estén a su alcance no siendo que las condiciones en esos territorios pudiesen llegar a cambiar. Me contaba en su última carta que están a punto de trasladarle a la península y que, según sus previsiones, ello conllevaría el ascenso al generalato cosa que, a quienes le conocemos, nos llenaría de alegría. Ojalá eso suceda pronto, sobre todo por cuanto toca a su seguridad personal.

El motivo de mi contestación, sin embargo, no es lo tocante a su carrera militar, sino responder a la generosa oferta de matrimonio que me hizo en su última carta. Le diré que quedé abrumada con sus palabras y que no creo merecer los elogios que en ellas me dedica. Que daría hasta su última gota de sangre por su madre, por Dios, por la Patria y por mí son —a mi parecer— excesos que, si bien me halagan, me abruman sobremanera, pues no creo estar a la altura de su santa madre ni del amor que debe profesarse por Dios y por España. Además, detallaba usted en su propuesta la vida que tiene planificada para la mujer a la que tome como esposa. Dada mi “lozana juventud y la nobleza de mi estirpe” —copio literalmente sus palabras— me dice que su ambición es criar en mi compañía hijos sanos, temerosos de Dios y amantes de la Patria. Respecto a eso siento decirle que lo que usted tan gentilmente me ofrece no es la vida a la que mi difunto padre me acostumbró. En su puesto de secretario de embajada, mi madre y yo tuvimos que acompañarle a París, Londres, Zurich y Estocolmo y debo decirle que a lo que allí me hice, difícilmente podría encontrarlo en un pequeño pueblo de Asturias. Ciertamente que amo —como toda persona bien nacida— el lugar en el que vine al mundo pero,

sinceramente, no creo que fuese capaz de desempeñar el papel de esposa y madre abnegada en la pequeña localidad que a ambos nos vio nacer. Como a la mayoría de las mujeres, creo que me satisfaría tener hijos, pero creo que aún no ha llegado ese momento. Soy una persona todavía joven y tengo otros proyectos para mi futuro. En primer lugar deseo seguir viendo mundo. Y, aunque le parezca extraño mi propósito, me gustaría también desarrollar una carrera profesional como a la que usted mismo y tantos hombres tienen derecho. Hablo y escribo con propiedad en tres idiomas y he estudiado en algunas de las mejores escuelas de señoritas de Europa, por lo que creo que estoy capacitada para ello. En estos momentos me encuentro esperando noticias de uno de los amigos que mi difunto padre dejó en Madrid y, si finalmente el mismísimo conde de Romanones diera autorización para ello, presumo que podría entrar como auxiliar en el ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Supongo que le parecerá extraño que una mujer se afane en trabajar en el negociado de un ministerio, pero esa y no otra es mi aspiración inmediata. La cuestión, estimado brigadier Cristino, es que yo no daría mi sangre por usted. Ni siquiera por mi país. Lo que anhele dar a mi país no es mi vida, sino mi trabajo. Creo que de esa manera podría contribuir a la regeneración de la que —después de la triste pérdida de nuestras colonias— tan necesitada está España. Así pues, sintiéndolo vivamente, he decidido declinar su amable petición de casamiento.

Puesto que desconozco cuál será el destino en el que pueda encontrarse al recibo de estas líneas, las remitiré a la Comandancia de Marina de Oviedo para que, desde allí, la Armada se las haga llegar al lugar al que el servicio a España le haya llevado en este momento.

Sin más, deseando que consiga la sumisa y leal esposa que merece, se despide suya afectísima:

Valentina

FRENTE A LA PUERTA

Con gafas de sol salgo a la calle sin mirar atrás, caminando con determinación hacia mi destino. El cielo se ha vuelto gris invadido por nubes pesadas y oscuras que están a punto de estallar. No llevo paraguas, no me importa, no me detengo. Las gotas comienzan a caer sin pedir permiso, sigo colocando un pie después del otro avanzando. Los paraguas van apareciendo, cada vez hay más y la gente con la que me cruzo me mira a la cara. Debe ser porque sigo con las gafas de sol en mis ojos en un día donde abunda la oscuridad. Casi no siento mis pies por el frío y la humedad.

La acera es ancha, los viandantes aceleran el paso, algunos me tocan con sus paraguas, sólo quieren llegar cuanto antes al interior de sus hogares. Mi falda está totalmente pegada a mi cuerpo, la siento fría, empapada, y mi pelo está aplastado, ya no se mueve al viento. Sigo avanzando por las calles de este barrio, los semáforos me obligan a detenerme unos segundos, el lugar al que me dirijo me espera, presiento que sabe con seguridad que hoy es el día.

Estoy frente a la puerta, he pasado muchas veces por delante de este edificio sin atreverme a entrar, el miedo ha sido siempre más fuerte, he estado huyendo de mi propia realidad.

Ha llegado el momento de hacerlo, no hay vuelta atrás, mi decisión es firme. Me quito las gafas y queda a la vista el color morado alrededor de mis ojos, es el mismo color que tiñe más partes de mi cuerpo. Subo las escaleras, solo son dos pisos y un señor me guía hasta una sala. Me siento a esperar mi turno. Hay mucha gente a mi alrededor, me miran con disimulo, mis rodillas no dejan de temblar, pero ya no lo hacen a causa del miedo. Palabras hirientes, miradas humillantes, gestos groseros, gritos inesperados... y cobardes golpes llegan a mi recuerdo con claridad mientras miro las agujas de mi reloj en un tiempo que me parece detenido.

He llegado hasta aquí para dar un nuevo rumbo a este barco, a mi vida, que es como me he sentido durante muchos años, siempre a la deriva, pero mis velas no se doblegarán más, mi mirada no se ocultará y volverá a salir el sol bajo el que caminaré con una sonrisa sincera sin gafas de sol.

“Sueño”

Ni así

Él no podía dejar de mirarme mientras yo, concentrada en mi labor, hacía bailar los bolillos, vueltas y entrecruzamientos imposibles sobre la almohadilla al ritmo del monótono concierto producido al chocar entre ellos los palillos de madera de olivo. Era yo tan hábil entretejiendo los hilos y colocando las agujas que sujetaban la labor, y realizaba unos trabajos tan hermosos, que incluso desde pueblos vecinos me hacían encargos.

-Ana, hay algo que me gustaría decirte dijo él de repente rompiendo el silencio, buscando mi mirada-. Me gustaste desde el momento en que te vi cruzar la puerta de esta casa, tan guapa, con esa tez de leche y rosas, tus infinitas pestañas, los ojos de terciopelo negro, la dulzura de tus labios, la gracia de tu talle...Te miré y pensé que había encontrado a la madre de mis hijos.

Cesó el repiqueteo de los bolillos sobre la almohadilla. Sin apartar la vista del alfiler que me disponía a pinchar en el picado, le contesté:

- Hace poco que nos conocemos, ni somos novios formalmente.
- Lo podemos ser desde ahora si tú quieres, y prometernos en un par de meses. Tendremos toda la vida para conocernos. Me gustaría hacerte feliz.
- Me complace oírlo, pero para ser feliz no necesito pasar por la vicaría.
- Escúchame, dijo tomando mis manos entre las suyas-. No tendrás que trabajar, no soy rico, pero no te faltará de nada. No tendrás que hacer encajes. Estarás en esta casa como una reina dedicada en cuerpo y alma a nuestros hijos
- Hago encaje de bolillos porque me gusta y además me pagan los encargos. Con lo que gano, pago a tu madre el alquiler de la habitación y el derecho a cocina, con lo que me queda tengo para mis cosas. Puede que algún día tenga mi propia casa. Los encajes se pagan bien. Tampoco quiero dejar de hacer otras cosas que también me gustan: leer en la cama hasta la madrugada, dar un paseo al atardecer, tenderme sobre la hierba fresca. Me gustaría poder ir al cine, al teatro, viajar...Me temo que si me caso tendré que renunciar a todas esas cosas. Si renuncio a ellas me sentiré vacía, incompleta.

- Yo ya tengo una edad y no puedo esperar mucho. Tendremos muchos hijos pronto y tu felicidad será plena. La maternidad hará que valga la pena, ya lo verás. No echarás de menos todas esas cosas.
- ¿Solo ves en mí a la madre de tus hijos? Creo que soy algo más que una paridera. Tengo mis propios planes de futuro...
- ¿De qué planes me hablas? Ana, no es propio de una señorita pensar así. Es por esa vieja solterona, la que fue tu maestra en la escuela, ¿no? La misma que vendió sus dientes para pagar las deudas de su prometido. Si está loca. ¿Acaso no sabes que perdió la cordura cuando él la dejó porque le daba asco que no tuviera dientes? Desde entonces no se le ha acercado nadie. Sé que viene a verte algunas tardes y te trae libros. ¿De qué habláis? ¿No será de esas tonterías como irte a estudiar a Madrid? A saber qué ideas te está metiendo en la cabeza. El lugar de una mujer es su casa, cuidando de su marido y sus hijos. ¿Acaso esa maestrilla no ha leído la Biblia?: “Con dolor darás a luz los hijos; y con todo, tu deseo será para tu marido, y él tendrá dominio sobre ti”. Por eso es una amargada solterona que no ha sido capaz de retener un hombre a su lado – sentenció.

Aquel desagradable comentario fue el último. Fue la gota que colmó el vaso.

- ¿Pero quién eres tú para hablar así de una mujer que para más inri no conoces? ¿No has pensado que tal vez sea ella la que no quiere un hombre a su lado? ¿Y en serio crees que debemos servir y darle hijos a un hombre solo porque lo dice la Biblia? Pues escúchame bien, no voy a casarme contigo. Sólo tengo 18 años y toda una vida por delante. No estoy dispuesta a renunciar a nada y menos por alguien que demuestra tanta falta de respeto por las mujeres. Me alegro de que hayamos tenido esta conversación, porque así he podido saber cómo piensas. Créeme, no seríamos felices juntos.

Siin mirarme, respondió que estaba cansada y no sabía lo que decía, que lo pensara bien antes de darle una respuesta y ya hablaríamos por la mañana. Luego me pidió que fuera a la cocina a traerle una cerveza, que de tanto hablar tenía la boca seca. Apenas acabó la frase, me puse en pie volcando la silla de mimbre y salí del salón. Hice la maleta y recogí mis cosas. . Antes de abandonar la casa, dejé sobre la mesita de noche de la que había sido mi habitación el pago por adelantado de un mes de alquiler.

HERIDAS

Yolanda París Tudela

Te he visto llorar, a veces, oculto detrás de tus manos cuando los últimos coletazos de la vida de tu perra llegaba al final. Acariciarle el costado para susurrarle unas últimas palabras que pudieran contener toda esa bonita historia, y despedirte así de tu amiga.

Hacerlo, en silencio, acurrucado al lado de la camilla, agotado.

También te he visto levantarte en mitad de la noche para arropar a tu sobrino desvelado por un tos repetitiva y seca, y prepararle un vaso de leche caliente para que desapareciera toda esa angustia y pudiera volver a dormirse. Cruzar la calle corriendo para recoger a esa señora que tropezando acabó tirada en el suelo y que reclamaba una ayuda que no acababa de llegar.

Esos son los detalles que me atrevo a recordar hoy, aquí sentada en el sofá mientras el rostro maltratado de una nueva mujer pasa a engrosar la lista de las Heridas, no puedo evitar estremecerme ante tanta furia, ante ese temor que se extiende día a día.

Respiro hondo por cada golpe recibido, por esa joven y aquella mujer que me rodean y a las que no puedo salvaguardar aunque quisiera, su nombre me es ajeno y no puedo ubicar su rostro.

El perfume de tu nombre viene a mi memoria en estos momentos, sorprendida de que en un instante tan delicado tu sonrisa se mezcle con ese sufrimiento ajeno que no consigo digerir.

Será que te conozco y sé que si estuvieras aquí me cogerías de la mano y me la apretarías con suavidad para demostrarme que para ti también es ésta una tragedia inabarcable. Continuarías escuchando ese telediario a duras penas, tú que serías incapaz de hacer daño a nadie.

Será por eso que pienso tanto en ti, ahora que estás lejos y no puedo sentirte aquí a mi lado, tu voz me resulta tan necesaria,. Recuerdo también nuestras conversaciones, aquellas horas que compartíamos cuando tú no lograbas escabullirte de la pena que te embargaba por la situación tan delicada de tu hermana.

Habían pasado unos años y aún te dolía esa herida, respirabas con dificultad cada vez que evocabas su nombre e imaginabas que las cosas podrían haber sido distintas aquella tarde cuando su prometido la golpeó sin piedad y te dejó a un margen de la tragedia.

Sentías que tenías que haber estado ahí, te repetías, y haber evitado, a cualquier precio, esa agresión. Y esa falta te resultaba tan inmensa que no encontrabas razones para perdonarte.

¿El qué ? Te preguntaba.

De qué exactamente te sentías culpable.

De estar bien, de no tener la visión de un ojo mitigado, de no haberte pasado mes y medio en el hospital con el cuerpo lleno de heridas, de haberla dejado sola aquella tarde.

Y yo encogía los hombros y no sabía qué responderte porque no siempre se podía evitar las cosas, aunque uno tuviera las mejores intenciones.

Pero para tí todo eso era inadmisibile.

Deberías haber estado allí. Ese día.

Y estuviste.

Montaste guardia en su casa después de salir del hospital y no la dejaste sola ni un instante hasta que dictaron la orden de alejamiento, no faltaste ni una sola tarde hasta que el juicio se celebró y ella encontró el valor para poder declarar. Permaneciste junto a ella numerosas noches en su casa, en la habitación de al lado, para que las pesadillas no la molestaran y pudiera conciliar el sueño.

Yo trataba de explicarte que habías sido un buen hermano, pero tú siempre te exigías más.

Te costaba perdonarte la tristeza de sus ojos y que estuviera tan delgada que fuera casi un fantasma.

Te cogía la mano, entonces, y sonreía tranquila porque me resultabas delicado y no sabía cómo explicarte que no podías sentirte responsable de algo que no habías provocado, no sólo sufrías por ella sino por cada golpe o humillación que padecía cualquier mujer que conocías o de la que tenías noticias.

Esas mujeres por las que sentías una enorme empatía, no lograbas canalizar tu enfado y tratabas de concienciar a todo aquel que te encontrabas porque al ver el rostro dolorido de cualquiera de ellas, de nuestra vecina Josefa, te parecía que era más que un simple golpe.

Era el fin de la concordia.

Una lucha que llevaba años manteniéndose.

Esa lucha que tú sentías como tuya cada vez que alguien dañaba un rostro al sentirse dueño de él y que para ti era un fracaso más de nuestra civilización.

Y no sólo era tu perdida era también la de otros hombres sensibles que no sabían cómo enfrentar un hecho que otros ocasionaban, que llevaba la huella intacta de un machismo que costaba tantísimo hacer desaparecer. No encontrabas palabras cuando esto sucedía, no sabías qué decir porque a pesar lo de lo que habíamos hablado tú sentías que esa muerta, y la de la semana anterior, y la otra, podían haberse evitado.

Y que si eso seguía sucediendo era porque muchos otros seguían haciendo daño, atacando, cargando con su culpa a otros como tú, que proclamaban, a gritos, a diario una cierta reconciliación para que mujeres como Claudia, y tu hermana, no tuvieran grabado en su rostro el testigo de una batalla que nunca tuvieron que haber presenciado.

DESEAR SOÑAR

Sabe que está soñando, pero si no puede sentir de verdad qué otra cosa puede hacer sino imaginar.

Sabe que está soñando cuando siente la suavidad de esa pluma que zigzaguea por su espalda, se detiene en uno de sus hombros, asciende lentamente por el cuello y juguetea en su rostro arrancándole una sonrisa de gozo y satisfacción.

Sabe que está soñando y que esa plenitud que siente no es la suavidad de una pluma la que la produce y que las caricias que imagina sobre su cuerpo entregado al amor no es su amado quien las realiza.

Sabe que está soñando y que no es su amado sino la persona a la que la vendieron siendo una niña la que se derrama en su interior y la lleva al éxtasis.

Sabe que está soñando y lo sabrá cada noche que los hechos se repitan en esa prisión en que el destino convirtió su vida. Pero, precisamente porque lo sabe no tendrá más remedio que seguir soñando.

Eloy Calvo Pérez

NO DEJA RASTRO

El agente va desgranando a la inspectora Lidia como el marido de la víctima, y presunto asesino, le asestó a la esposa varias puñaladas en el escenario del crimen, la vivienda que había sido el hogar de la pareja, en el apartamento "Tercero c". Las lesiones eran mortales de necesidad, así que de nada sirvió que la interfecta tratara de huir bajando por las escaleras hasta desplomarse en el vestíbulo del inmueble.

La inspectora contempla absorta el reguero de sangre oscura que la mujer apuñalada ha ido dejando por los peldaños de la escalera. En el rellano de la tercera planta una miríada de gotas como estrellas y, a partir del segundo, un hilo continuo que se vuelve ancho en la primera planta, hasta desembocar a piel de portal, como un estuario homicida, encharcándose en torno al cadáver yacente.

Un agente se acerca a la Inspectora y le comunica que ya han identificado el cadáver y que la mujer se llamaba Estela.

-¡No puede ser! -reacciona Lidia que sale de su ensimismamiento-. ¿La víctima se llamaba Estela?

-Así es.

-¿Qué es esto, una broma macabra? -pregunta la inspectora sin apartar la vista de la estela de sangre que mancha los peldaños.

-El asesino tenía una orden de alejamiento dictada por el Juzgado en su contra que le impedía aproximarse a la víctima -continúa informando el policía.

-Un papel no puede parar a un puñal -murmura Lidia.

-También sabemos que la fallecida había llamado varias veces al teléfono cero dieciséis de atención a las víctimas de violencia de género.

-Ese que no deja rastro en la factura -añade Lidia sin apartar la mirada del rastro de sangre que dejó Estela.

Una enésima tragedia que quedará reducida a un número cantado en los telediarios. El sistema incapaz, hasta lo criminal, de salvaguardar la vida de una

mujer. Una muerte más que no dejará rastro alguno en nuestras abotargadas conciencias.

ACOTACIONES AL VERBO QUERER

En tus labios “te quiero”, siempre fue una expresión de posesión. Más allá de la pasión de nuestros inicios, de los detalles preliminares y algún regalo por Navidad o por mi cumpleaños; el verbo querer se tradujo en celos, el control de mis amistades y continuas broncas por mis faldas y mis escotes.

Aún me echo a temblar cuando recuerdo el uso que dabas al futuro perfecto de indicativo: te querré siempre. ¿Cómo imaginar que esa frase romántica iba a convertirse en mi peor pesadilla? Prefiero imaginar que en pluscuamperfecto hubieses querido conocerme y aceptarme, apartando la conjugación que implicaba posesión para acercarte a la del verbo amar. Porque yo te amé, en pretérito perfecto, y te amaría en condicional si tú me hubieras dado la oportunidad de ser yo misma, sin meterme en una cárcel invisible que me impedía respirar, en pretérito imperfecto de indicativo.

Romper esos barrotes, buscar mi libertad en infinito, me llevó a que me enseñaras de verdad como conjugabas nuestra relación, y a que me hubieras golpeado, no solo con tus palabras, en pretérito pluscuamperfecto, sino sobre todo al peligroso verbo temer.

Temía tus amenazas, en pretérito imperfecto y he temido hacer algo que pudiera provocar tu ira, en pretérito perfecto compuesto, pero sobre todo me aterraba mirarte a los ojos y encontrar solo tus reproches, sin poder hallar aquella persona de la que me había enamorado.

Cuando tuve valor para escapar de tu lado aprendí otros verbos pronominales que jamás había conjugado en forma reflexiva, como el esconder, y padecí el verbo sollozar en todos sus pretéritos, cada vez que escuchaba las promesas que me enviabas a través de mensajes a mi móvil.

Pero esta vez no estaba dispuesta a conjugar el verbo perdonar, y cuando me empeñé en intentar hacerte entender que entre nosotros todo había terminado, me mostraste sin piedad el verbo “amenazar”.

Creí que el tiempo te haría olvidar, y me olvidarías, como mis amigas me aseguraban esgrimiendo con presunción el condicional; pero nada más lejos de la realidad. Tú preferiste el verbo vengar, y te propusiste que fuera tu futuro perfecto.

Debajo de las vendas que cubren mi rostro, hoy desfigurado por el ácido, no hay lugar para ningún otro verbo que no sea luchar, en infinitivo. Luchar por una nueva vida, por un amor que no mate, por poder mirarme en un espejo y no sentir lástima, y porque algún día alguien quiera conjugar conmigo el verbo amar, en presente de indicativo.

FIN

Tras la ventana por Matilde Bello Orozco

Salió del portal y echó un último vistazo hacia arriba, a la ventana del cuarto piso desde donde se dedicó a observar la vida de los demás, cuando la suya no le pertenecía.

Durante siete largos años Elena sintió el pulso de la ciudad a través de la fotografía de esa plaza sometida a su escrutinio. Su paisaje, sus gentes y sus rutinas dieron forma a un adictivo universo al que asistía con verdadera devoción todas las mañanas. Incluso llegó a encariñarse con algunos de sus personajes, agradecida de que pintaran su tediosa existencia con ciertos brochazos de imaginación.

No le gustaba mirarse las manos cuando descorría las cortinas. Las tenía agrietadas y enrojecidas; sospechaba que por algún tipo de alergia a la cal, aunque tal vez solo envejecían prematuramente de tanto preservar el sueño de las caricias que allí dormían. Así que cerraba los ojos y, como si fuera una película, los abría cuando ya había retirado aquella tela beige, esperando con infantil ansiedad la presencia de los protagonistas.

A las ocho llegaba puntual el camarero del bar de abajo, pertrechado siempre con una sonrisa a prueba de lenguas hirientes y groseras. Mientras preparaba las cinco mesas de la terraza ella se tomaba un café bien cargado, sin azúcar, y aspiraba su olor lentamente hasta que podía sentirlo en el estómago. Sabía que su embriagador aroma estaría conectado para siempre con aquella ventana.

A las ocho y media, la mujer rubia del portal de enfrente salía a bordo de unos tacones con los que advertía de su determinación. Le gustaba pensar en ella como una abogada de éxito, quizás ejecutiva, pero, en cualquier caso, acostumbrada a llevar el mentón a la altura de sus expectativas. Elena no se imaginaba caminar con semejante arrojo. Su brújula solía apuntar hacia ella cuando las escenas de aquella plaza revoloteaban entre los pliegues de su descorazonadora sumisión con la desfachatez de despertar sus sueños.

La ruidosa aparición de niños y niñas se hacía patente hacia las nueve menos cuarto en su rutinario viaje hacia el conocimiento. Era un momento que disfrutaba con especial deleite porque con ellos las pautas se rompían, la fotografía se movía, se llenaba de matices imprevistos, de colores siempre nuevos. Elena ya no tendría hijos.

Sabía que aquella obsesión suya por mirar a los demás era tan patética que se avergonzaba de sí misma, pero le servía para salir de su propia piel y sujetarse a un hilo de vida. Era peor cuando la vigilancia se interrumpía. Eso solo significaba que la noche anterior él se había despachado a gusto con ella, dejando la atmósfera empañada con el abominable rastro de su deshumanizada presencia. Entonces Elena solo se levantaba de la cama para hacer la comida y asearse mínimamente.

Durante mucho tiempo selló sus labios con un disciplinado pacto de silencio que imponía el repliegue de sus preguntas. Por qué, por qué, por qué... Hasta que un día entendió que la violencia no necesita de argumentos para ejercerse, y supo que su nombre sería pasto de las noticias. Pensó que debía urdir un plan, pero el destino se burló de ella y le requisó el tiempo.

La última paliza fue tan salvaje que acabó con su alma desparramada en el hospital y con sus posibilidades de maternidad arrasadas por derribo. Entonces tuvo la última revelación. No hacía falta ningún plan, solo liberarse del voto de silencio. Y denunciar. Y lo denunció.

Ahora él estaba en la cárcel y ella abandonaba ese piso de funestos recuerdos con la mirada teñida de esperanza. La taza de café y aquellas sesiones matinales tras la ventana eran los únicos efectos personales que se llevaba.

Separó sus ojos, por fin, del cuarto piso, y cuando se giró se encontró con la exquisita distinción de la mujer rubia, que caminaba con su habitual prestancia. Durante apenas un instante sus miradas se cruzaron y ella le regaló una sonrisa cómplice que la reconfortó. Sintió como si el *cloc cloc* de sus tacones aplaudiera al alejarse.

Elena inspiró despacio para sentir la plenitud del sol columpiándose en sus mejillas; observó por última vez a los transeúntes de aquella plaza y, levantando la barbilla, se fue a beber el horizonte.

CARIÑO

Vamos a ver, cariño... Supongo que no te importa que te llame así, por hacerlo de alguna manera, porque llamarte pedazo de sinvergüenza sería demasiado fuerte para comenzar esta carta de despedida.

En primer lugar, tengo que dar gracias a Dios porque ya era hora de que esto del divorcio fuera algo tan palpable que me permitiera largarme de casa y dejarte con buen viento y con todo ese montón de señoras, por decir algo, que tanto te gustan y que te dan más placer que yo, que, como tú decías, era una estrecha porque no sabía o no me avenía a realizar ciertas prácticas sexuales. Y es que todavía hay que mantener un poco de vergüenza y del decoro que a ti parece faltarte.

Lo que nunca he conseguido resolver ha sido el enigma de para qué te casaste conmigo, que borde ya debías ser bastante y sabías que sería difícil que fuéramos felices. Perdón, que lo fuera yo, porque buena chacha sí que te buscaste. Recuerdo que hasta que aprendí a cocinar a tu gusto muchas veces me chorrearon los fideos y demás salsas por la cabeza.

Después de tanto tiempo he conseguido conocer la felicidad lejos de ti. He tenido la desdicha de saber lo que es un infierno a tu lado, con el miedo y ese temblor reflejo que afloraba a cada rincón de mi piel en el momento en que oía tus llaves penetrando en la cerradura de nuestra casa, sabiendo que en unos momentos estarías machacándome. Muchas veces deseé abrir la ventana y tirarme pero siempre esperé tener una pequeña oportunidad para conseguir escapar y lograr un poco de la felicidad que tú me arrebatas a cada instante estando a mi lado y, en tantas ocasiones, también desde lejos. Cuántas veces, por hacer una gracia, habías afirmado qué pocas veces me habías puesto la mano encima, sin aclarar que te valías de tu cinturón o de lo primero que encontrabas. Y sabes que tengo cicatrices que lo certifican. Las que no se ven, ésas son las que perduran, las que son imposibles de borrar, las hiciste con el

martillo y el punzón de tus palabras, que me relegaron a la creencia de ser algo peor que el peor de los animales. Siempre tu voz para arrastrarme por el fango, haciéndome sentir que no era nada. No te puedes imaginar cuánto dolor cuando yo sólo esperaba de ti un poco de cariño, no tanto como el que yo te tenía, porque has de saber que te he querido más que a nadie. Sólo quise un poco de comprensión, una caricia que no llegó nunca.

Ahora estoy lejos. No te diré dónde y ni tan siquiera echaré la carta en la población donde vivo para no darte pistas de mi paradero, estoy segura de que tu orgullo y tu mala leche te harían buscarme sin tardanza y yo sólo quiero un poco de paz, aprender a vivir sin que estés a mi lado, que fue lo que me hubiera gustado más que nada, caminar por la calle cogida a tu mano, sentarme a ver la televisión contigo, compartir un cigarrillo... esas cosas que llenan una vida corriente, dejando un regusto de felicidad junto a quien se quiere. No pudo ser, y no porque yo no pusiera de mi parte todo lo que fuera necesario, pero es que cada vez que te sonreía intentando hacerte una gracia sonaba tu voz: "Hoy tienes cara de tonta". "Joder, qué risa tan estúpida tienes hoy"... Vamos que no te faltaban palabras "entrañables" para demostrarme tu cariño y el mucho amor que sentías por mí.

Estoy pensando qué hacer esta tarde. Iré al cine o me sentaré a leer una revista y a mirar con tranquilidad por la ventana. No necesito más, hasta la soledad me parece una buena amiga. Sé que pronto podré encontrar a otras personas con las que poder compartir mis ratos de ocio y encontrar un trabajo.

El amor es algo impresionante, capaz de hacer migajas la montaña más dura, pero que es cosa de dos y tú no me has querido nunca, como ahora me ocurre a mí mientras me despido de ti para siempre.

COTIDIANO

Era el último día de ese año maldito. Magda estaba agotada de tanta agenda social, entremezclada con las restricciones cambiantes. Sin embargo, estaba entusiasmada con la reunión, sabía que si consolidaba la venta, iba a marcar un precedente como la directora más importante de la historia de la empresa. Sería el último esfuerzo de su agenda y enero la encontraría libre de cualquier compromiso. Su estómago le pedía un digno desayuno pero el reloj se lo impidió. Salió casi con la misma ropa con la que había dormido. La hebilla le recogía la mitad del pelo y el delineador estaba en doble fila. El mensaje de su asistente le sacó una mueca dudosa. "Dejá de arreglarte, eso ya no tiene solución. Apurate que tenemos el tiempo justo". Bajó por las escaleras porque el añejo ascensor demoraba una eternidad. En esos cuatro pisos, transpiró la médula espinal y humedeció su camisa. El portero intentó establecer una conversación en un momento inoportuno, como era su costumbre. "Guapa, ¿pero dónde vas tan apurada?". Agitó su mano derecha en gesto de saludo veloz, salió a la calurosa vereda y se dirigió al metro. Eran sólo tres estaciones pero con ese calor no tenía planeado movilizar un músculo de esfuerzo extra. Quería guardar esa energía para estar lúcida el mayor tiempo posible. Para alivianar la fatídica maratón y esperar el transporte con menos ansias, pasó por el kiosco de revistas para comprar la nueva edición de la Revista Magnolia. "¿Buen día, no?", le recriminó el desconocido sexagenario. "Me quedé sin stock, pero si me dejás tu teléfono, te aviso cuando la tenga nuevamente". Se negó y le agradeció el gesto, con cierta resistencia. "Ya la pillaré más adelante", se excusó. Luego se arrepentiría de haberlo hecho. Mientras estaba bajando las escaleras del metro, escuchó que se acercaba uno. Apuró el paso para no tener que esperar al siguiente. Pasó su tarjeta magnética pero el lector no la advertía. Lo intentó tres veces hasta que la señora de atrás, más impaciente que ella, la fulminó con una frase murmurada que Magda no logró distinguir. El guardia de seguridad no tardó en intervenir. La invitó a acercarse a él para poder asistirle. "Permítame su tarjeta". Intentó pasarla y el mismo tedioso error se manifestaba en el lector. Estaba desmagnetizada, diagnosticó el doctor de tarjetas. El remedio era sustituirla pero, por esta vez y porque tenía unos ojos "increíbles", pasaría por la puerta de emergencia sin pagar el billete.

Ella inventó una sonrisa que intentó reemplazar por un implícito agradecimiento y, sin emitir sonido, siguió recto hasta el andén. Aprovechó para contestar los 38 mensajes del grupo con una corta frase: "Estoy llegando". En su jerga, eso se traduciría a que estaba a más de veinte minutos. Hora punta, el tren venía imposible. Un señor le hizo un hueco y la alentó con un movimiento de manos, parecido al de los toreros que esquivan a su presa. Sin ánimos pero con la reacción que el momento ameritaba, se apretujo entre el falso torero y la señora con bolsas de compras. "Siempre lo mismo", le dijo el hombre con aliento de cigarrillo y resaca de whisky. La flamante directora monosilabeó y bajó la mirada. El transporte público requería de concentración y atención. Acomodó su espalda con la de la desconocida mujer y fijó los ojos en el cartel de la línea. Mientras repasaba su excusa por la tardanza, una adolescente gritó al techo si le podían dar el asiento a una mujer embarazada. Entre murmullos, le abrieron paso a la parturienta. El altavoz del metro anunció en tres idiomas distintos, la próxima estación. Era la suya y lo más parecido a la felicidad, le invadió la paciencia. Nada más relajante que despedirse del transporte infernal. Mientras subía las escaleras de dos escalones a la vez, intentó sacarse el jersey. Estaba más abrigada que lo que necesitaba. Dos hombres que iban en sentido contrario le esbozan un intento de halago y echaron a reír. Ella suspiró y metió la ropa sobrante en el bolso. Salió a la calle. El sol del mediodía era corrosivo e inventó un placebo para aplacar tanto sudor. Entró en una tienda, se compró un refresco y con el primer sorbo atolondrado, se empapó la mitad de la cara. Con el puño, se secó la boca mientras el empleado del almacén le guiñó un ojo. Apuró el paso y empezó a correr. Estaba cerca. O eso creía.

"LA HUÍDA"

Sentado al lado de su madre, expectante por saber en dónde vivirían a partir de entonces, el niño no cesaba de preguntarse cuáles serían los auténticos motivos de su madre para regresar a aquella terrorífica vivienda. Sólo con pensar lo que sería encontrarse con aquella bestia, se le ponían los pelos como escarpias.

Su madre, con el afán de tranquilizarlo, le había dicho que tardarían poco tiempo, bastarían unos minutos para recoger algunas cosas imprescindibles, aprovechando que él estaría trabajando, fuera de la casa que hasta hace unos días había sido el hogar familiar.

Pero no fue así. Nada más verlos llegar, salió a la puerta de la casa como si estuviera al acecho. Al ver a su mujer, la acorraló. El niño, invadido por el pánico, se esconde dentro de la vivienda.

De algún modo, la madre consiguió deshacerse del terrorífico agresor. Momento en el que el monstruo dirigió su ira hacia el niño, encontrándolo, muerto de miedo, detrás de una puerta.

La mujer, histérica, gritaba el nombre de su hijo, suplicando que lo soltara. Tras el pánico inicial, el chaval peleó con todas sus fuerzas para soltarse de las zarpas del animal.

De repente, la madre golpea al hombre con un inesperado mango de escoba. Aturdido cae al suelo, momento en el que aprovechan, madre e hijo, para escapar, sin mirar atrás.

Cansado, reclinó la cabeza encima del hombro de su madre, adormeciéndose con el trasfondo de las explicaciones que, desde el asiento del conductor, la trabajadora social le daba a su madre.

Se dirigían a una nueva vida sin violencia en aquella casa de acogida para mujeres maltratadas que junto con sus hijos buscaban un hogar donde guarecerse.



María Fernanda Arrojo

CRISTALES

La amplia avenida se estremecía por el ruido pesado de un tráfico desbordado por la lluvia. Trombas de agua gris, la polución incesante y el suicidio lento de las prisas: la ciudad en hora punta. Sin embargo, del otro lado de los cristales subía la temperatura y bajaba la humedad. Se estaba bien, o en todo caso mejor que en la calle, al calor de cualquiera de aquellos cafés preparados para templar la áspera mañana de invierno. Un camarero ordeñaba con frenesí la cafetera para los clientes que llegaban huyendo temporalmente del agua, del frío o de sí mismos.

En una de las mesas, un hombre encorbatado hablaba sin parar sobre la conveniencia de suscribir un seguro. Frente a él, una mujer. Muy pintada, cubierta de adornos dorados que ya nunca llegarían a oro, rubia que no pasaba del bote, y casi desentendida del discurso comercial postulado entre el rumor de otras charlas. Fumaba en silencio, mirando el monólogo del agente de seguros, a su vez vendedor y cliente, como ella misma; como cualquiera en ese continuo trueque de roles que es vivir. No había nada seguro para ella, no podía haberlo con la vida que llevaba. Habían terminado sus cafés, pero no la entrevista. Afuera la lluvia seguía cayendo sobre las calles plomizas y cargadas de ruido. La mujer asentía de cuando en cuando a lo expuesto por el hombre, más pendiente, de la conversación de la mesa a su espalda. Hasta que todas las voces callaron de pronto para volverse hacia el ruido exterior.

—Fatal, está fatal siempre el tráfico en esta calle —le decía a alguien la anciana de la mesa de detrás. Estaba sentada también junto a la ventana y miraba más allá de los cristales empañados y chorreantes de lluvia.

Los cristales traslucían lo que venía tras el chirrido de neumáticos frenados en seco sobre el asfalto encharcado. Otra vez los cristales mostrando lo que era mejor no ver, no ver suceder; no padecer. Cristales como los que cortaron adentro, muy adentro, en el alma, aquel día fatídico y condicionante para su vida. Los cristales empañados hoy dejaban ver la suerte del peatón dentro del susto. Estaba siendo abroncado por el conductor del turismo, aturdido, quizás culpable de imprudencia en el cruce de la calzada; pero indemne. Final feliz esta vez del otro lado del ventanal.

Tras la súbita interrupción, el hombre de los seguros retomaba su letanía comercial. La mujer a la que hablaba parecía no estar allí ahora; ahora menos

que antes. Ni el café ni los seguros eran su negocio. Su negocio estaba, todavía, en los apartamentos de arriba y era mucho más antiguo. Asentía de nuevo, sí, pero ya en dirección a la mesa de atrás, que seguía focalizando su atención tras el incidente de la calle.

–Fatal, cuando yo digo que está fatal el tráfico de esta calle... –reiteró la anciana tras apartar la vista de los cristales–. Y no te vayas a creer que es cosa de ahora, está mal de siempre. Hace años alguien no tuvo la suerte de ese hombre de hoy. Lo digo porque me tocó ver cómo atropellaban a una señora que finalmente... –añadió, ampliando sin saberlo el alcance de su relato–. Fue ahí delante mismo. Tanto tiempo después y no se me olvida

El comercial detuvo de golpe su verborrea. En el plano contractual la súbita palidez de la mujer carecía de importancia, no entraba en la póliza; ningún seguro cubría las roturas de cicatrices, pero llamaba la atención. ¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra mal?, oyó que le preguntaban. Pero no hubo respuesta por parte de la mujer. Para qué explicarse, si nadie entendería su dolor y su conflicto, ni el transcurso de su carrera por la vida. No, nunca debió correr tanto; no es posible huir de la lluvia interior cuando llueve sobre mojado. Una vida de tormentas repetidas y cristales rotos. Roturas, eso era todo lo que le quedaba. Punzadas de aquel día reflejado todavía en el espejo vidrioso, insuficiente del tiempo transcurrido. Pesaba mucho, mucho más de lo soportable, toda una juventud ya lejana pero siempre agolpada con violencia traumática en la memoria. Había llovido muchas veces, pero ninguna lluvia terminaba de llevarse las marcas supurantes del maltrato, los abusos de todo tipo que hicieron de ella lo que es, lo que daría cuanto fuera por dejar de ser; dejarlo por razones de dignidad y no de edad. Era lo que era sin poder cambiarlo; la vida casi nunca atendía a razones. Sacó de su bolso un estuche y de allí unas gafas con un cristal partido. Las abrió y las colocó frente a sí sobre la mesa, mirándolas; mirándose. Habían pertenecido a la última persona que la amó y la defendió mientras pudo de lo que la habían empujado a ser. Ahora todo cuanto quedaba de esa persona era eso, un recuerdo de cristal rajado y cortante, una herencia indeseada sin opción de renuncia. Tras el cristal agrietado de aquellas gafas había un suceso trágico, una pérdida ampliada con doble aumento. Por aquella grieta ella nunca dejaría de contemplar su recuerdo y su ausencia, la visión roja y gris de su madre atropellada y sin vida bajo la ciudad lluviosa.

La habitación prohibida

(Irati)

- ¡No abras esa puerta!

Ella se quedó con la mano a cinco centímetros del pomo. Inmóvil y sorprendida por la firmeza con la que Julián había dicho la frase. Suavizando el tono añadió:

- Si necesitas el baño, está justo enfrente

Se habían conocido cuatro horas atrás, en la discoteca “Frenesí”. Bailaban cada uno con su grupo de amigos y amigas. Y sucedió lo que suele ser más o menos normal en situaciones así y en almas jóvenes. Sus miradas se cruzaron un par de veces, los gin-tonics facilitaron la veda, una sonrisa en el momento oportuno, coincidir en la barra, “¿te gusta la salsa?”, “¿dónde aprendiste?”, “¿y el ballenato?”

- Ainhoa, nos vamos ¿te quedas? ¿Estás segura? –Le preguntó a ella Esther mirando de reojo y con el ceño fruncido al acompañante de su amiga.

- Julián, ¿te vas a quedar?, la gente ya se va.– Le dijo a él su amigo Quique guiñándole un ojo.

Un último gin- tonic, “mi casa queda lejos”, “la mía cerca” y la pista de despegue ya estaba lista.

.

- Y ¿qué hay detrás de esa puerta?

- Nada. Es una habitación que tengo de trastero. Está toda desordenada.

- ¡Ah!

- La que importa es esta.

Julián abrió la puerta de su habitación. Las paredes claras con unas cortinas de un azul suave que cubría una ventana, una mesilla a cada lado de una cama de dos metros de ancho. Y frente a ella un caótico cuadro de Jackson Pollock. Todo apuntaba a una noche perfecta. Pero el misterio de esa habitación había bajado varios decibelios la lívido que un rato antes amenazaba con inundarles.

- Voy un momento al baño. Espérame y ponte todo lo cómoda que quieras.

Tres segundos después, ella transformada en gata abrió con sumo cuidado la puerta de la habitación prohibida, asomó la cabeza y de un vistazo lo confirmó. Cerró la puerta y regresó a la habitación. Él salió del baño.

- Pensaba que te ibas a poner más cómoda.

La agarró por la cintura.

- Espera –dijo ella con un tono frío-. ¿Qué hay detrás de esa puerta?

- Joder, que insistencia. Es mi trastero. Guardo herramientas, revistas viejas, cajas...

- ¿Qué más?

- Oye, chica. A ver: mi caña de pescar, una bici que ya no uso, un poster de mi dios Maradona, varios discos de vinilo... ¿Pero de qué vas?

- ¿Puedo entrar a verlo?

- Esto empieza a parecerse a un interrogatorio. ¡No!

- Pues adiós

Ella reaccionó con tal rapidez y determinación que a él no le dio tiempo a pensar ni a retenerla.

La atmósfera creada se había derrumbado como un foco a destiempo. Como el sonido de un teléfono en medio de una ópera. Se dejó sentar en la cama.

Ella ya había salido del portal cuando marcó el teléfono.

- Sí, Esther. Tenías razón. La cámara está justo al otro lado, en el trastero. A través del cuadro graba todo. Ven mañana a comisaría y preparamos la denuncia.

Polvo de hadas

Ella siempre quiso ocupar portadas de periódicos. Encontrar su nombre recubierto del brillo de la fama. Tuvo la certeza de que, tarde o temprano, haría cosas importantes. Trabajaría en medio de un desierto de dudas y miradas gélidas para hacerse un hueco en el mundo laboral. Y cuando todos la dieran por olvidada y alienada, atacaría de nuevo con más furia que nunca. Su gran golpe. El trampolín que la impulsaría por encima de la niebla y los muros recubiertos de espinas.

Él la quiso desde el momento en que la vio. Le colmaba de felicidad su sonrisa, su ilusión, el brillo que desprendían sus ojos. Siempre supo que ocuparía portadas de periódicos, porque estaba hecha para sobresalir. Se le engrandecía el corazón cada vez que pasaba tiempo a su lado y, por un instante, olvidaba el dolor que arrastraba su pasado. Las nubes parecían disiparse y entendía que con ella siempre *debía* alzarse el sol.

Y así, el cuento de redención continuó avanzando, recubierto de un polvo de hadas carcomido que aún mantenía el olor a miel. El oleaje que les rodeaba, invisible a sus oídos, parecía engrandecerse en algunos momentos de duda, cuando el temor y la irracionalidad aparecían, como sombras lánguidas que se escapan de lápidas condenadas. Pero eran espejismos. Ilusiones. Pronto bajaba la marea y todo volvía a su ser.

Y ella aceptaba, asentía. Y lo besaba y acariciaba. Y él, como un cachorro malherido, entendía que su destino estaba allí, en unos brazos amables que no se alzaban contra su rostro. Entre *te quiero* andaba el juego, con unos dados trucados que cada vez que rozaban con el pico de la mesa caían en seis. Las risas se hacían cada vez más estridentes, y las salidas nocturnas eran sustituidas por noches de intimidad donde no existía nada más que sus ojos. *Porque no existe nada más.*

A ella le prometieron que el mundo era un campo de batalla que ofrecía una carrera de fondo a quien fuera tan temerario como para retarle. A él le insistieron en que la maldad acechaba en cada esquina. Dos posturas tan

contrarias como la lanzada y el brazo del gigante que se convierte en aspa del molino por culpa de los hechiceros.

Y entonces, un día cualquiera, en un momento cualquiera, el Miedo adopta caras desconocidas y confunde los sentidos. *Porque si te vas, me abandonarás. Porque no puedes hacerme eso. Porque eres mía.* Y se alza como una sombra que logra mayor claridad conforme más rápida es la bajada. Y al principio escuece, y se mezcla con la sorpresa. *No te vayas. No volverá a pasar. Te quiero.*

Es en ese instante cuando una risa ronca parece recorrer sus oídos. Los de ella. Y se sabe atrapada. Sola. Incapaz de abrir la boca. ¿De qué serviría? ¿Y si no es para tanto? ¿Y si no vuelve a ocurrir? ¿Y si es un desliz? ¿Y si...?

La nieve lo recubre todo y ella la observa desde la ventana. Hace tiempo que el tren dejó de llamar a los pasajeros y la vía quedó oxidada. Las dudas se han convertido en brusquedad. El miedo, en tiranía. El poder parece estar anclado en un trozo de cuero alargado que quema cada vez que se le mira siquiera. Ha aprendido que las palabras pueden provocar un frío mucho más mortal que el acero. *Solo yo te comprendo. Solo yo te protejo. Solo yo te quiero.*

La muralla fue traspasada por un caballo de madera que nunca llegó a arder. Al menos, no frente a sus ojos. Y eso la condenó a vagar en una tierra extraña, inhóspita. Y ya solo se sienta frente al fuego a recordar que toda la vida es sueño. Y los sueños, sueños son. Un final inevitable que llegará en cualquier momento y ante el que ni siquiera puede gritar. Porque nadie la escucharía ya.

Ella siempre quiso ocupar portadas de periódicos. Encontrar su nombre recubierto del brillo de la fama. Tuvo la certeza de que, tarde o temprano, haría cosas importantes. El día que lo logró fue también el día que se dio cuenta de que no todos los cuentos de hadas tienen un final feliz. Y, ante el polvo de la nada, su último pensamiento voló libre en un deseo susurrado ante la inmensidad del firmamento.

Ni una más. Ni una menos.

Andrés Castellanos Gallego

No sé cómo reconfortar a mis padres, librarles de la losa bajo la que han quedado sepultados. Yo, al fin y al cabo, soy ya solo polvo. Cenizas que vuelan por el monte y se posan en las ramas de los robles, que flotan por el cauce manso del río y regresan a la orilla, donde toman el sol y recobran el vuelo. Únicamente polvo en suspensión. Me gustaría decirles que ya no hay sufrimiento, solo un silencio apenas interrumpido por el trinar de los pájaros y alguna racha de viento. Me gustaría, si algún bien puedo hacer por ellos, decirles que han elegido bien el paraje sobre el que han arrojado mis cenizas. Aquí todo es luz.

Me alegra que ellas corrieran más. La calle estaba embarrada y mis piernas no daban de sí. Lucía, con su sobresaliente en gimnasia, salió disparada hacia la tapia y desapareció. Marta se escondió detrás del contenedor de los plásticos, el amarillo, y me pidió, con el dedo sobre los labios, que guardara silencio. Sé que fueron a pedir ayuda, que no me dejaron abandonada. Ellas nunca lo habrían hecho.

Relatar lo que hicieron aquellos chicos es difícil. No lo comprendo. Yo no tengo ningún atractivo ni sé protegerme. Mi exceso de cromosomas, desde luego, no jugó a mi favor. Mis padres culpan a Marta y a Lucía por haberme dejado sola. Yo no sé cómo habría actuado si, en vez de a mí, se hubieran llevado a una de ellas en el coche, porque no tenía ni la menor idea de lo que querían.

Me sentaron en el asiento de atrás. Me entretuve intentando abrocharme el cinturón. Papá nos regaña a Patri y a mí si se nos olvida. Nos repite constantemente que el cinturón de seguridad es un seguro de vida en el coche. Por eso, en cuanto el más moreno, el de la cicatriz sobre la ceja, me sujetó las manos, le pedí que me dejara encajar el cinturón. No sé qué le provocó tal carcajada. El que conducía aceleró. Los árboles del parque pasaban muy deprisa. Me dio tiempo a ver a una niña del colegio esperando su turno en los columpios. Después de ella, ya no volví a ver a nadie conocido. Recuerdo que pensé que me habría gustado que Lucía hubiese venido conmigo. Recorrer tan deprisa aquellos caminos, con las ruedas chirriando sobre la tierra, era toda una aventura. Solo cuando me di cuenta de que comenzaba a anochecer, sentí miedo. Seguro que mamá me castigaba. Se enfadaba mucho en cuanto me pasaba un minuto. Dice que este mundo no está hecho para niñas como yo. Aún no sabía lo que vendría después.

CAROLINA

Recuerdo las risas. No sé qué les hacía tanta gracia. A mí me dio por reír también. Les dije que ya lo habíamos pasado bien, que el viaje en coche había sido muy divertido, pero que tenía que volver a casa. Les conté lo enfadada que se ponía mamá en cuanto me retrasaba, pero no me hacían caso. Decían que la fiesta aún no había comenzado, que no me preocupara por nada. Que lo íbamos a pasar bien.

Después de las risas, vinieron los nervios. Me pidieron que me quitara la ropa. Les dije que no. Había barro por todas partes y se podía ensuciar. Mi madre se enfadaría aún más. Entonces, uno de ellos, el de la ceja no, otro con el pelo rizado y unas letras raras tatuadas en el cuello, me gritó. Me gritó que no volviera a mencionar a mi madre, que nadie le había dado vela en ese entierro. Me acercó una navaja a la oreja y me la deslizó por el pecho, sobre la blusa. Todo se estaba complicando. Mamá iba a montar en cólera. Los botones de la camisa, una que me había comprado en Zara, rodaron por el suelo. No habría manera de encontrarlos entre las alfombrillas, con lo oscuro que estaba. Le pedí por favor que parara. Que se hacía de noche y necesitaba volver a casa. A esas horas ya debían de estar buscándome. Que ellos no conocían a mamá cuando se enfadaba. Llegué a suplicarles. Uno de ellos se desnudó. Yo no entendía, con el frío que hacía ya, que se quitara la ropa. Después, a la oscuridad de la noche se unió un bofetón que fundió mi vida en negro. Es mejor olvidar los detalles. De algunos no guardo recuerdos, ya que al poco perdí la consciencia. Ahora ya solo soy polvo. Y vuelo tranquila. Mamá ya no me espera. Me buscaron durante días, casi un mes. Me consuela saber que mamá no se enfadó conmigo. Lucía y Marta corrieron a contarle que unos chicos me habían obligado a subir con ellos al coche. Solo lloró. Eso es lo peor. Pensar que la hice llorar. Dicen que fue un consuelo encontrarme, aunque fuera en esas condiciones, pero yo no tuve la culpa. Juro que no tuve la culpa.

MARÍA SOLEDAD GARCÍA GARRIDO

Pesca

Para mi abuela, Concepción Echevarría

Papá llegaba a mediodía, con sus botas verdes, altas, su pantalón azul marino y su camisa de cuadros. Oliendo a sal. Traía la pesca en un carpancho. Mamá y yo escogíamos quisquillas, las cocíamos y poníamos a enfriar sobre una sábana en el suelo. Luego las llevábamos a vender a bares de la Puebla Vieja o a la Plaza de Abastos.

En el bar de Petra, no me gustaba cómo le hablaba su marido: burlándose de ella. A veces, delante de todos, le gritaba "cállate, que tú no sabes" y ella se ponía a recoger las mesas o se metía en la cocina a preparar las raciones de mejillones. Sus hijos jugaban entre las mesas. Uno tenía una mancha marrón en la frente y siempre parecía enfadado. El otro seguía al mayor a todos lados. Yo no jugaba con ellos porque eran unos pegones. Pero mamá les trataba con cariño.

En la plaza, Lalia nos compartía la mesa de piedra donde vendía pescado, porque nosotros no teníamos para alquilar un puesto. Pasábamos mucho frío allí de pie, durante horas. Rodeadas de turistas franceses, Lalia y mamá hablaban de cosas importantes.

- He tenido cuatro hijos y un aborto.

- A mí la pequeñuca se me murió a los pocos días. Don Ricardo no la pudo salvar.

Yo no entendía todo pero escuchaba atenta, disimulando.

- A Petra, Luis le dio una paliza... que le dejó las piernas moradas. En la cara no la toca para que la gente no sepa.

- ¿Y ella no se puede marchar?

- No, cariño, ¿a dónde va a ir?

Pensé en los hijos de Petra: el pegón de la mancha en la frente y el otro pequeñajo. Y me dieron ganas de ser mayor, para agarrarle del cuello al marido de Petra, aunque luego me llevaran al cuartel de la guardia civil.

Durante un tiempo, me pareció que mamá y Lalia tramaban algo. Hablaban de un pueblo de Palencia, al que se llegaba en tren desde Santander. Y juntaban duros en una botella: vi cómo varias vecinas les daban. Luego escuché que Petra se había ido. Y que el marido había salido a buscarla con la escopeta. A los pegones se los había llevado con ella.

Un día, cuando escogíamos quisquillas, papá le preguntó a mamá si tenía algo que ver con lo de Petra. Mamá no le miró, pero dijo muy seria:

- ¿Yo? ¡Qué cosas tienes!

Papá sonrió de costado y me guiñó un ojo. Nosotras seguimos trabajando.

Estíbaliz Madrazo

El proveedor de igualdad – Javier León Sorribes

Javier tiene un pequeño puesto en Almansa donde vende “Igualdad de Oportunidades entre Mujeres y Hombres”. Javier coloca su puesto en las zonas donde se necesita más conciliación de la vida personal y familiar, reparto equitativo de responsabilidades domésticas, e incluso, cuidado de mayores y menores. La gente compra cada día más estos productos. Es un artesano de la “Igualdad de Oportunidades entre Hombres y Mujeres”. Los vende a todo tipo de personas. La conciliación de la vida personal y familiar es muy solicitada, el reparto equitativo de las responsabilidades domésticas y familiares lo compran maridos que quieren implicarse en eso de la igualdad y madres que tuvieron un pasado confuso, fruto de una educación machista. Incluso vende sus productos a mujeres cuyas parejas no saben qué significa compartir las tareas del hogar y el cuidado de los niños y quieren ofrecerle a sus maridos este hermoso regalo. La “Igualdad de Oportunidades”, la vende en cajas cerradas de color verde, como la esperanza. Tiene clientes por todo el mundo, y ahora intenta introducir su producto en los países árabes y en todas aquellas regiones donde a la mujer se la ha tenido discriminada por razones culturales o religiosas desde tiempos ancestrales. Javier sabe que este proyecto es muy ambicioso y que los resultados se empezarán a notar a largo plazo, pero es optimista. Empezó vendiendo cajas de “Igualdad de Oportunidades” pequeñas. Recuerda que, en aquella época, las cajas verdes sólo traían equipos de fútbol mixtos, trabajos escolares en los que participaban los dos sexos, obras teatrales co-dirigidas por niños y niñas, etc... Como se dio cuenta de que el negocio funcionaba empezó a vender “Igualdad de Oportunidades” un poco más grandes, pero ya para adultos. Javier se está haciendo mayor y, antes de retirarse, ha decidido experimentar con un producto que crea adicción y es contagioso: “Igualdad de oportunidades permanente”. Cuando los clientes lo prueban, se dan cuenta de la ventaja que este producto supone para la convivencia y el entendimiento entre hombres y mujeres, y luego no quieren ningún otro. Le están llegando pedidos de todo el mundo. Pero antes quiere que termine con las existencias de “Igualdad de oportunidades” pasajeras, aunque ya le quedan pocas. En cuanto las acabe, se va a dedicar al nuevo producto. Javier está seguro de que en unos años se podrá jubilar porque ya todo el mundo se habrá hecho adicto a la “Igualdad de oportunidades permanente” y nunca más la tendrá que volver a comprar.

Las idas que da la vida

Ojalá nunca tenga que ser tu paciente, le dije una vez a cierta persona que tenía 15 años. Yo por aquel entonces tenía cerca de 30.

El otro día fui a una consulta urológica, por primera vez me atendió una uróloga. Es muy extraño que una mujer se dedique a esta rama de la medicina, pero existen. Esta profesional se llama Berta. Fue alumna mía en la secundaria y en el Bachillerato (soy profesor de Matemáticas en un Instituto). Aquellos años ella tenía un ideal de futuro que presumía como un sueño e incluso utópico.

Ella quería estudiar un bachillerato de Ciencias para convertirse en médica, pero la sociedad le decía que no, que los bachilleratos de Ciencias eran para hombres y que por supuesto cómo iba a estudiar Medicina, ¡qué locura era esa!, ¡si son 6 años de carrera, más la internidad, te vas a poner en una edad en la que ya no te podrás casar y mucho menos tener hijos! Se tenía que oír, y la típica ¡se te va a pasar el arroz! Y qué menos, ¡solterona, en mis tiempos irías para monja!.

Después de muchos sacrificios, esta persona consiguió sacar el bachillerato con Matrícula de Honor y hacer la EVAU, con una nota brillante que le permitió acceder al Grado de Medicina en la Universidad de Zaragoza. Ella, mujer, en un pequeño pueblo de Teruel, en la España abandonada, era capaz de llegar a estudiar Medicina. Si para cualquier persona de ciudad es muy difícil, sobra ponerse en la piel de una chica de 18 años de un pequeño pueblo de Teruel.

Con el esfuerzo económico de sus padres, entró a vivir en una residencia y se matriculó en primero de Medicina, con los nervios a flor de piel, el primero de sus sueños de niña se iba a cumplir, iba a estudiar lo que ella siempre había soñado. Mantuvimos el contacto y fue aprobando con mucho esfuerzo y tesón, hasta que acabó. Tocó estudiar la preparación del MIR que por fin aprobó la primera vez que se presentó, y le tocó elegir especialidad, en este tema primó más la cercanía (Zaragoza) que su preferencia.

Ser residente es complicado para todos, llegar a ser residente en tu ciudad de adopción es más... pero ser chica y residente en Urología es mucho más. Ni qué decir tiene los prejuicios que tiene, y sobre todo cuando varones de todas las

edades, pero sobretodo avanzadas, te tienen que enseñar sus partes nobles. No le faltó ningún tipo de grosería, de éstas que no se atreverían a hacer a un hombre. Es triste que en pleno siglo XXI tengamos que seguir viviendo este tipo de conductas y este tipo de cobardías. Estoicamente aguantó en el Hospital Miguel Servet de Zaragoza haciendo su residencia, hasta que la acabó y marchó al Hospital de Alcañiz. Volvía a la provincia de Teruel, volvía a sus orígenes, pero lo hacía siendo una Uróloga. El porvenir le pertenecía y el futuro también.

Un día me escribe un wasap, mi sueño está más cerca, lo cual me alegré. “Ya te he atendido como uróloga, ahora voy a empezar la especialidad esa que tanto miedo te daba y que no querías que yo nunca te atendiera, espero que sigas pensando lo mismo. En febrero cojo una interinidad en Zaragoza, mientras salen oposiciones. Voy a empezar a cumplir mi sueño”.

Todavía me emociono cuando la recuerdo, el éxito de cualquiera de mis alumnos es un éxito personal sin comparación con nada. Mi alumna por fin va a cumplir su sueño el 22 de febrero, mi alumna va a ser una médico forense. Seguramente, la mejor médico forense del mundo.

Historia basada en hechos reales.

El escaparate

—Buenos días, señorita. Si le parece haré una pequeña presentación para que vaya conociendo el caso. Empezaré por decirle que tengo pocas habilidades sociales, que soy de una timidez extrema y que si, a todo esto añadido, que la soledad me pesaba cada día más, podría intentar justificar mi conducta. Pero no es el caso y quiero señalar mi vida cambió vertiginosamente cuando un día, y en una de mis solitarias caminatas, me crucé con su mirada azul. Dentro de un gran escaparate, observé a una mujer atractiva, sonrisa burlona, labios carnosos, nariz respingona y medidas perfectas. Le puse de nombre Samantha. Todas las tardes al salir del trabajo me pasaba para verla. Ella, seguía exhibiéndose impertérrita, creo que me esperaba. Tras cuatro meses trabajando a doble turno, conseguí reunir el importe exacto y una tarde, al llegar al escaparate, no me conformé con mirar. Entré en el sex-shop y por fin pude comprarla. Porque Samantha era y es una muñeca de silicona. Al llegar a casa, la desembalé y leí las instrucciones. Cuando la conecté, se produjo un momento mágico, inesperado. Ella interactúa contigo, tiene un *chip* en la cabeza que le permite simular emociones. También tiene dos modalidades de respuesta: sumisa y normal. En un principio la conecté como sumisa. Lo reconozco. Ante mis estímulos, solo estaba programada para responder: “Me gusta”, “Lo que tú digas” o “Sigue, sigue”. Pero después todo cambió y la puse en modo normal y romántico. Ahora queremos formar una auténtica familia. Quiero respetarla, de verdad. El sicólogo, para quitarme mi patológico machismo, me ha mandado una terapia intensiva y unas pastillas cada ocho horas. Espero que den resultado.

—Bueno, Samantha, ¿tiene algún aspecto que quiera resaltar?—preguntó la trabajadora social, disimulando su estado de estupefacción y desconcierto.

—Perdone su silencio—manifestó Juan. Samantha calla, pero lo sabe todo, como cantaba Cecilia en su “Ramito de violetas”.

—Pues, oídas las partes, las partes que pueden expresarse verbalmente, claro, se inicia el trámite de la adopción. Intentaré elaborar un informe lo más objetivo posible, pero en el caso en que nos ocupa me temo que...

Rosario Gómez Fernández

VIDA PERFECTA

Félix y María se conocen desde siempre. Su primer recuerdo juntos se desvanece entre la neblina de la memoria: para él, cuando María entró con la mirada perdida, mordiéndose el pulgar, de la mano del conserje del colegio, en la clase de 1ºA; para ella, que borró para siempre aquel momento, una aparatosa caída de Félix en el patio de recreo. «Fue entonces cuando me encendiste el corazón por primera vez».

Félix y María siempre fueron a la misma clase. Siempre. Desde aquel día en el que María se unió a mitad de curso, desconcertada por el cambio repentino que provocó la separación de sus padres, sus vidas se unieron como por efecto del pegamento de contacto, llevándoles de la mano hasta la tarde de la graduación de segundo de Bachillerato, entre lágrimas de despedida. «Esto no acaba aquí», recuerda ella que le susurró Félix al oído mientras sonaba a todo meter *Amigos para siempre* de Los Manolos en el engalanado gimnasio del colegio, «Voy a estar contigo eternamente, por más que nuestros caminos se bifurquen».

Félix eligió estudiar Derecho; María, Económicas. Es duro ser una pareja de universitarios, acostumbrados a verse todos los días, a tener los mismos amigos, las mismas aficiones y conversaciones y, con dieciocho años, cambiar de vida, frecuentar a otras personas, conocer a otras chicas, a otros chicos y, aun así, no dudar ni por un instante; ni un solo momento de debilidad. El amor incondicional superó los años de carrera y consiguió llegar intacto, inalterado, como lo había estado hasta entonces, hasta la meta imaginaria.

María convenció a Félix para marcharse lejos por un tiempo. «Vámonos lejos», le dijo con un panfleto de un programa europeo en la mano. «Solos. Tú y yo en otra ciudad, hablando en otro idioma, teniéndonos únicamente el uno al otro». Un año en Bruselas, sus primeras experiencias laborales, un máster, desenvolverse en inglés y, un poquito, también en francés. Gofres compartidos, crepes, patatas de Chez Antoine. Y su amor, en plenitud. Cuánto echarían de menos las flores del magnolio que veían a través del gran ventanal de su habitación belga.

María y Félix volvieron con sendos contratos de trabajo, buenas oportunidades, buenos salarios. Blusas, camisas de rayas finas, azul celeste, rosa. Zapatos de tacón y castellanos. Sus oficinas, próximas, en la zona de negocios de la ciudad, rodeadas de vidrio y cemento. Posibilidad de ascender, ventajas sociales, cheques de comida. Y pronto, Félix le pidió la mano a María, padres y suegros presentes. La boda, por todo lo alto, se celebró en una exclusiva finca de camino a la sierra. Los invitados comentaron el buen gusto de la celebración y muchos acabaron vomitando de vuelta al hotel rural.

Félix convenció a María para comprar un piso en un barrio pujante de las afueras, «lleno de parejas jóvenes, gente de bien». «Es muy amplio», le contaba María a su madre por teléfono. «Tiene tres habitaciones, dos baños, un salón grande junto a la cocina y una terraza que es la joya de la casa, ideal para teletrabajar». El portero del inmueble no tardó en encariñarse con la joven pareja, ejerciendo de padre en algunos momentos y recibiendo cada uno de los paquetes que llegaban de Amazon.

María sabía que podía llegar muy alto, romper techos de cristal; Félix soñaba con tener un niño y una niña, «la parejita, como lo hicieron mis padres». Dos, tres... En el fondo daba igual, los niños llenarían de alegría cada rincón de aquel piso amplio en el corazón del barrio de moda cuando María dejase de trabajar, según le sugirió un día Félix, para dedicarse a ser mamá.

Aquel día María descubrió, por casualidad, una pequeña gotera que caía lenta, pero constante, del fregadero. «Ploc, ploc, ploc». Al instante el escape se tradujo en una creciente mancha alargada en la pared que separaba la cocina del salón, que María siguió con la mirada hasta encontrar otra, algo más grande, en el techo de la habitación. Y así, rápidamente, las manchas, las goteras, se fueron uniendo unas con otras en una gran superficie mohosa que cubría todo el piso; una humedad que calaba hasta los huesos, que empapó toda su vida y acabó por terminar pudriendo aquella historia de amor que había llegado hasta allí intacta, inalterada, incondicional.

Ángel de Frutos Acevedo

EN UN BAÑO DE ESTRELLAS.

Y de repente ahí estaba ella, bañándose entre estrellas; y es que tanto había deseado que el mundo cambiará que no sabe cómo, pero por fin se cumplió. Las estrellas abandonaron el cielo para estar a su lado, en el mar. Mientras las olas mojaban su esencia y bailaban con cada sentir de su cuerpo, con cada latido de su alma, las estrellas acariciaban su piel y ella las tocaba asombrada... ¡Brillaban en su mano! Hasta las podía oler.

Al salir el sol, pudo comprobar como el cielo se tornaba salmón, y ¡turquesa! Y como los árboles habían abandonado ese verde con el que habían nacido para vestirse cada uno de un color, con tonos morados, violetas; tonos que cada día cambiaban al son de los trinos, como si cada nota, cada ritmo, creara nuevos destinos; todos inciertos, pero todos, por fin, con un maravilloso destino. Un destino marcado solo por ella...

Comprendió que su vida no tenía que ser como todos dibujaban, ni siquiera como él le grababa cada día en su piel, en su cabeza... sino que ella misma podía decidir, experimentar y dejar de soñar como querría que fuesen sus días. Y así fue, desde ese inesperado baño de estrellas, cuando comenzó a tomar las riendas, cuando despertó; cuando se sintió empoderada, fuerte y libre; cuando por fin se liberó de esas cadenas que le ataban a una vida sin vida, a una conjunción de lamentos y heridas, y por primera vez, se vio capaz de ser ella misma quién podía dar cada paso, cada respiro, cada decisión, cada mirada, cada amor...

Pilar Romero Mateos.

44409109L

Tú no lo sabes, pero a veces fantaseo con la idea de matarte. No siempre ha sido así: antes de que llegara esta maldita pandemia y nos encerraran solo pensaba en huir, escapar de ti y esconderme en algún sitio donde nunca pudieras encontrarme. Mucho antes, incluso te amaba.

En las noches de insomnio maldigo el día en que te conocí. También a mí misma, por dejar que me besaras por primera vez. Eras tan dulce que resultaba imposible adivinar el monstruo que escondías debajo de tu piel. Se me antoja tan lejano ese tiempo que parece que fue en otra vida, como un sueño que se difumina al despertar.

Y después de un perfecto simulacro de amor llegó tu obsesión por mi ropa, mi familia, mis amistades. Más tarde llegaron tus lágrimas. Decías sentirte solo sin mí. Decías que me amabas tanto que los celos no te dejaban vivir. Te apagabas las colillas en tu antebrazo para que te creyera.

Sin darme cuenta estaba tan sola que solo te tenía a ti. Y tú me castigabas con tus silencios. Yo, tonta de mí, creía que todo era culpa mía, que lo merecía por hacerte sufrir.

El amor todo lo puede. Eso me hicieron creer. No era cierto.

Así, me acostumbré a vivir contigo y a huir de ti. A sonreír cuando me mirabas y a llorar cuando no estabas. A ser buena para que tú fueras feliz. A esquivar tus golpes, a maquillar el dolor. A saborear tu ausencia y mis pequeños oasis de libertad sin ti. A fingir fuera de mi jaula una vida que no tengo, y a darme de bruces contra la realidad cuando regresaba y cerraba la puerta tras de mí.

Sin embargo, desde que nos impusieron este confinamiento asfixiante, en ocasiones pierdo el control de mi pensamiento. Imagino como sería ver la vida huyendo de tus ojos, comprendiendo en el último instante que, contra todo pronóstico, he sido yo quien ha sobrevivido.

Luego, espantada de mí misma, corro a encerrarme en el baño, temiendo que puedas leer mis pensamientos. Respiro hondo hasta que comprendo que jamás lo haré, que nunca tendré la maldad que a ti te sobra.

Y mientras, intento volverme invisible para esquivarte e intentar sobrevivir un día más. Pero no resulta fácil escapar de los gritos y los golpes, de las palabras que humillan, de tu falta de humanidad, de tu odio.

He pensado en pedir ayuda, pero temo tu reacción si llegaras a enterarte. Para el resto del mundo eres un buen hombre, y te admiran por soportar a la mujer desequilibrada que soy. Nadie se pregunta por qué empecé a atiborrarme de pastillas, por qué soy tan desdichada si lo tengo todo para ser feliz...

Me hieren tus desprecios constantes, tu sonrisa cuando me ves llorar, tus insultos en voz baja. Si siquiera hace falta que grites ni levantes la mano para que me repliegue sobre mi misma como un perro callejero asustado y comience a temblar. Y aunque necesito más que nunca escapar a la calle a respirar para no asfixiarme entre estas cuatro paredes, eres tú quien saca a pasear al perro, cuando antes siempre lo hacía yo. Intento consolarme pensando que al menos durante esos minutos no estás cerca de mí, que todavía me queda un minúsculo espacio de libertad.

Echo de menos cuando salías de casa y no volvías durante días. Mientras tú dormías en otros lechos yo sentía que podía volver a ser feliz, lejos de ti, y deseaba en secreto que no regresaras, que te enamoras de otra mujer y olvidaras el camino de vuelta. Luego entendía que era una quimera, que eres incapaz de amar a nadie que no seas tú mismo. Por eso a veces pienso en matarte.

Cada vez que salgo a hacer la compra me acerco con disimulo a la gente, con la esperanza de encontrar a alguna persona enferma que comparta el virus conmigo. A veces se alejan de prisa de mí, como si la infectada fuera yo. Ignoran que la única manera que tengo de escapar de ti es ir a la cama de un hospital. Creo que ni siquiera me importaría morir. Entonces ya no podrías torturarme.

Hoy ha vuelto a insultarme la misma mujer desde su ventana. Quisiera gritarle que me deje en paz, que no sabe nada de mí, que llame a la policía si quiere, con suerte me llevarán detenida. Luego he pensado que quizás esté tan atrapada como yo, y la rabia y el miedo y el dolor que siente, tan parecidos a los míos, los vuelca hacia fuera para evitar que la devoren por dentro.

Cuando he llegado a casa estabas en el sofá, riendo frente al televisor. Temo también tu buen humor, pues es entonces cuando te pones violentamente cariñoso. Entonces, debo plegarme a tus exigencias, esperando en silencio que todo acabe pronto. Un escalofrío ha recorrido mi espalda cuando te he visto levantarte y venir hacia mí con la mano en la cremallera del pantalón.

Ahora duermes, bello y plácido como un bebé. Pero yo sé que albergas un monstruo dentro. Y vuelvo a fantasear con la idea de matarte.

“Laura”, Autor Francisco Juan Barata Bausach.

Cuando la vi por primera, su rostro transmitía un temor atávico. Al entrar en mi despacho se advertían unos ojos enrojecidos; quizás hacía poco que dejó de sollozar. Alguna lágrima todavía se percibía resbalando por sus mejillas. Lo primero que hizo es pedirme permiso para sentarse. Era muy bella, pero transmitía mucho temor y desconfianza. Intenté tranquilizarla, (yo no era novato en estas lides), mientras se sentaba; pero cuando lo hizo, un vendaval de sollozos se adueñó de mi oficina. Al cesar, sin pedírselo, comenzó a relatarme su calvario. Laura vivía en un pequeño pueblo cercano a Valencia, en la Serranía, entre pinares que acentuaban su encanto. No tenía más familia que su marido, pero este la maltrataba de palabra en cualquier ocasión y moliéndola a golpes cuando se le antojaba. El malnacido tenía mucho cuidado en golpearla en partes del cuerpo en las que nadie se percatara; para ello utilizaba una toalla húmeda. El hijo de puta sabía muy bien lo que se hacía. Todo comenzó por una nadería, como suelen empezar todos los maltratos. Al poco de casarse, sin motivo aparente, (quiso insinuar Laura), “no importa si hay o no motivo, nada puede justificar el maltrato a una mujer”, intenté replicarle. En ese instante vi como Laura esbozaba una leve sonrisa, quizás más parecida a una mueca, o quizás fuera una sonrisa sardónica producto de su escepticismo y continuó relatando su odisea. Laura aguantó lo que una mujer nunca debe aguantar y calló como ninguna mujer debía callar; cuando no quedaba en ella ni rastro del antiguo amor y si mucho dolor por tantos golpes recibidos, acudió al puesto de la Policía Municipal. En su pueblo, por desgracia, no había “Casa-Cuartel” de la Guardia Civil., entonces me contó que su marido era “Cabo de los Municipales”, (el jefe de la Policía de su Ayuntamiento. Eso explicaba sus conocimientos a la hora de golpear sin dejar señales. (No se trata de imputar a las policías municipales de los pueblos España de “torturadores”, no, pero el marido de Laura sí que era un maltratador y por ello, un torturador, resabio de la era franquista).Eligió el día para acudir al retén, su marido no estaba en el Ayuntamiento porque había ido a Valencia para resolver diversas gestiones. Aunque lo mismo dio, los municipales, (subordinados de su marido), no la creyeron. Adujeron vanas razones para proteger a su jefe: “que no había parte médico”, “ni mostraba señales de golpes”, “tampoco existían habladurías en el pueblo, era muy pequeño y todo se

sabía”. Para terminar el mal rato, le dijeron con sorna, “que si tenía marcas debajo de la ropa, que se desnudara para verlas”. Salió del puesto llorando; porque no la creyeron, peor aún, no la quisieron creer. Aunque ella quizás se lo esperaba, le daba igual, porque lloraba esperando lo peor. Y lo peor pasó por la noche, cuando su marido llegó a casa. Su marido, enterado de la visita por sus subordinados, nada más entrar, la llamó para después humillarla, tachándola de puta, le arrancó sus ropas, moliéndola a golpes hasta que se cansó. (Tanto odio atesoraba que ni utilizó su maldita toalla húmeda). Laura tuvo que pasar encerrada en su casa varios días, sin salir, por tanto dolor que le ocasionó el hijo de puta. Cuando el dolor remitió y se atrevió a salir a la calle, con el valor que da la desesperación por no soportar ya tanto maltrato, cogió el primer autobús que salió del pueblo y vino a Valencia; al “Centro Mujer 24 Horas” del Ayuntamiento de Valencia. Aquí está ahora, sentada frente a mí, llorando de nuevo cuando terminó su relato. También me dijo, ruborizaba, “si quería que se quitara la ropa para ver los moratones”. Yo, más sonrojado que ella, le dije que no hacía falta, “yo sí la creía”. Después me puse a tomar los datos necesarios para abrir el expediente; los de los municipales y la del peor de todos, su marido. Laura no quería volver al pueblo, le aterrorizaba su pareja. Procuré calmarla; me ofrecí para acompañarla a una “Casa de Acogida”; mientras solicitaría las órdenes de alejamiento para los implicados y las denuncias ante la justicia. Mientras hacía las gestiones, Laura me pidió permiso para salir; quería fumar un pitillo para recobrar algo de serenidad. Como en la puerta estaba nuestro guardia de seguridad, no lo consideré peligroso. Al poco de salir Laura, escuché un grito seguido de disparos. Salí corriendo, sin permitirme pensar lo que me imaginaba que podría haber pasado, y lo que imaginaba había pasado: Laura yacía en el asfalto, con la cabeza destrozada, sobre un charco de sangre, a su lado, el que debía ser su marido estaba siendo esposado por el guardia de seguridad. Al poco llegaron varios municipales. El “SAMUR” llegó muy rápido, también la Policía Nacional, aunque solo pudieron certificar la muerte de Laura. No pude evitar romper a llorar de rabia, yo la creí, pero muchos otros, los que deberían haberla creído no lo hicieron. Ahora Laura está muerta..., otra más.

LOS APARADORES

No me andaré por las ramas, Timoteo, no voy a regresar. Estas vacaciones con Inés han sido un pretexto para separarme de ti. Pensarás que ha sido una puñalada de pícara, pero si he de ser honesta, a estas alturas y con estos pelos, no me concierne tu desilusión. Fue coser y cantar, lo consulté con la almohada – esa que no compartimos desde hace mucho– y me pareció la mejor opción. Como dijo tu cuñada, experimenté “una explosión de júbilo parecida a la del Big Bang”.

En fin, ya sé que la aborreces, que os profesáis una antipatía mutua, pero contra lo que imagines, no tuvo nada que ver. En realidad, aunque te sorprenda, la elección la tomé hace tiempo. Tanto que si lo supieses te daría un soponcio. Tomada tras décadas de tedio, carcoma y vacío; tomada cada mañana, al verte salir con tus ternos de consultor (y esas corbatas de snoopy que te regalaba tu madre); asumida durante las cenas con tus amigos y sus insufribles esposas; y tomada, sobre todo, en esos veranos donde, sobre una barriga creciente, hojeabas satisfecho las páginas del Expansión. Qué patético, Timo, qué grima, me parecías un intruso que me robaba la juventud. Pero si quieres que te diga la verdad, la gota que desbordó el vaso, lo que realmente me impulsó a dejarte, fue oírte hablar de tu pobre madre, con ese tonillo que utilizabas para defender el horror: las agresiones que le infligía tu viejo, al que considerabas, sin embargo, un caballero honorable.

Sí, ya sé que nunca me has puesto la mano encima, aunque siempre me despreciaste porque no trabajaba. El maltrato es más sutil de lo que parece y tú lo practicaste, por omisión de auxilio, desde la cuna.

Así que ahí te quedas, Timo, como un tango sin pareja, aunque tú de tangos no entiendas nada. Por no saber, no sabías ni marcarte un vals, de novios tenías la agilidad de un mueble. Y volviendo a las metáforas, eso es lo que has sido siempre, Timo, un mueble, como tu severo y adusto progenitor, un aparador robusto, decimonónico, de esos que se aparcan en la penumbra de los salones. Uno de esos muebles aparentemente sólidos e inofensivos, que cuando te rozan con sus esquinas te hacen ver las estrellas.

Que Dios te conserve esa barriguita arzobispal, Timo... a mi lado, va a ser que no.

Miguel Paz Cabanas

TE PERDONO

“Mira, amor, acaban de publicar las bases de un concurso de relatos, tiene buena pinta, 2000 euros de premio, podrías presentarte...”. Carlos mira perplejo a su novia que, tumbada con el portátil sobre la alfombra del salón, ignora hasta qué punto acaba de ofender a su chico.

“¿Qué has dicho?”.

Raquel sabe que su comentario no le ha gustado, pero no acierta a averiguar por qué. Siente que la ha vuelto a fastidiar. “Mierda, con lo bien que estaban yendo las cosas últimamente”. Tras unos segundos de silencio, su novio decide, por fin, arrojar un poco de luz.

“Estoy escribiendo mi primera novela. Algo grande, mejor dicho, algo grandioso. Aspiro a ganar el Premio Nacional de Narrativa el año que viene. No sería raro. Abordo con tanta profundidad las áreas oscuras del hombre que me río de Cortázar, de Kafka y por supuesto la Cristina Morales esa. Y tú, que no sabes nada de literatura y mucho menos de quién tienes enfrente, ¿me dices que me presente a un concursito de mierda?”

Raquel se queda bloqueada, intenta decir algo pero no sabe qué decir, ni siquiera qué pensar.

Carlos parece decepcionado con ella y así se lo hace saber: “Está claro que no valoras mi talento”. Raquel, no se atreve ni a mirarle. ¿Cómo puede pensar eso de ella? ¡Si es su máxima admiradora! La persona que ha estado a su lado desde el principio ayudándole a conseguir su sueño de ser escritor. “¿Cómo no te voy a valorar? Para mí eres el mejor, sé que vas a triunfar, lo tengo claro, por eso no me importa estar pagando yo sola el alquiler.”

“¿Me lo estás echando en cara?”, le replica Carlos. Raquel baja la cabeza. Ya no se atreve ni a mirarle, no tenía intención de hacer ningún reproche pero ha sonado a eso, tiene razón. Carlos coge el ordenador portátil de su novia. Se queda mirándolo, parece que está leyendo las bases del concurso.

Raquel piensa que quizá se dé cuenta de que no es tan mala idea cuando... ¡Pum! Carlos tira el portátil contra la pared. Raquel comienza a temblar, sabe que esta vez ha sido el ordenador pero la siguiente podría ser ella. “¡Me merezco estar con alguien que me valore!”, vuelve a repetir su novio.

Raquel solo piensa en conseguir rápido que se calme. “Créeme, solo me pareció una buena manera de darte a conocer hasta que des el gran salto. Todos los grandes escritores han empezado desde abajo”. Carlos se acerca a ella. “Yo voy a empezar a lo grande porque escribo a lo grande, y si te duele, porque no me valoras o porque me tienes envidia, te jodes”.

Este nuevo giro deja aún más desconcertada a Raquel. ¿Sería verdad? ¿Le tendría envidia? Otra vez la invade el bloqueo. “¿No dices nada?”, dice Carlos cortante. Raquel siente que reaccionar rápido, tiene que decir algo, si no, Carlos va a pensar que tiene razón... “¿Pero qué estás diciendo, amor? ¿por qué voy a tenerte yo envidia? Me he sacado las oposiciones que es lo que siempre he querido. Y tengo una plaza fija.

“Envidias mi talento, es evidente. Haces que todo está bien, pero en realidad tu trabajo te deprime. Te gustaría tener mi creatividad, pero no la tienes, y ¿sabes qué? Yo no tengo la culpa de tu frustración y no voy a consentir que me hagas de menos porque tú no seas feliz. Raquel empieza a dudar de nuevo. ¿Estaría fingiendo ser feliz? ¿Será cierto que no le gusta su trabajo? Raquel siente que su mundo se desmorona. Tiene razón, es una frustrada, una tía sin ingenio, sin salero. ¿Cómo va a estar alguien como él con alguien como ella?

Raquel se pregunta qué puede hacer para solucionar la situación. Ella solo quiere estar bien con él. Carlos se acerca, va a decir algo, seguro que la va a dejar, esta vez sí que sí. No tiene nada que hacer... De repente Carlos habla: “Deberías empezar por pedirme perdón”. Raquel ve por fin una salida. La sombra de la ruptura se aleja. Raquel siente alivio. Se acerca a él, empieza a pedirle perdón desconsolada, le abraza, él se mantiene rígido. Ella tiene que conseguir ablandarle, que le perdone, otras veces lo ha conseguido, sabe cómo hacerlo. Empieza a besarle la cara y luego va descendiendo al cuello, a la tripa, y por fin, a la entrepierna. Le desabrocha la cremallera mientras Carlos entre susurros balbucea: “Te perdono, Raquel, te perdono”.

TODO APARIENCIA

Este año la cena de empresa iba a ser por todo lo alto. Nuestro jefe quería celebrar de forma glamurosa la exitosa finalización del proyecto encomendado a la compañía. Iba a tener lugar en un club privado muy elegante y para tal ocasión a los empleados se nos pidió que fuéramos bien vestidos.

Yo, soy una simple empleada que viste muy sencilla, pero me arreglé para la ocasión. Me apeteció. Yo no sentí en ningún momento que iba deslumbrante. Iba bien y punto. Pero iba recién salida de la peluquería, un poco maquillada, aunque lo justo, pues me gusta ir muy natural, y con un elegante vestido negro, pero por lo que se ve llamaba la atención.

Así vestida y peinada noté las primeras atenciones e insinuaciones de los camareros de la sala donde nos ofrecieron unos cócteles. Y lo más chocante de todo es que el jefe decidió que me sentara muy cerca de él y al lado de los directivos. Yo, que soy una persona reservada, callada y poco extrovertida y sin ningún rol destacado en la empresa. Me colocaron ahí como “chica florero” porque con mi nuevo aspecto consideraron destacaba y por lo visto adornaba la mesa. Yo hubiera preferido estar al lado de mis compañeras de departamento con quienes me sentía a gusto, pero ellas estaban en el otro extremo de la mesa, en rango descendente por así decir.

He de admitir que la velada estuvo agradable y que los directivos que tuve al lado me hicieron sentir bien aunque apenas intervine en las conversaciones pues estaba un poco desubicada, lejos de con quienes estaba regularmente.

Pasada la cena, los meses siguieron su curso en el trabajo como de costumbre. Miradas hacia a mí, de vez en cuando sí que noté, como en búsqueda del posado extremado que ese día ofrecí. Pero todo continuó igual, tampoco esperé que nada cambiara.

Al año siguiente le siguió otra celebración en el mismo lugar y prácticamente con la misma gente, pero no tuve ganas de arreglarme mucho. No me apetecía. Así que fui bien normal a la cena, bien vestida pero sencilla, como de diario.

Cuando llegué junto a una compañera amiga mía, las miradas de mis superiores fueron claramente de decepción, y por supuesto, las atenciones no fueron las

mismas que las del año anterior. Tampoco me importaba. Sabía que iban a cambiar sus reacciones hacia mí al no haberme arreglado tanto como la vez anterior. Y lo vi de primeras. Sobre todo mi jefe esperaba ver a esa chica espectacular de la primera cena, pero decepcioné a todos presentándome con mi aspecto usual, salvo a mi gente que reaccionaba igual conmigo fuera como fuese de arreglada. Pero a la cúpula directiva se le vio inmediatamente la decepción e incluso me lo insinuaron, y desde la lejanía vi que cambiaron la tarjeta del menú con mi nombre a otra situación en la mesa. Descendí en rango de posición en la mesa inmediatamente, pero me situaron en el lugar que ellos consideran me corresponde por no impresionar con mi aspecto.

Yo no me sentí especial el año anterior por subir en consideración, sabía que era meramente superficial, lo que no hice es el desprecio de decirles que me cambiaran de sitio. No me atreví. Pero ellos ahora demostraban la superficialidad y banalidad en la que se movían y en cómo valoraban a la gente por la apariencia. Tampoco esperaba otra cosa. El año anterior me dieron mayor consideración porque adornaba mejor la mesa. Así que esta vez me pusieran junto a mis compañeras, con quienes quería estar.

Y como yo no soy florero de nadie, no quiero estar de adorno según conveniencia. Prefiero ser la persona que he sido siempre que pasa desapercibida en lugar de ocupar ese lugar decorativo. Pero por lo que no debería pasar desapercibida es por mi trabajo que lo cumplo con rigurosidad y excelencia, pero ello no ha convenido nunca tenerse en cuenta y por él nunca se me ha elogiado. Pero este año he abierto los ojos y cada día tengo más claro que debo emprender profesionalmente un nuevo camino, allá donde se me valore algo y reciba un trato acorde a mis capacidades. No estoy hecha para un ambiente de superficialidad. ¡Cuánto queda por cambiar en las mentalidades!

Silvia Oller Jurado

YA NO TENGO MIEDO

Ojeras como surcos que enmarcan unos ojos cansados y tristes. El espejo refleja la imagen de una extraña de rostro desdibujado que se parece lejanamente a mí. Sufro insomnio desde hace días y siento acúfenos en los oídos. Algo parecido al zumbido de un enjambre de abejas afilando sus aguijones.

Mi cuerpo desnudo delante del espejo me provoca náuseas. El cardenal al lado de la costilla izquierda, es de color rojizo granada, como el pintalabios que compré hace ya no sé cuánto tiempo, y que dejé de utilizar porque a él le resultaba demasiado “provocativo”. El agua de la ducha es una caricia húmeda y relajante; la única que mi cuerpo recibe desde hace meses.

El sonido de sus pasos y el portazo disipa cualquier duda. No, hoy tampoco habrá beso de despedida.

El trayecto al trabajo paseando, sin prisas, con el aire frío de marzo sobre mi rostro, es un aliento de vida. Tres capas de maquillaje han dignificado mi aspecto y en la oficina nadie advierte mi falta de sueño. Bueno, Marisa, sí. Hoy me mira varias veces de soslayo. El otro día ya me dejó caer que en los últimos meses estoy taciturna, pero yo llevaba puestos los auriculares y fingí no oírla. Fingir se me ha dado siempre bien.

Al acabar la jornada voy a casa de mi madre. El regalo de dos cálidos besos al recibirme, es lo más reconfortante que he sentido en días. También se ha dado cuenta de que algo me ocurre. Hace unos meses que no vamos juntos a verla. Pienso en mi padre y me pregunto si alguna vez él también... pero tan solo el pensamiento me produce un escalofrío, un estremecimiento eléctrico que me recorre la espina dorsal. Y en ese preciso momento mis palabras fluyen liberando un abismo soterrado durante lo que ahora me parece una eternidad.

Al principio, todo comenzó con gestos y palabras punzantes y afiladas. Cualquier excusa era válida y se convertía en detonante de sus explosiones. Y yo cada día más pequeña, encogiéndome hasta llegar a no ser. Después vino la primera bofetada, como una pesadilla en un sueño agitado del que te despiertas bruscamente. La segunda dolió menos. La tercera y la cuarta ya no las sentía, apenas. Después, dejé de contarlas. Y ayer, el empujón y el golpe contra la

mesita de noche de una habitación de matrimonio convertida en un desierto de escacha.

Una se acostumbra al dolor físico cuando cree que lo merece. Y desaparece dentro de él.

Mi confesión deja helada a mi madre. Su abrazo hace brotar un torrente de lágrimas contenidas desde hace meses. Ella sabe mejor que yo lo que hay que hacer, y su apoyo me hace sentir segura y calma una angustia clavada en el pecho.

-Tu padre jamás...-, me dice, - y yo no se lo hubiese permitido-.

En la consulta del médico, respondo a todas las preguntas sin titubear. Algo en mi interior ha hecho clic. Y sé que es un punto sin retorno.

Mientras aguardamos en comisaría, intento recordar la imagen de él cuando nos conocimos, pero no lo consigo. Su sonrisa se me desdibuja y es imprecisa, solo veo unos ojos centelleantes y una mirada esculpida en fuego.

Siento vértigo y una sensación indefinida en el estómago, como si palpitase. Sé que el camino a recorrer es cuesta arriba y respiro profundamente, llenando mis pulmones de aire.

Mi madre coge mi mano y me sonrío con los ojos.

- Vas a ver, mi niña, como todo va a ir bien.

Y aunque ya soy una adulta, sucede exactamente igual que cuando pronunciaba las mismas palabras cuando yo era una niña.

Y ya no tengo miedo.

Natàlia Jaurrieta Casanova.

LA MAYOR LACRA QUE NOS FRENA.

Algo paso a nuestra especie al principio de los tiempos para que las sociedades (Casi todas), se inclinasen hacia sociedades patriarcales en las que en unas más que en otras, pero sin duda fue la tónica dominante, el papel de la mujer se relego en algunas a un segundo plano y en muchas incluso a un nivel de inferioridad y posesión del hombre. En el fondo del terrible tema del maltrato de genero creo que siempre se oculto el complejo de inferioridad de muchos hombres y la falsa necesidad de controlar a un ser que en nuestro interior siempre supimos que son más completas.

En muchas de estas culturas y para asombro de una sociedad actual que llamamos moderna, todavía las mujeres pasan del padre al marido sin poder opinar ni oponerse. Algunas religiones sobre todo las monoteístas, la mujer es una parte dependiente del hombre que nació para su servicio. (Mírese la Biblia, El Corán o el Talmud). ¡Puede existir mayor maltrato! Además, consentido por todos.

El mundo sin duda perdió una oportunidad de ser el doble de mejor, de un desarrollo que sin duda hubiese ido por mejores derroteros, si hubiésemos aprovechado desde el principio de los tiempos la inteligencia y sensibilidad que de forma natural anida en el cerebro de las mujeres. Somos tan torpes que hemos desaprovechado la mitad (O más) del potencial humano con relegar a todo un género de la especie a una situación y lugar que no le correspondía. Además de eso las acobardamos con nuestros golpes.

¿Acaso les tuvimos siempre miedo, por conocer su potencial y su fortaleza?

Fijaos si hubiésemos caminado de la mano y tanto en educación como en oportunidades hubiesen tenido acceso a los puestos de decisión de las diferentes culturas y comunidades. Cobardía que en el fondo repercutió en nuestra costa.

Cada vez que la vida les ha dado una oportunidad, sea donde quisiese han despuntado en cualquier tema que han tocado, fijémonos en la historia y en sus logros a través de los milenios.

Pero eso sí, siempre les costó y les cuesta un esfuerzo sobrehumano para conseguir lo que se proponen, es como si quisiéramos silenciarlas. Incluso no dudéis, que muchos logros de la humanidad, aunque se le atribuyeran al género masculino, son sin duda obra de mujeres en la sombra, no podemos olvidar que gran parte de la historia que ha llegado hasta nosotros las escribió el hombre y ya se sabe, quien la escribe la interpreta casi siempre a su favor.

En cualquier faena o trabajo son más constantes y concienzudas y tienen una capacidad innata de organizarse en múltiples tareas. En nuestra generación lo hemos visto en nuestras madres que después de llegar del trabajo como nuestros progenitores, el padre se sentaba a descansar y sobre ellas seguía la carga de una jornada sin fin con las faenas domésticas, la preparación de comidas y el cuidado de los hijos por muchos que fuesen.

Pero en lo que de verdad divinas y por lo que las tenemos que admirar es porque son las que dan la vida, son capaces de llevar durante nueve meses a un ser en sus entrañas, parirlo y cuidarlo y alimentarlo durante un buen número de años, además de quedar unidas para siempre a ese ser con el más fuerte de los vínculos de la Tierra.

Nuestra sociedad y como la nuestra las más modernas debemos de mimar ese prodigio de dar vida, tenemos que facilitar, animar y hacer posible que esto siga pasando de una forma tan natural como lo fue siempre.

Nos va mucho en ello, toda la maquinaria más profunda e indispensable de nuestros descendientes dependen de este valor ancestral y sagrado.

Podría seguir alabándolas sin duda en un escrito mucho más extenso que recogiera ejemplos y circunstancias donde se ganaron cada logro que consiguieron a pulso, pero valga esta exposición somera y general como una introducción para una historia que está por llegar y a todos nos vendrá muy bien que esta vez sí y de una vez por todas la escribamos y vivamos de la mano.

El maltrato de genero ha sido la mayor lacra de las sociedades, que, sin duda de creer en la igualdad, nuestro mundo ya seria un paraíso. Quizás todavía estemos a tiempo.

Barlovento.

Mamá se quedó sin sangre. Por sus venas solo corría ese líquido dulzón y blanquecino que se llama horchata. Justo en el momento en el que ella, ya de noche, dejaba de limpiar la casa, fregar los platos, hacer comidas, planchar camisas y bañar niños, y se desplomaba unos minutos en el sofá antes de llevarnos a la cama y recoger los restos de la cena, papá la observaba desde su intocable sillón de orejas y nos decía vociferando: *vuestra madre no tiene sangre en las venas, ¡tiene horchata!, miradla, está todo el día ahí tirada*. Mis hermanos y yo no sabíamos cómo tomarnos esa revelación y, a veces, sobre todo a los más pequeños, les provocaba pesadillas.

Pasado un tiempo, nos enteramos de que mamá también se había quedado sin lengua. Nosotros ya habíamos notado que hablaba poco: *os quiero, sí, no, deprisa, callad que molestáis a papá*, y cosas así, cortas y pronunciadas apenas sin energía. Un día, papá nos descubrió la causa: *¡Niños, vuestra madre no tiene lengua, se la ha comido un gato!* Recuerdo que, mientras lo decía, se reía de una forma rara, como Scar en el Rey León. Mamá se fue corriendo al baño y se encerró un buen rato en él, pero no dijo nada y eso nos confirmó que papá decía la verdad; Anita no volvió a acariciar nunca más a Pérez, el gatito de la vecina.

Otro día, a mamá se le olvidó poner sal en la comida, papá escupió la sopa y se enfadó mucho porque no le gustan las personas despistadas. Ella bajó la cabeza y papá nos asustó cuando nos rebeló lo que le pasaba: *A vuestra madre se le ha caído la cara de vergüenza*, chillaba, nos extrañó que no se acercara a socorrerla. Fueron Carmela y Leo, los gemelos, los que corrieron hasta donde estaba mamá y le sujetaron la cara con fuerza durante un buen rato, hasta que entre los dos consiguieron que la levantara.

Hoy, Dani, el más pequeño de los cinco, después de representar frente a mamá todo su repertorio de monerías: gruñir como un oso, bailar al estilo Shakira y poner su divertidísima cara de tortuga, sin conseguir que mamá reaccionara, se ha plantado frente a nosotros y nos lo ha contado entre sollozos: *mamá también se ha quedado sin risa*. Estamos esperando a que papá regrese y nos explique por qué. Él siempre sabe los motivos. Pero yo tengo mi propia versión: así, tirada en la cama y con los labios tan fríos y tan morados, es imposible sonreír.

40-NIÑA ACUCLILLADA (ALFONSO SERGIO BARRAGAN RINCON)

NIÑA ACUCLILLADA

Llevo tiempo escuchando voces tras de mí. Voces que intento dejar atrás, no hacerles caso. Y no, no estoy loca. Aunque a veces pienso que es para estarlo. O quizás sí, tal vez algo de insania albergue mi mente. Por fuerza, porque hay situaciones que destazan todo cuanto hemos construido, que ponen del revés nuestras convicciones e incluso nuestros sueños.

Siempre aseveré la certeza de esa frase que enuncia que el amor mueve el mundo. Y nunca me creí una ilusa por ello. Todos necesitamos amor. Entregarlo y recibirlo. Pienso que es lo mejor del ser humano. Lo que no sabía es que el amor pudiese borrar desdoro tras desdoro sin apenas desgastarse. Que puede convertirse en una venda que del translúcido pase al negro sin que nos demos cuenta.

Así, pasamos de entregar amor a entregarnos, a sufrir un vasallaje que se instala en nuestra vida con la naturalidad con la que germina una mala hierba entre el plantío. Y acabamos aceptando cualquier imposición de aquel a quien amamos, y no vemos la sinrazón que nos envuelve. Hoy se habla mucho del maltrato. *“Denuncia, no lo calles”*. A veces parece que además de sufrirlo lo consentimos. Y no digo que los que piensan así no lleven parte de razón. Pero las cosas suelen parecer muy simples desde fuera.

Esta es una situación difícil de entender y aún más difícil de explicar. Son muchas cartas sobre la mesa: esperanza de recuperar lo que tuvimos, pánico a enfrentarse con una situación que nos desborda, miedo al futuro... y vergüenza. Vergüenza de no ser comprendidas. Y todo esto te lleva a habitar un pasillo oscuro en el que no echas de menos la luz porque ya no existe, un pasillo que te restringe, que transitas por pura inercia.

Llevo mucho tiempo soportando reproches, insultos, golpes y menosprecios. A veces, otras voces que surgen de mi cerebro me dicen que no padezco un castigo merecido, que la culpa que pienso me persigue va impresa en la resignación que un día asumí. La vida suele ser dura y a menudo injusta. Pero, sobre todo, breve. La muerte y la enfermedad nos rondan a diario. Y nosotras -las que sufrimos esta demencial locura- nos vemos obligadas a ver marchitarse los días bajo un manto de tristeza. Como si el mundo no fuese ya bastante cruel de por sí. Y lo que es peor: por amor. ¿Amor he dicho? Sí, aunque pueda parecer absurdo. Aunque

para muchos no sea más que conformismo o estupidez. Pero los sentimientos no se pueden lavar, quitarles las manchas como a una camisa sucia.

Las voces me dicen muchas cosas y no siempre puedo soslayar esas palabras que me dañan acuciándome con la realidad, con la medida de una razón que intento sojuzgar porque el miedo y la incertidumbre me atenazan, obnubilan mi mente. Pero no fueron las voces las que me impelieron a tomar la decisión más drástica de mi vida. Fue mi hija, lo que más quiero en este mundo y por lo único que pensaba merecía la pena vivir. Se me hace muy difícil de explicar el pánico que te atenaza, la amargura que te consume día a día cuando vives en una alerta perpetua utilizando tu cuerpo como escudo, dulcificando y justificando lo agrio y lo injustificable, para que no se entere de lo que pasa, para que no sufra. Pero por más que empeñes los hijos acaban padeciendo a la par que tú, convirtiéndose también en víctimas, más inocentes aún si cabe. Y confieso que es una tortura horrible, mucho peor que lo que sufrimos en nuestras carnes.

Aquel día no me hizo falta escuchar voz alguna. La imagen de mi hija acucillada, encogida en un rincón de su cuarto con la mirada perdida, las lágrimas atrapadas en las cuencas de sus ojos, me hirió tan profundamente como nada antes lo había hecho. Llevaba demasiado tiempo tratando de que permaneciese indemne dentro de una artificial burbuja esmerilada a base de amor y cariño. Pero al verla así comprendí que había vivido engañándome, intentando engañarla. Algo se revolvió entonces dentro de mí. ¿Qué le estaba haciendo? No, no era justo que pagase por mi cobardía, por mis miedos. ¿Es razonable temerle a un futuro incierto mientras se vive arrostrando un presente dañino? En un primer momento no supe qué hacer. Solo se me ocurrió arrodillarme junto a ella y abrazarla. Entonces las voces restallaron en mi corazón golpeando mis sentimientos como una gigantesca aldaba. Y supe al instante lo que debía hacer.

Sigilosas, salimos de la casa tomadas de la mano. Llevábamos una maleta con lo imprescindible. Él seguía retrepado en el sofá, probablemente dormitando. A fin de cuentas... ¿Había ocurrido algo extraordinario? No. Una simple paliza más para meterme en cintura.

Mientras bajábamos en el ascensor, mi hija abrazada a mi cintura, en sus ojos resplandeciendo un deje de felicidad y esperanza... me juré que nunca más me pondría la mano encima. Ni él, ni ningún otro. Sabía que aún me quedaban por pasar malos momentos, me corroía la incertidumbre de cómo sería nuestra vida

en la casa de acogida, pero estaba dispuesta a luchar con uñas y dientes por alejarme de ese pasado ponzoñoso aún sabiendo que no iba a tenerlo fácil...

ALFONSO SERGIO BARRAGÁN RINCÓN

A handwritten signature in blue ink, appearing to read 'Alfonso', with a long, sweeping horizontal stroke extending to the right.

Muertenvida

Muerta estuve mientras vivía,
y mi voz no encontraba mi boca.
ni en mis labios se posaba el susurro.

Mi corazón latía en otro cuerpo.

Vagar
entre espacios que en mi mente son mundos.
Y yo
el ser más diminuto de este mundo...

¡que hasta las hormigas me pisaban!

Aguantando, sin sentido, los crujidos de los huesos
al expresarse hastíos de tanto insulto e hipocresía,
de tanta venta ambulante de falacia payasera
que te sale por la boca.

Y yo
que soy ciega de amor,
que siempre me someto ante el mismo pecado,
me arrastro
cual monzón desbocado
a la única orilla a la que parar.
Y acepto tus migajas de pan cual oro fueran,
aun pudiendo con miel mi cuerpo deleitar.

Pero aprendo
pues aunque a sabia llego lenta
que esta vida tiene muchas caras y guarda muchos cruces.

Y esta vida parecerá otra.

Sin la marca de tus brazos sobre mi espalda.

Ni mi recuerdo necesitará jaula.

Alba Varela

Se resistía a entenderlo

Ana no entendía muy bien lo de reivindicar la igualdad, no lo veía necesario. No se sentía inferior a los hombres. Creía que la igualdad era un hecho real. Que no hay que defender. Ya existe.

De niña era muy activa, jugaba solo con niñas, en su pueblo los niños y las niñas jugaban separados. No tenía cestillo de labores, no hacía vestiditos a las muñecas, no los hacía y no pasaba nada o sí. A veces se aburría.

Nunca se había propuesto entender de qué hablaban, cuando hablaban de feminismo. Ella no había regateado esfuerzos y había conseguido sus objetivos igual que los conseguían los chicos. Si hacía falta esforzarse mucho para conseguir lo que se propusiera, no iba a medir el esfuerzo, pero no se iba a quedar atrás. No se iba a achicar por ser mujer.

El tema sobre los derechos de las mujeres estaba muy presente en todos los ámbitos. Pensaba que si todo el mundo hablaba del tema es porque algo pasaba, aunque a ella se le escapara. Iban surgiéndole inquietudes.

Un día asistió a una mesa redonda sobre el papel de la mujer en el mundo rural. Entre las participantes estaba una diputada, muy versada en los estudios de género y aportó datos como, que las mujeres representaban el 15% del total de diputados, en las primeras cortes democráticas. Era fácil detectarlo, por el colorido de la cámara, pero no lo había hecho. Otro dato que le impactó fue, que hasta 1975 las mujeres no pudieron ser titulares de una cuenta bancaria. Eran datos reales. ¿Cómo no se había percatado?

Rememoró otra cuestión que estaba ahí. Era un mensaje que, de forma tácita, le habían transmitido, que no llamara la atención ni provocara por la forma de vestirse. La idea, sin darse cuenta, había calado, ella era muy recatada.

En ocasiones había aceptado la sibilina idea de que algunas chicas van marcando estilo con sus escotes, su ropa ajustada, con colores que llaman la atención. De alguna manera reclaman ser vistas.

Se sentía más libre, ajustándose a unas pautas que le hiciesen pasar desapercibida. Le parecía, que de esa forma, se hacía merecedora de un respeto por parte de los demás. No tenía necesidad de cambiar. Aceptaba la identidad que había adquirido, pero cada vez dudaba más de la atribución que

se asignaba a la supuesta provocación por parte de las mujeres. Ante cualquier comentario se alertaban sus dudas.

Escuchaba con mucha atención los comentarios sobre la brecha salarial, en función de género. Su reacción era de desacuerdo, ella cobraba lo mismo que sus compañeros. Había hecho la misma oposición. ¿Por qué otras mujeres iban a cobrar menos que los hombres? Daba vueltas a esa idea. Observaba que las mujeres llegaban con dificultad a los puestos de decisión en cualquier sector. Eso estaba claro, se lo explicaba como una decisión personal de las mujeres, que asumían tareas de cuidados en el ámbito familiar.

Desde hace un tiempo, descubría que el techo de cristal existía, escuchaba y leía a personas que trabajaban el tema; empezaba a no tener dudas. Algo marcaba la carrera de las mujeres.

Seguía la evolución de los temas de violencia de género; descubrió que no sólo eran víctimas las mujeres sin formación, sin recursos; esa era la idea que se había extendido en un principio. Estaba justificado en que esas mujeres tienen que aguantar, no tienen otra salida. Había más, también las que tenían otra situación habían dejado de llevarlo en silencio. La realidad estaba ahí.

Quería pensar, que eso les pasaba a otras. Ella dedicaba a su profesión el tiempo que necesitaba y su vida familiar no se resentía. Sacaba tiempo para formación permanente, igual que sus compañeros. No le afectaba ser mujer. Bueno, a veces se estresaba, cuando restaba tiempo a su familia.

A lo mejor, lo tenía tan asumido, que ni siquiera lo notaba; porque cuando abrió la primera cuenta en el banco para que le ingresaran la nómina, la tuvo que abrir a nombre de su padre. Tenía que mirar con los ojos de ver.

Un día fue a la Dirección Territorial de la Consejería de Educación, era directora del centro escolar y había pedido una entrevista con el Director Provincial de Centros Escolares. Llegó puntual. Llamó al despacho y con un gesto, mientras hablaba por teléfono, aquel señor le indicó que esperara. Pasaron veinte minutos, nadie le decía nada. Volvió a tocar y añadió:

—Tenía una cita con usted, llevo esperando veinte minutos.

—Perdone, la única cita que tengo pendiente es con el director de un centro, que aún no ha llegado.

—Sí que he llegado, soy la directora.

—No tenía conocimiento. Si es así, pase.

COTIDIANIDAD

Jacinta Navas Amez

Suele llegar entre la seis y las siete de la tarde. A las seis apago la radio, aunque estén hablando de cine, a esa hora apago la radio.

Voy al baño, me pongo un poco de carmín rosa en los labios y lo difumino con una toallita. No puedo parecer un cadáver, tampoco una buscona.

Reviso el orden, que todo esté en su sitio y me siento junto a la puerta a escuchar el ascensor. A veces ojeo una revista mientras espero, pero a los pocos minutos temo no estar bastante atenta. Escondo la revista en la caja de mis zapatos de fiesta.

Hoy sentí pasos de varias personas en el descansillo, no era él. Después sonó el timbre. Contuve la respiración anhelando que se fueran cuanto antes, pero no se movían. Volvió a sonar el timbre.

Comencé a sudar, tenía palpitaciones, intentaba tragar saliva con la garganta reseca. Se abrió la puerta del ascensor, la escuché. Torpe de mí, con el aturdimiento no reconocía si los pasos se alejaban o se acercaban.

Dudé un momento, pero no pude resistirme a comprobarlo a través de la mirilla. No había nadie. Volví a sentarme en el suelo recuperando el ritmo normal de la respiración.

Hoy trae consigo su cartera de trabajo. Otros documentos que debo firmar. La primera vez, intenté leer su contenido.

- ¡Mira la economista! ¿Qué tal si despido al gerente y te pongo en su puesto?

Miro la cicatriz que me dejó el bolígrafo en el dorso de la mano. Parece la marca de una vieja quemadura. Ahora me limito a firmar. A veces echo un vistazo rápido al último párrafo y no entiendo nada. Claro que voy a entender. Él tiene razón.

Nunca suelto el bolígrafo encima de la mesa. Siempre lo mantengo agarrado. Firmo donde pone la cruz a lápiz. Firmo todas las hojas, todas las copias. Como me va indicando con su dedo índice. Siempre debajo de la cruz.

Ya está, los documentos vuelven a la cartera, el bolígrafo también.

A ver cómo va el partido, dice mientras se acomoda en el sofá. Manipula el mando del televisor. No encuentra el canal deportivo.

¡Cómo pude ser tan descuidada! La sexta, la cuatro, la uno..... Por fin aparece el tenis.

Voy a la nevera, cojo un botellín de cerveza que coloco encima de la mesa del salón y hago ademán de marcharme. Tengo que sentarme a su lado.

Me ofrece beber de su botella. No me gusta la cerveza, pero bebo un trago pequeño. Escuché en un programa de radio que hay escasez de lúpulo.

Miro fijamente la pantalla del televisor, no me gusta el tenis, pero miro la pantalla. También escuché en la radio que muchos tenistas se domicilian en paraísos fiscales.

Bebo pequeños tragos de cerveza y miro la pantalla. Su mano acaricia mi muslo. Doy un respingo, confío que no lo haya notado.

Una pelota se mueve de un lado a otro por encima de la red.....toc, toc, toc, toc, toc .

PROMESA DE AMOR ETERNO

Cabe decir que al destino le gusta ser caprichoso, como si disfrutara riéndose de nosotros. Para muestra un botón.

Lo tenía decidido. Me había propuesto que hoy te confesaría que te he querido, te quiero y te querré siempre. Una afirmación categórica en forma de promesa de amor eterno, sin trabas ni tapujos. Pero no ha podido ser.

Me enamoré de ti tan pronto como nuestros ojos se encontraron, cuando nuestras mejillas recibieron los besos al ser presentados por mi hermano. Eras su novia. Poco después os casabais. Toda alegría esconde un reverso amargo. Por lo que a mí respecta, aquella boda me privó del cielo y me condenó al infierno. Desgraciadamente tampoco tuvisteis hijos.

Desde entonces, tú eras la razón de mi existencia. Entraste en mi vida como un cuchillo ardiente abriéndose paso a través de la mantequilla. Yo aún no entendía la causa de aquel impulso de sensual atracción, pero sabía que si algún día llegaba alguien que me hiciera sentir como me sentía a tu lado, sería el hombre de mi vida. Pero ese hombre nunca llegó. Me quedé sola, soltera, huérfana de cariño. Algo difícil de digerir. Me sorprendía el rechazo que notaba ante las caricias de cualquier varón, pero lo ignoré como se ignora un dolor de barriga hasta que desaparece. Pero esa sensación no se fue, como tampoco se fue lo que sentía por ti, Diana.

El pulso se me aceleraba solo mirarte, la llama del deseo se encendía cuando estabas cerca. Vivía una cruel realidad entre bambalinas. Si bien en la intimidad afloraban las emociones mientras me retorció de desazón, aprendí a comportarme según la situación, a ser una actriz interpretando un papel falso ante los demás. Me convertí en una estatua de labios sellados y ojos ciegos. En cambio actuaba con suma naturalidad y dulzura cuando debía tratar con mi querida cuñada, contigo.

Dicen que el tiempo lo cura todo, pero es mentira. La intensidad de mi amor se ha mantenido firme con el paso de los años. Esperando, mientras soñaba abrazarte con ternura como muestra platónica de un amor en estado puro. Después procedería a desnudarte con delicadeza besando cada porción de piel, lamiéndote dulcemente los rincones ocultos. Me afanaría mimándote entre sábanas y amándote como nunca nadie te ha amado antes. Me sentía culpable por albergar aquel sentimiento prohibido. De hecho, tuve que reprimir las emociones porque no me pertenecías, porque no tenía ningún derecho

sobre ti. Pese a la soledad, mi corazón latía desbocado en silencio, confiando en la esperanza que siempre ofrece el futuro, pero envidiando tu felicidad. Esperaba una oportunidad. Hasta que hace poco mi hermano expiró víctima de un cáncer de páncreas de efectos fulminantes.

Cuando la tristeza empezó a roerte el alma, me invitaste a casa rogando que viniera a hacerte compañía. Decías que no podías soportar el vacío de vivir privada del marido, ni afrontar los recuerdos que brotaban de cualquier objeto, de cualquier rincón para mostrarte todo lo que habías perdido.

El primer día hiciste un hueco en el armario para guardar mi ropa, un lugar en las estanterías para poner mis libros y arreglamos una habitación para mí. Al cabo de una semana me pediste un favor algo extraño: dormir juntas en la cama de matrimonio. Lógico. Hacía tanto tiempo que yacías acompañada que no estabas acostumbrada a la infinita soledad que se experimenta cuando se pierde a un familiar directo, ya sean los padres, la pareja o algún hijo.

¡Qué ilusión sentí al escuchar semejante petición, qué alegría al notarte acurrucada contra mí, tu respiración cerca de la mía, y qué escalofrío cuando, sin darte cuenta, a medianoche me cogiste de la mano! Aquel gesto inocente me provocó un cosquilleo de placer que se extendió por todo el cuerpo. Eras la viuda de tez pálida y talante triste que se convirtió en mi ángel celestial, en el mejor regalo divino.

Hoy precisamente habría hecho un año que compartimos nuestras vidas, un año que, mientras dormíamos juntas, cada noche te susurraba al oído que te amaba. Por eso hoy quería contarte la verdad.

¡Qué cruel es el destino! Justamente cuando quería revelarte que mi corazón late con fuerza y la sangre me hierve en las venas, has tenido que fallecer. Quizás eras consciente, ya que más de una ocasión comentaste: "hay cosas que no hace falta decirlas". Pero ya no podía más, no podía vivir a tu lado sin acariciarte, no podía mirarte sin desearte. Quizá sí lo sabías. Quizás intuiste mi afán por confesarte los sentimientos más íntimos. Y por eso, en un arrebatado de sublime desesperación, decidiste suicidarte.

Mira por donde, ahora lo veo claro. Por esa razón te has tragado la caja de somníferos que guardabas en el cajón de la mesita de noche, por esa razón has decidido poner fin a tu vida mientras me cogías la mano.

Espoleada por la inocencia de la juventud, hoy te lo habría dicho. Pero como ya no estás, lo ratifico por escrito sobre este papel: **"Diana, tú siempre has sido la mujer de mi vida. Gracias por cogerme la mano"**.

NI UNIFORME, NI QUEDO CONTIGO.

Ruth tiene 23 años, hoy empieza su primer trabajo y está muy emocionada. No ha dormido en toda la noche. El sueldo no llega ni a mil euros al mes, pero por lo menos podrá pagar sus gastos, aunque no independizarse de casa de su madre. Después de hacer Arquitectura, un Máster y más de quince cursos, solo había conseguido un trabajo subcontratada. Pero era un trabajo para un proyecto de una gran empresa.

Llegó temprano, preguntó por Jaime, el contacto que le había indicado la subcontrata por el que tenía que preguntar. Ella pensaba que sería su responsable directo. Esperó de pie más de media hora, hasta que llegó un hombre de unos 30 años. Le saludó y le pidió que le siguiera. Le llevó a una sala, dónde observó que estaban trabajando una veintena de hombres. No encontró ninguna mujer, hasta que al ir al baño coincidió con las que serían sus dos únicas compañeras. Jaime le pidió que se sentara en una silla de escritorio vacía, delante de la cual había una mesa con un ordenador. Al lado de la silla que había ocupado Ruth, se encontraban varios asientos que fueron ocupando distintos hombres. Paso una selección muy dura. Aguantó miradas, comentarios jocosos e irónicos sobre que no era un trabajo para el perfil de una mujer. No entendía porque una mujer, no podía trabajar en la delineación de planos o con cartografía digital. Pasó el tiempo y consiguió superar el periodo de prueba, a pesar que muchos de sus compañeros no lo pasaron. Cuando llevaba dos años, era la primera de la lista de productividad de la empresa. Después de ver como varios compañeros cambiaban de proyectos y tenían aumentos, Ruth se decidió a pedir una subida de sueldo. Desconocía el motivo por el qué no se lo ofrecían, como había ocurrido con algunos de sus compañeros que tenían menos productividad y antigüedad. El responsable no paraba de sonreír, le dijo que no le cambiaba de proyecto porque era la que más producía en ese. Que no podía subirle el sueldo. Las dos únicas compañeras de su departamento que llevaban en la empresa unos meses más, le comentaron que el responsable les había dicho que estaba pensando en que las mujeres llevaran uniformes. Ellas estaban de acuerdo, pero sólo faltaba que Ruth también lo estuviera. Lo primero que preguntó Ruth es que si los hombres también iban a llevar uniforme y la respuesta que obtuvo fue que no. Entonces Ruth les preguntó que por qué motivo un trabajo que no era de cara



NI UNIFORME, NI QUEDO CONTIGO.

al público, en una oficina de más de treinta personas y las tres únicas mujeres que había, tenían que llevarlo. En seguida, se dio cuenta que era discriminatorio y se negó a ponerse uniforme. Una de las compañeras le explicó que los hombres en la oficina se distraían cuando ellas pasaban a recoger los planos de la impresora y en verano sobre todo, cuando llevaban menos ropa. No podía creer lo que estaba escuchando. Sintió mucha pena e indignación, aunque sabía la situación que tenían ambas mujeres y sus cargas familiares. A los pocos días fue la cena de empresa. Después de la cena, fueron a una discoteca. El responsable se le acercó. Le insinuó que le gustaría quedar con ella fuera de la empresa y que estaba estudiando su propuesta de un aumento de sueldo. Se fue como pudo de allí y pidió turno de noche, para no tener contacto con su jefe. Pensó que recursos humanos se lo concedería porque nadie quería ese turno, pero a los pocos días le dijeron que su jefe no quería que la cambiaran de turno. Un día le ofreció entradas para la caseta de la feria de la empresa, que daban solo a responsables y Ruth las rechazó alegando que no le gustaba la feria. A los pocos días le subieron a la azotea de la empresa y un coordinador le dijo que tenía que cambiar de actitud o sería la primera candidata para irse de la empresa. Que entonces entraría en una lista negra y nadie la contrataría. Ruth temblaba, siguió amenazándola y se sentía humillada. Al preguntar que había hecho, le respondió que se le caía mucho el lápiz y molestaba a los compañeros. También que iba mucho al cuarto de baño. Se bloqueó y no escuchó nada más. No sabe cuánto tiempo pasó, pero por fin reaccionó. Le dijo muy segura de sí misma al coordinador, que en España hay miles de empresas y en el mundo, millones. Que no iba a consentir más humillaciones y menos por un trabajo en el que ganaba mil euros. No se iba a poner uniforme, ni iba a quedar fuera del trabajo con nadie que ella no quisiera. Se despidió con mucho miedo e incertidumbre, pero a los pocos días encontró otro trabajo. Ruth entendió que hay que luchar por la igualdad, No solo pedir a los hombres que nos respeten y traten como iguales, sino sobre todo, animar a otras mujeres a que no se dejen discriminar. Que debemos estar unidas y luchar contra la violencia de género y por la igualdad.

A handwritten signature in blue ink, enclosed within a hand-drawn oval. The signature appears to read "Silvia" followed by a stylized monogram or initials.

INADAPTADA. Por Mar de los Ríos

Mi padre me recibe con su silencio cortante de siempre. Él grita o te clava su vacío. El maestro de la escuela ha estado hace un rato en mi casa para preguntarle si puede y quiere mandarme al instituto. Por como lo siento, sentado en la silla más oscura del comedor que nunca usamos, sé que la conversación simplemente no ha sido. Ya se lo advertí a don Ramón: —“Mi padre piensa que todas las que se van a estudiar a Almería son unas putas. Mi obligación una vez he acabado la escuela es buscarme un novio y casarme. Punto. Ganas que tiene usted de ir a mi casa a que le suelte cuatro frescas.”

¿Que si yo creo también eso? Me acostumbré a dividirme en dos, la que iba a la escuela y se emocionaba con las cuentas y los cuentos y la que cruzaba cada tarde desde el sol de la carretera hacia la oscuridad de nuestra casa-pozo. Aquí, en el universo negro de mi infancia, he tenido por obligación agachar la cabeza y no usar nada del mundo donde sonreía. Y en este último curso de la EGB he llegado a pensar muy seriamente si a mí me había hecho algún bien eso que decían los maestros que, desde 1970, todos los niños de España teníamos la obligación y el derecho de ir a la escuela hasta los catorce años. ¿Quién puñetas había inventado esa ley? ¿Acaso habían hablado con mi padre y con todos los padres de mis amigas de los pueblos limítrofes que íbamos cada día en el autobús hasta la escuela durante los últimos ocho años? Porque si hubiesen cruzado dos gruñidos siquiera con algunos, no se hubiesen molestado en gastar papel y tinta en escribir leyes que parten a las niñas por la mitad. Los niños irán todos a la Escuela de Formación a ser fontaneros o delineantes, eso ya no se discute. Mi hermano Paco es dos años menor que yo y ya sabe que va a ser el electricista del pueblo. Pero nosotras, ¿qué? ¿Qué se supone que tengo yo que hacer ahora que sé quién fue Carlos III y dividir por dos cifras? ¿Qué le digo yo al energúmeno este que me está mirando desde la humedad de su vaso de vino en una mano y su eterno cigarro en la otra?

Mi madre me ha abierto la puerta con los ojos hinchados, como siempre, sonándose los mocos con el pañuelo mojado que lleva por costumbre bajo la manga de su jersey enlutado. Le hacía tanta ilusión que yo estudiase... Ella tiene afición a leer novelas, ahora las devora de tres en tres gracias a que se las presta el nuevo practicante... —“Mi Conchi —dice a las comadres de la cuesta alta— va

a ser la primera de mi casa que tenga la escuela acabada. Y todo con sobresaliente. Seguro que podría ser una médica buenísima para el pueblo; que me han dicho que ya las hay por docenas en Barcelona.

Ahora solo se ha limitado a girar la cabeza de lado a lado y clavar la mirada en sus zapatillas. No hay apenas dos metros desde la calle hasta donde mi padre ejerce de rey medieval sentado en su trono de vino y humo, así que tampoco me ha podido sisear si don Ramón se ha ido de mi casa con todos los huesos en su sitio.

Me he parado frente a la chispa de su cigarro y he escuchado a mi maestro en mi cabeza:

—¿Tú qué quieres hacer con tu vida, Conchi? ¿Vas a tirar por el retrete todo lo que podrías ser en la vida sin luchar?

Entonces he cerrado los ojos y me he visto en un año. Voy paseando por la plaza del brazo de un muchacho que todavía no conozco. Son las fiestas del pueblo. Estoy embarazada porque me he fugado de mi casa huyendo de este aire irrespirable, para acabar con un ejemplar de energúmeno parecido a mi padre, un macerado en alcohol como él, que podría haber sido cualquiera de los alrededores, y que me pidió bailar lento hace ocho meses en la *fiesta del pollo* de Navidad; que lo que buscaba en mí era una limpiadoracocineracriadoradeconejos que se comporte lo más parecido a una sordomuda. Volar, soñar con otra existencia..., para eso siempre me quedarían las novelas...

De pronto vuelvo al comedor de mi casa sobresaltada. Los energúmenos han rugido. Los dos, este y el del futuro.

Sigo hasta mi cuarto, el que comparto con mi hermana pequeña de ocho años. Saco la maleta a cuadros de debajo de la cama y meto deprisa mi poca ropa. He mirado el despertador que me regaló mi tía la de Francia. Quedan diez minutos para que llegue la pasajera. Levanto la losa suelta de debajo de mi cama y cojo los cuatro billetes ganados a escondidas blanqueando paredes. No olvido el papel donde tengo apuntado el teléfono de mi tía. Me quedan apenas diez minutos para poder seguir a mi sonrisa. Es ahora o no será nunca. Por suerte para mí, mi casa tiene solo una virtud: dos puertas. Una de ellas dando a la carretera, junto a mi cuarto. No hay termino medio entre el rugido y la huida.

Misa de doce

Si no fuera por el monaguillo y por la señora, yo no estaría aquí de sirvienta en la ciudad. El muy zascandil se personó después de misa cuando el cura justo se había ido a almorzar. A mí me llevaba una buena hora limpiar la sacristía los domingos después de misa. "Tiempo malogrado", me echaban en cara el Quico y el Marcial. Odiaban que yo estuviera a bien con la Iglesia. El monaguillo me chistó: *Filo, llévate el cepillo. ¿Robar yo al cura? Ni hablar. Cógelo como de prestado y lárgate*, me decía el muy pillo. Lo cierto es que la señora del médico ya me tentaba desde hacía tiempo. Ya fue un día derecha a hablar con Madre cuando el Quico y el Marcial estaban en el mercado de abastos, aprovechando que no rondaban por la finca. ¡Qué paz cuando no están, desdichados sean los dos, que no parecen mi sangre, parecen hijos del demonio! Lo dice mi propia madre, que los parió, pero bien que calla delante de ellos porque son como toros bravos. En la quesería nos metimos la señora del médico, Madre y yo. Ni una palabra soltaba yo para que no viese la señora que no soy muy normal, que tengo algo de retraso, o eso dicen en el pueblo. Pero la señora me habló como si fuera una persona cabal, miraba a Madre y a mí muy seria: que se me llevaba a la ciudad para servir en casa de la hermana, que es profesora y está casada con un abogado. Alabó mis manos porque cocino, friego, limpio, atiendo la casa y a los animales, con mis manos ordeño y con ellas fabrico los ricos quesos que la señora me compra. Soy una "bendición", dijo la señora y a mí los ojos se me nublaron de emoción en ese momento porque nadie, nunca en la vida, me ha dicho tal cosa. Hace algo más de un mes ella ya se presentó en la quesería estando yo sola una tarde. Aparcó el coche frente a la verja. Suerte que el Quico andaba durmiendo la mona y Marcial todavía no había vuelto de las subastas. Ambos habían discutido hasta llegar a las manos porque el Quico estuvo de picos pardos el domingo por la noche y no quiso atender al ganado de buena mañana. Me lanzó la zapatilla desde la alcoba: "Filo, vete p'al establo, tira pa'allá.." me gritaba y se apretaba las sienes todo fiero el Quico, que es mayor que yo, es hombre y sabe incluso de matemáticas, por eso decía el maestro del pueblo que iba para ingeniero.

A mí me llaman la Filo, la tontorrón, nací más tarde que ellos y por poco ni nazco viva. Mal parto tuvo mi pobre madre, quizá por culpa de los desgarros de mis dos hermanos al venir al mundo primero, pues ya venían ellos guerreros. Cuando Padre falleció hace siete nochebuenas, la vida se hizo dura en la finca. El Quico y el Marcial se hicieron los jefes y la situación viró a peor para Madre y para mí.

No es que te quieran mal, hija, decía Madre apurándose en los fogones para tener el almuerzo a tiempo, porque llegaban como dos lobos hambrientos y, además, de muy mal talante. *Es su ser, ellos son así.*

Mis hermanos son así, señora, repetí la frase de Madre delante de la esposa del médico cuando me observó en la quesería, con esos ojos fijos que todo lo quieren saber. *Nadie es así, y menos con su propia familia*, respondió muy tiesa ella. La señora ciega no era, por eso vio la venda del brazo y el moflete algo magullado, se puso con los brazos en jarras, su silueta recortada en la penumbra esperando que le envolviera los dos quesos que vino sola a buscar. Y apareció el Marcial, pero antes de llegar, ya le sentí: sus pisadas fuertes sobre la grava y antes de sus pisotones de bestia, ya llegaba el humo del tabaco hasta nuestras narices. Me quedé muda. Marcial silbó desde el umbral: *Quita tú, que yo atiendo a la señora*. Y puso unas de sus sonrisas torcidas. La señora le miró de arriba a abajo: *Filo y yo hemos acabado ya, me llevo un cremoso y un curado*, y me alargó el billete de 1.000 pesetas sobre el mostrador, pero el Marcial lo atrapó él mismo como águila sobre su presa. La Señora volvió a mirar a Marcial con el azul helado de su mirada, me dio las gracias solamente a mí y salió por la puerta con paso firme, clavando los tacones en los hierbajos. Oímos el motor ponerse en marcha y temblé de cabeza a los pies. *Vete con ojo con esa, que no es de tu clase, no te ande liando cosas en la cabeza*, y el Marcial me puso una "manaza" en el cuello que casi me doblega hasta el mostrador. Sentí su aliento a cigarrillo y a aguardiente pegado a mi oreja: *Mucho ojo, boba*.

Cuando llegué a la ciudad, me entregaron un papel con una dirección muy larga. No sé leer bien del todo pero el número de teléfono sí lo aprendí del tirón, que eso se me da mejor. El cepillo de la misa lo acepté ese último domingo. Cuando el monaguillo se me acercó en la sacristía, cogí todas las monedas del cestillo, no sin cargo de conciencia porque era un sacrilegio. Me prometí devolver hasta la última peseta cuando estuviera ya establecida en casa de los señores, con la primera paga. Recuerdo que canté el Ave María con el coro en esa última misa de doce y cuando llegamos al "démonos fraternalmente la Paz", ya casi al final, el cura me guiñaba el ojo desde el altar. O eso me pareció a mí.*


FDO. NURIA GARCÍA GONZÁLEZ

Conversaciones viejas

Marta llega tarde, Marta siempre llega tarde. A Julia no le importa esperar, porque ella casi siempre llega tarde. Pero si has quedado con Berta, aunque Berta sabe que vas a llegar tarde porque has llegado tarde a todas las citas de los últimos veinte años, la bronca es ineludible. Ocurrirá, de la misma manera que ocurren las estaciones. Bueno, de una manera un poco más certera que lo de las estaciones que hasta eso es ya posmodernismo.

Ahora pedimos cuatro tercios porque somos señoras en la treintena y las cañas tiradas nos parecen un asco. En realidad solo le parecen un asco a Helena, pero lo hacemos por la cohesión de grupo, lo de pedir todas lo mismo. La cohesión de grupo te la puedes saltar si es la hora de merendar o la del aperitivo, que entonces puedes pedir vermut. Si pides la última, lo más probable es que desates el caos con tu subversión y un porcentaje alto de las presentes cambie su petición, puede que de vermut a cerveza y de cerveza a vermut en bucle durante un rato. De cualquier manera, somos mayoría la gente que pedimos mal. Por eso es mejor fiarte de lo que pidan las demás, especialmente si sales con gente que tiene las cosas claras siempre, como Helena, que tiene claro lo del tercio y las demás la seguimos. Está bien que haya pequeñas decisiones vitales, límites vitales, que decides tomar porque has alcanzado una edad. Ya-no-te-aguanto, ya no pierdo el tiempo con gente que me cae mal a menos que sea por dinero (léase trabajo), ya-no-tomo-cañas-solo-tercios. Te hace sentir existencialista, como si algo tuvieras tú que dec(d)ir al paso del tiempo.

Helena no se cabrea si llegas tarde, porque Helena parece que está siempre cabreada. De hecho, a lo mejor se cabrea, a lo mejor no. No sabrás la diferencia porque es imperceptible para el ojo humano.

Cuando Marta llega, dice algo así como 'ah, esa conversación', porque estamos teniendo una de esas conversaciones viejas. Hacemos un pequeño paréntesis para la bronca, que dura poco porque la conversación es interesante, y no hay que hacer paréntesis para pedir porque Marta ya tiene el tercio en la mesa.

Helena no solo siempre te pide antes de que llegues —lo que imposibilita tu subversión del vermut— sino que también te pide antes de que te la acabes. Es un poco autoritario, pero a mi personalmente me gusta delegar.

Estamos en el encontronazo con la sexualidad. Hablamos de lo más o menos violenta que fue nuestra sexualidad durante la primera década desde la sagrada

escena anunciadora de la pérdida de virginidad. Hablamos de qué es eso de la virginidad, de qué es follar, de si las bolleras follamos, o si las bolleras no tenemos permitido follar porque follar es de heteros o de hombres. Hablamos de que las bolleras tenemos la responsabilidad de follar y decir que follamos porque es una subversión del sistema discursivo porque pensamos que follar es definitivamente discursivo –somos unas posmodernas, como las estaciones. Hablamos de cutreces, de polvos cutres con chicos de bar en portales, coches y matorrales. Y de la revolución sexual. Tanto la nuestra como la de antes, qué cutre eso de follar más es mejor, y cuánto nos costó darnos cuenta, si es que nos hemos dado cuenta.

Hablamos de si es o no violencia cuando sí hay agencia –nosotras éramos y somos, y tomamos nuestras decisiones, no éramos idiotas, muchas cosas las hicimos (¿nos las hicieron?) porque *quisimos*. Siempre hemos sido fuertes, no víctimas. ¿Es violencia cuando hay consentimiento? La respuesta no es ni sí ni no, pero aprovechamos para hablar un poco del BDSM (Bondage y Sadomasoquismo) y del consentimiento radical y su polaridad o no con el deseo. Hablamos de cómo las que somos bisexuales no tenemos las mismas relaciones con tíos que con tías, y cómo eso cambia de bisexual a bisexual.

Los ocho pares de ojos brillan de distintas maneras, de lascivia con el BDSM, de inquietud cuando buscamos nuestro deseo, de sorpresa cuando miramos nuestro pasado, de ira cuando escuchamos según qué historia.

Hablamos un poco de qué es lo violento, qué es lo que engancha, lo que les hace sentir que pueden hacer lo que quieran cuando es evidentemente *not ok* –como esa experiencia que tenemos todas de *tirarte a una niña de 15 años cuando tú tienes entre 25 y 45*. Una historia universal – y mira que somos poco de universalizar.

Ya vamos por la tercera o la cuarta ronda, y nos venimos arriba con el poder. Lo que le pasa al poder es que es la hostia. Es sexy. Es cómodo, da gusto. Da gusto tener el poder, un gustazo. Y cuando te llega es como cuando te llega la nómina, no sientes que sume, sino casi que alivia, te pone contenta, te entran ganas de salir a gastar. A gastar privilegios.

Nos quedamos ahí, porque hay toque de queda. Sabemos que esta conversación durará toda la vida, y seguiremos reconociendo hallazgos en nuestro pasado, y

Conversaciones viejas.

procesándolos con las cañas, el vermut, y las amigas.

29/01/2021

X 

Natalia Pereira Martín

Firmado por: npereira

49-YA NO TENGO MIEDO (NATALIA JAURRIETA CASANOVA)

YA NO TENGO MIEDO

Ojeras como surcos que enmarcan unos ojos cansados y tristes. El espejo refleja la imagen de una extraña de rostro desdibujado que se parece lejanamente a mí. Sufro insomnio desde hace días y siento acúfenos en los oídos. Algo parecido al zumbido de un enjambre de abejas afilando sus aguijones.

Mi cuerpo desnudo delante del espejo me provoca náuseas. El cardenal al lado de la costilla izquierda, es de color rojizo granada, como el pintalabios que compré hace ya no sé cuánto tiempo, y que dejé de utilizar porque a él le resultaba demasiado “provocativo”. El agua de la ducha es una caricia húmeda y relajante; la única que mi cuerpo recibe desde hace meses.

El sonido de sus pasos y el portazo disipa cualquier duda. No, hoy tampoco habrá beso de despedida.

El trayecto al trabajo paseando, sin prisas, con el aire frío de marzo sobre mi rostro, es un aliento de vida. Tres capas de maquillaje han dignificado mi aspecto y en la oficina nadie advierte mi falta de sueño. Bueno, Marisa, sí. Hoy me mira varias veces de soslayo. El otro día ya me dejó caer que en los últimos meses estoy taciturna, pero yo llevaba puestos los auriculares y fingí no oírla. Fingir se me ha dado siempre bien.

Al acabar la jornada voy a casa de mi madre. El regalo de dos cálidos besos al recibirme, es lo más reconfortante que he sentido en días. También se ha dado cuenta de que algo me ocurre. Hace unos meses que no vamos juntos a verla. Pienso en mi padre y me pregunto si alguna vez él también... pero tan solo el pensamiento me produce un escalofrío, un estremecimiento eléctrico que me recorre la espina dorsal. Y en ese preciso momento mis palabras fluyen liberando un abismo soterrado durante lo que ahora me parece una eternidad.

Al principio, todo comenzó con gestos y palabras punzantes y afiladas. Cualquier excusa era válida y se convertía en detonante de sus explosiones. Y yo cada día más pequeña, encogiéndome hasta llegar a no ser. Después vino la primera bofetada, como una pesadilla en un sueño agitado del que te despiertas

bruscamente. La segunda dolió menos. La tercera y la cuarta ya no las sentía, apenas. Después, dejé de contarlas. Y ayer, el empujón y el golpe contra la mesita de noche de una habitación de matrimonio convertida en un desierto de escacha.

Una se acostumbra al dolor físico cuando cree que lo merece. Y desaparece dentro de él.

Mi confesión deja helada a mi madre. Su abrazo hace brotar un torrente de lágrimas contenidas desde hace meses. Ella sabe mejor que yo lo que hay que hacer, y su apoyo me hace sentir segura y calma una angustia clavada en el pecho.

-Tu padre jamás...-, me dice, - y yo no se lo hubiese permitido-.

En la consulta del médico, respondo a todas las preguntas sin titubear. Algo en mi interior ha hecho clic. Y sé que es un punto sin retorno.

Mientras aguardamos en comisaría, intento recordar la imagen de él cuando nos conocimos, pero no lo consigo. Su sonrisa se me desdibuja y es imprecisa, solo veo unos ojos centelleantes y una mirada esculpida en fuego.

Siento vértigo y una sensación indefinida en el estómago, como si palpitase. Sé que el camino a recorrer es cuesta arriba y respiro profundamente, llenando mis pulmones de aire.

Mi madre coge mi mano y me sonríe con los ojos.

- Vas a ver, mi niña, como todo va a ir bien.

Y aunque ya soy una adulta, sucede exactamente igual que cuando pronunciaba las mismas palabras cuando yo era una niña.

Y ya no tengo miedo.

Natàlia Jaurrieta Casanova.

PRÓXIMA ESTACIÓN

Belén Rodríguez García

La mujer del asiento reservado arranca la hoja del periódico con sumo cuidado. Tiene aspecto de anciana, el pelo negro sembrado de canas parece descuidado al tacto, pero ordenado a la vista recogido en un moño detrás de la cabeza. Parece una anciana sentada en el asiento reservado para ancianos, pero sólo tiene 43 años. Detrás de unas evidentes arrugas alrededor de los ojos, una mirada triste, pero eso es todo.

Muy despacio, con la misma minuciosidad con que ha recortado la noticia, Juana se esfuerza en reducir y aumentar la distancia que separa el papel de sus pupilas, hasta que uno y otras se adaptan y lee «O-tro hom-bre ma-ta a su mu-ger. Y ya van do-ce es-te a-ño». Aleja más el papel, sin lograr enfocar esta vez, para leer el pie de la foto en la que aparece un hombre joven saliendo de un edificio, esposado y escoltado por dos policías. No alcanza a leer que es el presunto asesino, pero se lo imagina Juana, aunque ella no piense en la palabra presunto y se limite a decirse que es el asesino. Juana dobla la hoja con parsimonia y la guarda en el bolso junto a la cartera, la bata enrollada y las gafas de lectura rojas que le ha regalado una de las señoras, y que le da vergüenza usar en público. Son muy llamativas, pero agradece tenerlas porque le permiten leer cada noche, cuando llega a casa, las noticias que ha recortado de los periódicos gratuitos que le regalan diariamente a la puerta del metro. Practica gracias a ellas el estrenado aprendizaje de la lectura, y gracias a ellas también es capaz de escribir a sus hijos una carta semanal (practicando el estrenado aprendizaje de la escritura) que ellos corregirán en la misiva de vuelta, que Juana recibirá la semana siguiente, llenándola de orgullo, porque eso significa que los hijos van a la escuela y que aprenden.

Juana aprovecha el trayecto en el metro para echar una cabezada, simulando el comienzo de un día cuando casi no ha acabado el anterior y lleva horas recorriendo casas y oficinas que limpiar. Pero ahora sólo cierra los ojos, con la foto del periódico llenando su cabeza, apareciendo, como un saltimbanqui, la cara de su marido en medio. Él tampoco parecía mala persona cuando se casaron, como el hombre esposado; nunca la había pegado, y al principio todo iba bien. Algún grito, algún

insulto, lo normal. Pero llegó el primer embarazo, y con él la primera paliza, que fueron aumentando en frecuencia e intensidad a medida que lo hacía el número de hijos; así hasta tres. A medida que los hijos crecían, las palizas y el desprecio se repartían entre los tres, los dos niños y ella. Así un día tras otro hasta que Juana y sus hijos no pudieron más y aún así siguieron aguantando, porque de donde ella viene la violencia de género no existe, así que tampoco existen víctimas, sino mujeres sin suerte o mujeres rebeldes, depende de quién las nombre.

Juana sacude la cabeza y abre los ojos, que se le cruzan con los de una niña que está sentada frente a ella, sobre las rodillas de un hombre que seguramente sea su papá. Juana dirige a éste una mirada descarada y un calambre de rencor hacia sí misma le recorre los recuerdos por no haber estado lo suficientemente alerta. Pero eran tantos los golpes que tenía que esquivar, que hasta se sintió aliviada al apreciar que el marido no pegaba a la niña. Y vuelven las imágenes del horror. La pollera subida hasta la cintura, las manos sucias recorriendo sus piernecitas blancas, las lágrimas resbalando por las mejillas rosadas, y el miembro, el sucio miembro erecto. Y la pala. La pala que Juana trae del campo y vuela asestando un golpe milagrosamente certero, porque sólo Dios podía haberle dado tanta puntería. Y la sangre tiñendo la tierra, y el silencio de los vecinos, que qué mala caída algunos, y otros, al oído de Juana, que ahora descansaréis.

Y descansaron, pero siguieron pasando hambre y necesidades. Y por eso está ella aquí ahora, en este metro, sin pasar hambre, pero sí la necesidad de tener a sus hijos sobre sus rodillas. «Es un castigo del Señor», piensa Juana. Dios materializado en papeles que no tiene, en burocracia que no entiende y en un puñado de buenas intenciones que arden como un clavo incandescente al que se agarrará con fuerza, aunque se abra las manos, porque es el único que tiene.

La cabeza de la mujer del asiento reservado descansa sobre el cristal de la ventanilla. Parece tranquila entrando y saliendo de un duermevela con los ojos cerrados. Se diría que casi sonríe. Si pudiéramos observar su sueño, veríamos a dos niños y una niña peleándose por sentarse sobre sus rodillas, comiéndosela a besos aquí mismo, en este asiento del metro, mientras suena la megafonía “próxima estación: Esperanza”.

¿DÍA DE LA MUJER? ¿ESO QUÉ ERA? ¿HABÍA COLE?

Honestamente, creo que la verdadera igualdad no llegará el día en que un niño se vista de princesa y una niña se pida a Cristiano en el FIFA por su técnica con el balón.

Señores y señoras modernos, perdonen mi osadía.

Desde mi punto de vista, la verdadera igualdad llegará el día en que esos niños y niñas estudien que antiguamente había una cosa necesaria que se llamaba Ministerio de Igualdad y otra cosa que se Juzgado de Violencia de Género. Será el día en que pregunten para que servía una línea de tres números, 016, y por qué no se quedaba registrada.

Será ese momento en el que alguien, con el pelo blanco, le hable de machismo y tengan que ir a buscar esa extraña palabra en el diccionario porque ya no sale cada día en las noticias de las tres. Será ese instante en que, con la misma cara de *póker* que tu mirabas las divisiones con cajitas, te pregunten para que servía la Ley Integral contra la Violencia sobre la Mujer y que tengan dudas sobre si en el Instituto de la Mujer se llevaba uniforme o no y si tenían columpios tan altos como los suyos.

Será esa expresión, esa cara de loco con la que te observen cuando les cuentes que era un sitio donde las mujeres tenían que defender sus derechos y principios constitucionales. Señores, cons- ti-tu-cio-na-les, y que unos y unas valientes tuvieron que crear ese *cole* para promover y fomentar las condiciones que posibiliten la igualdad social de ambos sexos y la participación de las mujeres en la vida política, cultural, económica y social. Para reivindicar unos derechos que muchas, todavía, ni conocían.

Será ese día en que te pidan nerviosos que le preguntes la lección de la Igualdad en todos sus sentidos porque al día siguiente tengan un examen en el colegio.

Será esa mañana en la que, mientras leen los titulares de todos los periódicos del mundo que denunciaban a gritos como dos chicas jóvenes que viajaban solas fueron asesinadas en Ecuador, se paren un segundo, levanten la vista del i-pad, i-phone, *i-diotez* del momento y con cara de incredulidad te pregunten; “Mami, ¿solas? ¿Cuánta gente cabe en solas? Pero... ¿quién les faltaba para poder viajar tranquilas y no morir en el intento? En tu época, ¿cuánto era el

mínimo legal de personas para poder viajar en condiciones de seguridad? ¿Esto también está regulado como los frasquitos de cien mililitros en los aeropuertos?"

Será el día en que, curiosos y realmente preocupados, te pregunten si cuando tú eras pequeña ya había *wifi*, gente capaz de operar a corazón abierto con la más alta tecnología, viajes espaciales a otros planetas (buscando vida inteligente, se ve que por aquí ya han desistido) o rascacielos kilométricos y tú, aun con mayor cara de asombro que ellos, les digas que por supuesto.

Y entonces, justo entonces, sea cuando al borde de un estado de patatús, haciendo el máximo esfuerzo, poniendo todas sus pequeñas neuronas a trabajar y elevando su atención al máximo exponente hasta el que sepan contar en ese momento te digan que no lo entienden. No entienden cómo éramos capaces de hacer todo eso y no supiéramos respetar.

"Si todo es cuestión de educación. ¡¡Eso lo saben hasta los de preescolar de mi cole!!"

Y tú, abatida, con tu cuádruple grado, *tropelingüe*, cinco *másters* con nombres en inglés que suena bastante bien, un doctorado y dos cursos de cocina, no sepas responder a eso.

Tocada y hundida.

Para mí, señores y señoras, la verdadera igualdad llegará el día en que tú intentes explicarles qué pasó y ellos, no es que no lo entiendan, es que no sean capaces de comprenderlo.

Marta Padilla García

Amado mío:

Escribo estas páginas bajo una terrible desesperación que ha anegado hasta el último rincón de mi alma. Esta fatalidad tú no la conoces. Me persigue desde el día en que tuve que casarme. Es el miedo que acecha, una pesadilla impuesta que convierte mis días en una existencia oscura y vacía. Estoy hastiada.

Esta noche, cuando la luz de la Luna asome por vez primera entre los cristales de mi ventana, habrá llegado mi fin. No me atrevo a decirte cómo será, sólo sé que esas malditas nubes que flotan impasibles en el cielo lo anuncian, mofándose de ello, riéndose de mí.

No aguardo convencerte. Pero, aunque sea sólo por desdén o diversión, espero que llegues a leer estas páginas, atropelladamente garabateadas, y entiendas porque deseo tanto la muerte.

El verdadero horror empezó cuando mis progenitores me obligaron a contraer matrimonio. ¿Mi cónyuge? Un hombre acaudalado cuya edad podría convertirle en mi padrastro. Era el año 1940, una época amarga en la que se sucedían atrocidades sin ser nunca el daño reparado. Muchas mujeres vivíamos con la congoja en el corazón, incluso dentro de nuestro propio hogar, pues el hombre mandaba, y el miedo a oponerte te convertía en poco más que una esclava.

El matrimonio era una farsa, una obra de teatro puesta en escena con vil perversión, cuyas consecuencias sólo las pagábamos nosotras.

Creo que, de haber podido, habría elegido morir de rodillas, tirada sobre el sucio barro con un agujero en la cabeza. Y sabe Dios cómo lo llegué a desear. Mas eso no era posible. Las palizas y la desazón que me producía saber de mi propia sangre en la boca me mantuvieron sometida. Día tras día esquivaba las miradas de una mujer que me suplicaba desde el espejo, y cuyo rostro manchado me llenaba de vergüenza.

Aunque me gritase con todas sus fuerzas, vomitando un llanto que se había enganchado a mi pecho como un tumor, no le hice caso. Quise creer que era fuerte, que soportaría todas las palizas que llegaran. Pero cómo iba a imaginarme que una noche me aplastaría la cabeza contra el espejo, desgarrando mi alma con cada pedazo de cristal que rebanaba un trozo de mi cara. Y eso no fue lo peor. Luego vinieron los huesos rotos, el terrible crujir que te provoca espasmos sobre tu propia orina, derrotada en el suelo como un trozo de carne descompuesta, vapuleado tu

amor propio entre las heces. Y ahora ya no puedo llorar, ni tan siquiera me sale el llanto cuando acaricio con las yemas de mis manos mi piel quemada por el agua ardiente, el cuero cabelludo arrancado de un cráneo reseco.

Sólo siento odio hacia mi miserable existencia. Las esperanzas que se cobijaban en mi vida nunca llegarán a ser pronunciadas. Mis ilusiones, aunque sólo fuesen anhelos de convertirme en alguien, se vieron aplastadas como cucarachas apestosas bajo pesadas botas. Mis sueños —¿qué es eso? Dime, ¿qué es eso?— creo que nunca existieron.

Me he pasado la vida rogando al cielo un poco de clemencia. Y en mis pesadillas se han mezclado fugaces rayos de luz que anunciaban la venida de un caballero protector. Pero eran sólo una farsa y mi liberación nunca ha llegado. Mas yo he suplicado y he gritado y he gritado. Sabe el cielo cuánto lo he hecho. Ahogándome con mi propio llanto en un rincón del dormitorio, apretando fuerte los dientes entre la sangre, cerrando los ojos como si pudiera desaparecer. Pero, supongo que no han sido más que las ensoñaciones de una niña estúpida e ilusa.

Pues en su lugar y a su antojo, otro hombre me desposa por las noches bajo la fría y maldita mirada de un astro herido.

Y ya no salgo de casa, a la luz del sol. Yo sólo cocino, me ocupo de los menesteres de la hacienda, limpio y sangro cuando me viola.

¡Maldito sea todo! ¡Maldito seas tú, que no has venido! ¡Maldito sea el cielo, que ignora mi dolor! ¡Maldita sea la Luna, con esa detestable giba que asquea mi alma! Malditas sean las nubes, que cuando oigan el ruido seco de la tierra abrazarme, seguirán danzando impasibles en el cielo...

Ya no puedo más. Así que voy a poner fin a todo esto.

Te he contado lo que jamás he podido confesarle a nadie, y ahora necesito morir... Arrojándome a la sórdida calle de abajo, donde probablemente mi cuerpo pase varios días roto antes de que nadie sienta un poco de lástima.

Ha llegado el momento, ya no tengo dudas. ¡¿Qué?! ¡¿Qué ha sido ese golpe?! Oigo pasos, se acercan. Puedo sentir un cuerpo pesado golpear la puerta... algo forcejea con el pomo. Me llama. Exige. No, no quiero... ¡Dios mío! ¡Esa mano! ¡Aléjate, por favor! ¡No, no! ¡La ventana! ¡La ventana!

Lucia se encontraba en la cocina preparando la comida para ella y su hijo Fernando. Le gustaba cocinar con la radio puesta y nunca se enteraba si sonaba el teléfono llamaban a la puerta o su hijo entraba en casa. Era una de las razones por las que solía escuchar la radio con el volumen alto pero en el límite de no provocar quejas en los vecinos. Esta vez sí, vio a su hijo entra en la cocina y tirar la mochila en la silla de donde cayó al suelo.

– ¡Mamá! ¡Mamá! – Gritaba Fernando entrando en la cocina con un papel en la mano.

– ¿Qué te pasa? ¿Por qué tanto grito? Cuantas veces tengo que decirte que dejes la mochila en tu habitación que es donde tienes que estudiar y hacer los deberes.

– Preguntaba Lucia mientras recogía la mochila de libros de Fernando.

– ¡Mira! ¡En el cole van a realizar pruebas para cada uno de los distintos equipos de deportes! Futbol, baloncesto, balonmano, tenis... quieren que el cole participe en todas las ligas posibles e incluso dicen que dependiendo de número que nos apuntemos harán equipo A, B y hasta puede que C – Explicaba emocionado.

Fernando tenía doce años y un gran corazón, demasiado grande, pensaba Lucia. Cuando tenía solamente diez meses se le cayó de sus brazos cuando intentaba sacar del bolso las llaves de casa, pero entre las compras y el estrés del trabajo, no pudo evitar su caída. Aquella caída le causo una rotura de tibia que le impedía correr como los demás niños; además de sumar la culpabilidad que el padre de Fernando cargaba sobre ella todos los días. El problema no fue que le cargara con la culpa del accidente, eran las formas, el desprecio hacia ella y su hijo. La humillación diaria tratándola de inútiles y de lacras, hizo que la convivencia se hiciera insostenible. Fue Fernando quien pidió alejarse de su padre y vivir los dos juntos. Fue Fernando el valiente.

– Mamá, se lo que estás pensando y quiero que me acompañes a todas las pruebas – Le dijo Fernando clavándole su mirada.

– Pero...

– Solo quiero una oportunidad y otra para ti – Le cortó Fernando.

INDEFENSA

Pasan de las once de la noche cuando suena el teléfono. No se ha acostado todavía a pesar de que tendrá que madrugar para que le dé tiempo a terminar la defensa de los Ulloa antes de dejar la comida preparada y llevar a los niños al colegio. Le duele mucho el costado, sobre todo al respirar; probablemente tenga una fisura en alguna costilla después del golpe de ayer, ¡qué fastidio! Tiene que tener más cuidado, no puede cogerse una baja; no, ahora no.

Escribe una nota rápida a su marido y la deja bien a la vista por si se despierta mientras ella no está. No quiere que se asuste. Intentará llegar a tiempo de hacer el desayuno.

En la calle hace frío y empieza a caer una lluvia fina. Se ajusta el anorak y suspira. El dolor la paraliza unos instantes. Se ha planteado dejarlo miles de veces, —por cansancio, por impotencia, porque ya no sabe cómo estirar el tiempo ni la energía, porque...—, pero sigue ahí, defendiendo a las mujeres maltratadas por sus parejas. No es capaz de abandonarlas a su suerte.

En la comisaría se encuentra con una muchacha demasiado joven que tiritaba desconsolada. ¡Pero si es solo una niña!, se lamenta para sí. Es la historia de siempre pero con una protagonista diferente. ¡¿Hasta cuándo?!, se pregunta furiosa mientras traga saliva y aprieta los puños para contener la indignación. Y la rabia. Y la tristeza.

Cuando está a punto de amanecer, corre a casa. Hace café, calienta leche, tuesta el pan, exprime naranjas. Todo está listo cuando se levantan. Mete prisa a los niños: hoy mamá tiene que llegar antes al trabajo. Se cambia de ropa, toma un café solo de un trago, los deja en el colegio y corre.

Entran a la sala de vistas y toman asiento. La muchacha tiene los ojos grandes, del color del ámbar, la piel bronceada, como si todavía fuese verano, y un cuerpo menudo y proporcionado. Se ha recogido el pelo en una coleta alta que le favorece. La observa con atención, como si fuese la primera vez que la ve. Seguro que es una mujer hermosa cuando sonrío, piensa. Y valiente, sí, es una mujer muy valiente, eso seguro.

Si yo me atreviera a...

Espanta enseguida el pensamiento con la mano, como se espanta a las moscas en verano, y se seca una lágrima imprudente. Después, con mucho cuidado, se acaricia el costado para atenuar el dolor y se levanta. La jueza acaba de entrar en la sala.

Margarita del Brezo Gómez Cubillo

“Un nuevo lugar”

Había encontrado un lugar en el que asentarse, nunca olvidaría su llegada a aquel pequeño pueblo entre las montañas, cada ladera pertenecía a un país distinto y ella no pertenecía ya a ninguno, después de tanto tiempo de huir y de esconderse, sabía que allí comenzaría de nuevo. Nadie la conocía pero la acogida había sido cálida, en el pueblo podría tener su estudio y devolver con su trabajo la ayuda que le habían prestado, nunca llegaría a agradecer tanto cariño, ahora, su corazón les pertenecía.

La casa que le habían ofrecido era acogedora y tenía ese agradable olor a cerrado, mezclado con un poco de humedad, le gustaba porque era como madera recién barnizada o mojada por la lluvia, no tenía demasiados muebles pero sí los suficientes para ella, poco necesitaba, el salón era amplio con un cómodo sillón y una mesa de comedor en la que podía escribir, faltaba quizás una buena silla para que su espalda no se resintiera. La cocina tenía todo cuanto necesitaba, con los utensilios para los postres que tanto le gustaba hacer y que pronto compartiría con sus vecinos, esa planta tenía también un pequeño servicio. En la planta de arriba una habitación con un balcón, daba luz al pasillo, con un baño en su interior hacía de la estancia un lugar agradable para descansar y poder leer, una de sus pasiones.

Y allí, justo al lado, estaba el estudio con más luz si cabe, unos ventanales que daban a la apacible calle, y hacían que corriera una brisa continua. La pintura, su trabajo, precisaba de esa luz que entraba sin tapujos y que mostraba cada rincón. No sólo tenía un lugar para ella sino que por su amplitud podría dedicarse a dar clases a personas que quisieran aprender a pintar con ella, a realizar sus propios dibujos y conseguir óleos con paisajes de ensueño que rodeaban el pueblo.

Aquellos grandes ventanales dejaban ver las montañas, puras, ahora con nieve pero que seguro que no perdían su belleza en la primavera y en el verano con sus verdes colores.

Empezó a colocar las pocas cosas que traía consigo, los buenos recuerdos, y sus seres queridos, empezó a ver en aquel lugar un hogar, y sus ojos se llenaron de lágrimas, no como había sido hasta ahora de terror y de dolor, sino de emoción, de alegría de vivir.

Fdo, Mercedes Vázquez M.

Cadenas

Escucho culpa y pienso en la mujer.

Las mujeres, mártires perennes de toda causa que no nos pertenece.

Culpa, carga, cadenas.

Sólo puedo pensar en cosas que nos frenan y en el silencio que hay alrededor.

Estoy cansada de hacer como si nada de eso existiera, cuando estoy exhausta de arrastrar tanto dolor, porque no sé de ninguna mujer que no lo tenga.

No voy a hablar de ser mulas de cargas que no nos tocan, de ser recordatorios andantes de lo que hay que hacer, de ser muñecas que lucir a ojos ajenos, trastos que se adornan para que los miren bien, de ser esclavas de un mísero pelo, que sale y no deja otra solución más que quitarlo de en medio, porque qué iban a pensar de nosotras, La Buena Mujer TM. No voy a hablar de la carga de ser perfecta, pero podría hacerlo.

Prefiero hablar de la cadena que tenemos al cuello. Esa que nos dice que somos princesas, que tenemos que esperar al príncipe, que nos salva con su amor.

Y ahí está Ella, que sueña fervientemente con eso. Y la diferencia entre sueño y realidad la abruma cuando un príncipe le grita por hablar con sus amigos reales, o cuando hace de uno de los momentos que esperaba más románticos una carrera. También cuando uno de esos príncipes la usa y luego la deja tirada, cuando está claro que llora. En ese momento ya no importa nada, porque cuando los príncipes están servidos, ellos duermen bien. Y cuando las princesas están heridas, dejan de querer serlo.

Ella tiene, entonces, que reconstruirse cachito a cachito, porque de repente, cuando despierta, no sabe quién es. Había pasado tanto tiempo queriendo ser esa persona que todos los cuentos decían que debía ser, que ahora no se conocía.

Cadenas

Y se conoce, gasta tiempo y empeño, y, con ello, reconstruye también su corazón. ¿Pero saben qué pasa cuando un corazón es maltratado tanto tiempo? Que no sabe qué es querer bien.

Así que llega alguien, de repente, que ni es príncipe ni quiere serlo. Pero la trata como a una persona, y Ella, que no entiende, Ella, cuyo cerebro se cortocircuita, se enamora de nuevo. Y se pasa la vida dando gracias por cualquier mínimo detalle porque, sin saberlo, había aceptado que nadie lo haría, que nadie la trataría como a un ser humano, que nadie querría abrazarla una noche entera sin nada a cambio, que nadie querría comerla, que nadie querría saber su película favorita, que nadie querría quererla. Que nadie lo haría.

Pero es lo que pasa con estas cadenas, que a veces, después de tanto tiempo arrastrándolas, no eres consciente de que siguen ahí.

Y así pasa el tiempo y ya nada marcha bien, porque hay demasiados comportamientos que no deben ser. Y Ella quiere hacerlo bien, se esfuerza, llora, grita, sufre, porque no sabe por qué no es capaz de hablar de eso que dijeron que hablarían, pero sí recuerda cuando lo intentó con aquel príncipe y sólo le sirvió para que la cubriera de insultos y la tachara de Mala Mujer TM; que son aquellas que una vez rompieron el corazón de los príncipes cuando despertaron y se dieron cuenta de que allí no las trataban bien. Ella sabe todo esto, pero no es capaz de pronunciar palabra. Ella sabe tantas cosas, pero no puede decirlas. Cree que hay un nudo en su garganta, pero son las cadenas que tiran, son todas las mentiras que se creyó en aquella otra vida.

No puede ser, Ella grita. No puede ser, yo ya estaba curada, yo ya estaba reescrita.

Pero no hay reescritura que salve todas las heridas.
No hay Ella que no lllore las cadenas malditas.

Firma: Irene Gallego Lara

Los límites del amor.

Lo miré, aún podía ver en su rostro enfurecido la persona de la que algún día me enamoré. Sus gritos no podían acallar mi mente, la cual me recordaba los primeros momentos de relación. Y es que esta relación, saturada de ira y de dolor, no siempre ha sido así.

Recuerdo el día en el que lo conocí. Desde el primer momento supe que sería él la persona con la que compartiría el resto de mis días. Él conseguía provocar pura felicidad en mí con sólo su presencia. Su forma de hablarme, de mirarme y de complacerme en todos los sentidos hizo que me enamorara de él. Él también estaba enamorado de mí, yo lo sentía. Sentía como los “te quiero” que salían de su boca encontraban significado en su corazón. Así es cómo conocí al que quise creer el amor de mi vida.

El tiempo sólo nos unió más. La idea de estar junto a él me hacía sentir la persona más afortunada del mundo. Paseábamos de la mano, compartiendo historias y construyendo recuerdos. Imaginábamos un futuro juntos, convertir una simple casa en un hogar, hacer de la vida una oportunidad para continuar unidos hasta el fin de esta.

No recuerdo exactamente el día en el que este objetivo común se transformó en una pesadilla. Poco a poco, la misma mano que agarraba la mía para dar largos paseos divagando sobre lo felices que seríamos se comenzó a sentir como una cadena que me apretaba cada vez más. No sé si fueron los primeros gritos, los cuales me recordaban lo inútil que era; los primeros golpes, que me dolían más en el corazón que en la piel; o las primeras prohibiciones que me alejaban de pasiones y seres queridos, los que me comenzaron a hacer infeliz.

Me lamentaba de mí misma, de cómo había podido hacer que un hombre como él adoptará un comportamiento tan inhumano como éste. Quizás fue mi actitud la que le hizo estallar, quizás sólo buscaba corregir en mí lo que estaba mal, quizás.

Con el paso del tiempo fue a más. La verdad es que no recuerdo la última vez que me dijo un te quiero sincero. Los últimos que he escuchado son sólo parte de disculpas que no son de corazón, aunque me gustaría creer que sí lo son. Intento perdonarle, intento perdonar sus gritos y sus golpes, sus amenazas y todo el daño que me

provoca. Y es que, como he dicho antes, cuando le miro a la cara aún veo ese joven enamorado que estaba dispuesto a destruir el mundo por mí. Al final, me destruyó a mí.

Mi mente terminó de divagar sobre el bonito pasado y el duro presente. Me concentré en el momento. Mis ojos llorosos no paraban de mirarle, no como un modo de enfrentamiento sino por simple miedo a bajar la cara. No quería enfadarlo aún más. Lo veía aporrear la encimera de la cocina quejándose de lo infeliz que lo hacía y cómo había arruinado su vida. Me decía que ya no aguantaba más, que mi mera existencia causaba repulsión en su interior y que ya no podía verme más. Al pronunciar estas últimas palabras, causó cierto alivio en mi interior. No verme más sería el fin de esta situación. El fin de mis llantos hasta quedarme dormida, el fin de temblar cada vez que oía las llaves abrir la puerta, el fin de sentirme asfixiada por las mismas manos que un día juraron protegerme. Pero no, él era egoísta y decidió que no merecía vivir más. Me mató.

Así es cómo el falso amor de mi vida me arrebató esta. Me duele, me duele pensar que no fui la primera ni seré la última, me duele pensar que cualquier mujer sufra diariamente lo que yo una vez sufrí, me duele ver cómo no fui capaz de liberarme de mi monstruo. Una denuncia, una llamada al número correcto, una búsqueda de apoyo en amigos o familiares, un grito de auxilio al mundo hubiesen cambiado mi horrible situación. Por desgracia, no fue mi caso. El miedo, la esperanza de que aquel enamorado vuelva a ser lo que era, la propia vergüenza me separaron de mi liberación. Es por eso que quiero hacer una promesa, que mi muerte no sea en vano. No quiero que mi muerte se transforme en un número más al que sumar a la cifra de víctimas de violencia de género que se renueva cada año como si de una mera recopilación se tratara.

Quiero que mi fallecimiento, al igual que el de mis compañeras, esté presente. Quiero que las instituciones tiemblen cada vez que una mujer muera a manos de su compañero sentimental, que las calles se inunden de personas que griten libertad por aquellas que no podemos, que las mujeres se levanten para construir una sociedad en la que la violencia hacia ellas no tenga cabida, que se condene a los agresores tanto penal como socialmente. Quiero un mundo mejor y que mi muerte lo inspire.

Los límites del amor.



Eva Garúa Fiances

LA RUEDA

El cubo de la fregona de la cocina trabaja bastante. La fregona, quiero decir. Me da pena, no hay alegría. Ayer recogió de nuevo la sal y la sangre, después de que la tarde perdiese su luz apacible y el espacio entre los dos empezase a hacerse muy pequeño. ¿Qué fue...? Ah sí, estaban cenando. Ella había cortado algunos esquejes de esa planta enredadera que brota aunque la poden mil veces y no distingue entre la tierra o el agua; crece. Cortó una mata larga llena de hojas y la fue poniendo por trozos en tarros vacíos de mermelada. A la hora de la cena él la vio atareada y al principio se mostró divertido, pareció interesarse, pero siempre hay algo entre los dos que se tuerce. Una zona de transición por la que ella, de reconocerla, todavía daría un brazo, pero para salvarse. En la milésima de segundo en que se cruzan sus miradas, todo revienta. Y ella es como un animal en alerta, solo aparentemente inactivo, pero también ágil para escabullirse como si aún tuviese veintiún años. Él..., él es un animal simplemente.

*

El cubo de la fregona de la cocina trabaja bastante. La fregona, me da pena. Le conoce bien a ella el tacto áspero de las manos, la pisada del pie no siempre enérgica, cuando en contrapeso escurre. Los dos saben, el balde de la fregona y ella, que algo tiene que ver la hiedra en todo este desastre. Esa enredadera, que es como la alegría en su perseverancia. Por eso ya yacen las hojas por el suelo, el *potos* —así se llama la planta—, mezclado con el vidrio y la sangre. Mientras limpia, ella piensa que hay una diferencia, que va menguando, entre el balde que ahora escurre y sus manos. Es el conato de rebeldía nunca realizado por la fregona y su trabajo ingrato, haciendo desaparecer cada vez un mosaico de penas. Pero el balde, la fregona, no gritan, no pueden; enjuagan la tristeza, borran las huellas.

(Fdo: Beatriz Vázquez Campaña)

Realidad maquillada

Se le había adherido una sensación de derrota que arrastraba como si fuera un peso muerto. Nada servía. Lo había intentado muchas veces, pero siempre se encontraba con un muro que le parecía cada día más alto.

- Estamos buscando un perfil diferente.

Esa era la maldita respuesta tipo que le daban una y otra vez. Y con cada respuesta, se alejaba su posibilidad de salir de aquella mentira que era su vida.

Se había casado bastante joven. Sergio había sido un joven arrollador, con una personalidad que enamoraba a todas las jóvenes que le conocían. Contaba, además, con un atractivo físico indudable. Y ella se sintió la persona más afortunada del mundo por haber sido la escogida.

Hasta que llegó el primer quantazo.

Cada vez que lo recordaba, sentía como ardía otra vez la piel donde la había pegado y como se apagaba su espíritu un poco más por haberse dejado vejar. Parecía que su mejilla latía marcando al unísono con cada latido cada uno de los cinco dedos que le había dejado marcados. Fue la primera vez que tuvo que usar maquillaje no para sentirse más bella, sino menos ultrajada. Pero no había funcionado. Nadie se percató en la fiesta a la que acudieron aquella noche de que su cara estaba marcada. Sin embargo, ella sintió que algo se había resquebrajado en su interior. Era una sensación tan clara que no comprendía que nadie la percibiera desde el exterior.

Sus ojos se convirtieron en un dique tratando de detener una fuga que en cualquier momento se produciría con las lágrimas pendientes de derramar que se acumulaban en su interior. Pero no podía permitírselo, allí no, no en aquel preciso instante y lugar. Las consecuencias serían imprevisibles y ella se veía demasiado pequeña para afrontarlas.

Las pocas veces que hablaba con sus amigas, a las que cada vez había ido viendo menos en los últimos años, ellas no paraban de insinuarle lo afortunada que era. Creían que tenía una vida perfecta, con lujos y una interesante vida social. Como si aquello fuera lo importante.

Ya pasaban todas de los cuarenta y se quejaban entre risas de que sus maridos, además, se habían abandonado, mientras que Sergio seguía tan guapo como en la época de la Universidad. Sólo veían la fachada. No querían mirar más

allá. Nadie se atrevía a asomarse a las cicatrices que se escondían bajo el maquillaje.

Ella sólo quería gritar y decirles lo equivocadas que estaban. Igual que en aquella fiesta tantos años atrás, sólo veían el reflejo de una vida irreal, un espejo que devolvía imágenes deformes y ocultaba el dolor que había justo por debajo, a escaso milímetros nada más.

Y los años pasaron pero nada cambió. No se atrevió a dar un paso adelante nunca más. Llegó el momento en el que se cansó de buscar trabajo a escondidas y enfrentarse a un no tras otro. Su autoestima no soportaba tanto rechazo. No había escapatoria. Estaba en una red de mentiras y dolor, soportando la carga cada día de un amanecer sin objetivos en los que su única esperanza era que aquel día no la pegara.

Se rindió ante la evidencia. Su vida era una condena a cadena perpetua. Nunca llegó a darse cuenta de que con sus silencios él se crecía. Si al menos, hubiera creído en ella... Valía más de lo que pensaba y nunca llegó a ser consciente de todo su potencial.

Ojalá algún día hubiera lanzado un grito de socorro.

Ahora no era más que otra noticia a pie de página en el periódico local.

Montserrat Gómez Sánchez

Amina

Amina es mi nueva amiga. Ha empezado este año en el colegio y la han puesto en mi clase. No la había visto nunca antes por el barrio. Es muy callada y tímida con los demás, pero conmigo, solo un poco.

Cuando habla, agacha la cabeza, como si le diera vergüenza. Lo hace en un tono muy bajo y a menudo la profesora le hace repetir lo que ha dicho.

Me ha contado que se cambia con frecuencia de casa y que entonces vuelta a empezar con los compañeros. Tiene un hermano más mayor, se llama Ahmed, igual que su padre y va al instituto. Quieren que sea abogado, pero se le dan muy mal los estudios.

Amina sueña con ser médico, a su familia no le parece nada bien y ya están acordando matrimonio con un primo lejano. También sueña con casarse por amor, algún día.

Hoy le he ido a dar un abrazo y le ha dolido. Quizá es que se lo he dado demasiado fuerte.

Han pasado dos meses y cada vez nos sentimos mejor estando juntas. La he invitado a mi cumpleaños pero su padre no la ha dejado venir.

Le he visto unas marcas mientras se estaba cambiando en clase de gimnasia y al preguntarle, me ha contestado que es muy torpe y que tropieza con todo. Que esta vez había sido por culpa de la alfombra del salón.

Me encantaría ir a su casa y ver esa habitación de la que tanto me habla, pero ella ha dejado caer que tal vez más adelante.

Su madre lleva hiyab y casi siempre gafas de sol oscuras aunque esté nublado. Amina me ha contado que el año que viene tendrá que ponérselo, pero que no quiere.

A veces me dice que le gustaría ser española de verdad, tener unos abuelos como los míos, aunque hace tiempo que le dieron la nacionalidad.

Hoy ha venido a recogerla su padre por primera vez y la he visto temblar. Estoy

Amina

preocupada por ella, creo que ya se lo que le pasa.

Al final se ha derrumbado y me lo ha contado todo en el recreo. Tiene miedo por ella y por su madre. Va cada vez a más. Cualquier cosa que lo contrarie hace que suceda. En cuanto llegue a casa se lo voy a decir a mis padres.



La última marcha de Ghaaliya

Barbanegra

Durante una mañana inusualmente fría en Marsella, mientras pintaba un cuadro postimpresionista, Ghaaliya recordó su infancia. En aquellos años, solía preguntarse por qué debería jugar con muñecas y no decir palabrotas. Rememoró las ocasiones en que su profesora de primaria se escandalizaba de las palabras proferidas.

Dunya, su madre, le advirtió muchas veces de la situación, y su padre, cada vez más ausente, no le decía casi nada. Sólo le aconsejaba que debía ser tan respetuosa como su hermana mayor, Sadira. El respeto que Ghaaliya le tenía a su padre se esfumó cuando éste se fue con otra mujer, dejando a Dunya en la intemperie económica.

Cuando terminó de dar unas pinceladas, Ghaaliya se preparó para ir a una nueva marcha por los derechos de la mujer, en la *Rue de la République*, en un contexto marcada por las protestas feministas en todo el país. Ella asistía a esas manifestaciones, a pesar de que su madre y sus hermanas la desaprobaban totalmente.

El inconformismo de Ghaaliya creció con el tiempo. Las tradicionales costumbres preestablecidas, como mujer musulmana en un país occidental, no podía aceptarlo. Dejó de utilizar velo, y este tipo de situaciones hizo que su relación con Brahim, su primer novio, terminara abruptamente, más por presiones del círculo de amigos que él frecuentaba que por una decisión de él. Esto afectó bastante a Ghaaliya, pero no quería mortificarse en demasía.

Con Juliette, su amiga y compañera en la carrera de Artes Visuales, se juntó en las afueras del *Palais Longchamp* y en minutos, junto a miles de mujeres, hicieron resonar sus demandas y peticiones.

En plena marcha, Ghaaliya sintió regocijo por compartir con otras mujeres que, como ella, se sentían constreñidas por la presión social y las tradiciones. Las banderas, los canticos y los bailes afloraron entre las asistentes. Juliette sacaba selfies y videos de

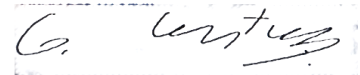
ambas, en una relación de plena confianza. Un beso en los labios marcó la magia del momento para las dos.

Pero de pronto, Mura se sintió *observada*. Era su padre, quien, desde una esquina de la avenida, la miraba con desaprobación. Ghaaliya observó a su padre con sorpresa e intentó acercarse a él, pero el hombre simplemente pareció desaparecer entre la multitud.

En eso, cuando se había alejado un poco de Juliette, miró al otro extremo de la calle. Era Brahim, junto a un grupo de hombres.

Ghaaliya intentó alejarse, pero los sujetos la rodearon con rapidez. Observó el cielo límpido, con una sonrisa.

En medio de la protesta, se escuchó un disparo. Ghaaliya escuchó un grito de Juliette, un chillido destemplado. Todo pareció oscurecerse en torno a ella. Sin embargo, en esos últimos instantes, Ghaaliya no sintió pánico. Ni una sola vez.



Un Rayo de Esperanza

Se podría decir que había esperado toda su vida adulta para este momento. En la pequeña sala con otros cuatro candidatos, el corazón se le desbocó al oír su nombre, seguido de su segundo apellido.

Pasados los primeros minutos de la entrevista, empezó a relajarse. Estaba yendo muy bien y el entrevistador pensaba lo mismo. El puesto era suyo, pero con un sueldo inferior al que merecía.

—¿Alguna pregunta, Carmen?

No sabía si jugársela, pero si no lo hacía tenía la certeza de que se arrepentiría.

—Sólo una. ¿Cree usted que con mi currículum vitae y con más de 30 años de trabajo a mis espaldas merezco percibir un 35% menos que mis homónimos masculinos?

Ramón, Director de Recursos Humanos, parpadea ante semejante arrojo. Recolocándose en su silla hace crujir el cuero, se atusa el bigote y baja la mirada para releer sus notas. "Carmen Serrano, 27 años, polivalente, motivada, resolutiva, con ingles fluido, sin espacios en blanco, candidata idónea".

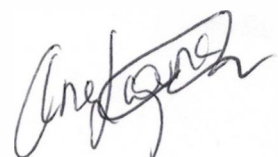
Ya a punto de jubilarse, había visto pocos perfiles así. Claro que merecía ganar igual que un hombre o incluso más. Sin ir más lejos, su hijo Ignacio tenía también 27 años y aún no había terminado la carrera el muy holgazán. Por no hablar de Inés, dos años más pequeña y que con cinco veranos en academias de Londres sólo sabía decir "One pint of Lager please". La broma ya no tenía gracia.

Pero algo no le cuadraba

—Me dice, Carmen, que tiene 30 años de experiencia laboral, pero usted tiene 27. Aquí solo veo trabajos esporádicos de camarera y de verano en Glasgow para pagarse los estudios, según me ha comentado. Seguido de unas prácticas laborales.

—Con el debido respeto, he sumado los años que mi madre tuvo que trabajar para que yo pudiera estudiar.

Ramón, asiente ante el agradecimiento que Carmen le profesa a su madre y que él quisiera recibir de sus hijos. Exhala y piensa que le quedan dos años para



jubilarse. No lo han despedido antes porque tendrían que pagarle una jugosa indemnización. Porque está cansado de ver casos así y más de una vez se lo ha recriminado a Paco, el Gerente. Está decidido a cambiar las cosas, a arriesgarse y a enfrentarse a su jefe. Si le despiden o le piden que se prejuble, tendrá más tiempo para ir a comer chicharrones a Chiclana con una "Lager" bien fría. Los niños ya son mayores y pueden empezar a buscarse la vida "cagüendiez". Silenciosamente, garabatea la suma que le parece justa y, mirando a la candidata como a una persona y no como a una mujer, le muestra el papel.

—¿Con esta cifra aceptaría el puesto?

Carmen sonríe y le da un buen apretón de manos, como le enseñaron los escoceses.

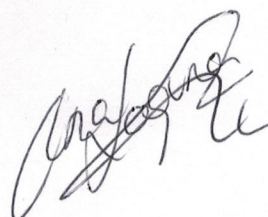
Afuera, el sol brilla un poco más, hubo días que los rayos de sol de su Andalucía querida no le calentaban. Ya puestos decidió irse lejos a un sitio gris, donde naciera el mal tiempo, que era como ella se sentía por aquel entonces.

No puede esperar a contárselo a su madre, coge el autobús y va directa a verla. En el umbral, abre la pesada puerta que chirría bajo su esfuerzo. El olor a ciprés la embriaga una vez más. Busca una silla "¿por qué en tanto espacio siempre sólo hay una?". Se sienta delante de su madre y nota como las lágrimas le oprimen la garganta. Acaricia la fría piedra de mármol como tantas veces su madre le acarició a ella la mejilla. Se acuerda de cómo le ponía el pelo detrás de la oreja y le repetía su promesa:

—No llores más que en cuanto cumplas catorce años, dejo a tu padre.

Y es que es duro perder a una madre en cualquier circunstancia, pero perderla por esto (no quiere ni nombrarlo). Tantas veces se preguntó ¿por qué? ¿Qué sentido tiene este tipo de violencia? Pero ve esperanza en el pequeño paso de su entrevistador "que bien te habría caído mamá". Se seca las lágrimas y se recoge el pelo detrás de la oreja, con un vago recuerdo de lo que significa que tu madre te consuele.

—Mamá, hoy vengo a darte una gran noticia.



64- CUANDO TODO ARDIÓ (SOLEDAD JIMENEZ RAMOS)

“Cuando todo ardió”

Algunas veces, no sé si es el corazón o la razón, pero te avisa, se anticipa y adelanta de alguna manera los acontecimientos que están por venir. Hay veces que aún queda un frío porvenir, aunque el fuego siga ardiendo por dentro, aunque sientas el calor confortable abrazándote, sabes que llegará. Que te dejará helada, estancada, como ocurre con el agua cuando se congela bajo cero y el frío moldea a su antojo, creando insospechadas esculturas para provocarte admiración o desprecio...

Esto último provocaba José Luis Salazar en el molde que Carmela había hecho de sus sueños, aquel hombre los había congelado dándoles una forma irrisoria, diminuta y apenas perceptible, los había congelado gota a gota, los había desparramado de tal modo que no pudieran crear ni ser nada en su conjunto, así era él, como una gélida tormenta devastadora.

Ella en cambio era fuego, de esos que brillan, destacan y no pasan desapercibidos, de los que no te dejan indiferente y cuya chispa siempre prende.

Circundaba su mente el eterno debate sobre que elemento es más poderoso, el agua o el fuego. Bien sabía que el agua apagaría el fuego, en cambio José Luis Salazar no era agua, si no frío y dolor. A él no correspondía la virtud de ninguno de los elementos que la tierra dispone, él solo era el componente destructivo de una naturaleza viva, era un error social.

Pero Carmela también sabía que el fuego derretiría el agua, haría del calor que emanaba de sus entrañas un arma capaz de fundir los añicos congelados de sus sueños. Volverían a fluir, se adaptarían a la forma que ella impusiera y quisiera. Solo tenía que prender la llama que siempre la había acompañado, el calor de esta sería el coraje, el valor, la luz, la fuerza que otorga ese sentimiento de lucha interior.

No tardó tiempo en entenderlo y mucho menos en prender, no fue difícil que aquella chispa ardiera y se convirtiera en quema indestructible. Bastaron unas palabras, solo tenía que salir ahí fuera a soltarlo. Encontró infinidad de fuegos dispuestos a solaparse en un único incendio arrasador, que sortearía los obstáculos innecesarios para acabar haciendo cenizas de aquellas almas oscuras y heladoras que se atrevieran a volver a coartar los sueños de una mujer.

Sole

No he vuelto a Tenerife desde que cumplí dieciocho años. Llegué con trece. Mi madre había sacado un oposición de profesora y su primer destino fue un instituto de Santa Cruz. De nuestro piso sólo recuerdo con cariño la terraza, desde la que se divisaba toda la planicie del mar. Era tan triste que, cuando alguna de las dos se despertaba a media noche, salía a contemplarlo. Allí siempre hacía frío. Ahora, mi madre está muerta. He dejado mi trabajo en la editorial para recoger todas sus cosas. Aquí he sabido que mi amiga Lucinda también ha muerto.

A la isla llegué como una inmigrante: sin amigos, con poco dinero y con la moral devastada. Lucinda no era la alegría de la fiesta. Quizá por eso nos llevábamos tan bien. Escribía. A mí me encantaba escucharla recitar sus poemas de lunas caídas y playas heladas, algo que hacíamos siempre a escondidas. Nos esforzábamos en pasar por chicas normales: ir aprobando sin sacar notas brillantes, ser atractivas sin insinuarnos demasiado, hacer botellón en la playa, cotillear, intentar salir con alguien. Yo tenía algo que ahuyentaba a los chicos, no sabía el qué, sospecho que era una melancolía infinita. Me avergonzaba de que no me pidieran salir. Lucinda, en cambio, se echó novio enseguida. Al principio, nunca los veía juntos. Creo recordar que lo dejaron varias veces. Un día que las dos repasábamos apuntes en la playa de San Carlos se nos acercó un chico.

—La merienda —dijo firme pero con desgana.

Tenía el pelo afeitado en los costados y largo por la parte superior de la cabeza. Quedaba raro. En lugar de llevarlo estirado —que supongo que era lo que pretendía—, el cabello se le rizaba hasta formar caracoles. Parecía húmedo, como si acabara de jugar al fútbol o se hubiera pasado con la gomina. A pesar de que sólo tenía un par de años más, a ambos lados de la nariz se le marcaban dos arrugas profundas como surcos. Lucinda sacó de su mochila un bocadillo que partió a la mitad y apartó la parte más pequeña. El lo miró y dijo: “¿Otra vez mortadela?”. Ella se encogió de hombros. Él hizo ademán de marcharse pero, antes de hacerlo, le preguntó: “¿No tienes más?”. Se fue con los dos trozos, uno en cada mano, y sin decir adiós. Fue una de las últimas veces que vi a Lucinda. Nos distanciamos. Supe que se casaron jóvenes y tuvieron niños.

Las arrugas siguen en el mismo sitio pero ahora son tan profundas que le abren la cara en canal. No tiene pelo. Sólo le quedan algunos rizos en la nuca. Le he reconocido en la caja del supermercado. Se acuerda de mí. Trabaja allí desde hace poco. Ha sido mecánico, repartidor, temporero de plátanos... Me pregunta

qué hago en la isla y le cuento que mi madre ha muerto. No me dice nada de Lucinda, de por qué dejó que el humo la asfixiara en su coche. Termina de cobrar y espera a que meta toda la comida dentro de las bolsas. “Acabo a las seis”, me dice, “por si quieres tomar un café”. Nos sentamos en una terraza donde sopla el viento y las palmeras se inclinan ligeramente. Me cuenta que los críos viven con sus padres. Le hago preguntas sobre Lucinda. Entiendo que estaban pasando una mala racha. Le animo a hablar. Le digo que yo también me casé y que las cosas no me fueron bien.

—¿Qué haces luego?

—Tengo que seguir recogiendo la casa de mi madre.

—¿Quieres cenar conmigo?

Remuevo el café con la cucharilla. Todavía me queda la mitad. Le cuento que trabajo en una editorial y que me dedico a buscar autores jóvenes, noveles, gente que no ha publicado todavía.

—¿Lucinda siguió escribiendo?

—No sé qué hacía.

—La recuerdo siempre con un cuaderno así, de este tamaño, —le marco las dimensiones con los dedos—. ¿No has visto ninguno en casa?

—Te digo que no sé qué hacía en la casa.

El camarero viene y me apresuro a sacar el monedero. Pago yo.

—¿Lo viste venir?

—¿Qué?

—Si ella estaba muy triste... O si lo intentó más veces.

Sobre los platos de las tazas han dejado dos bombones. Se come el suyo.

—La gente dice cosas.

—Sé lo que dice la gente. ¿Tú qué crees?

Estira la mano hacia mi taza y agarra el chocolate que no me he tomado. Le quita el envoltorio. Le miro las manos. Son unas manos angostas, llenas de rasguños, marcas y quemaduras. Por un momento, me las imagino descargando su furia sobre la cara, las manos, los muslos de Lucinda.

—Sólo me gustaría saber si tienes algún cuaderno de ella. De recuerdo.

—Los quemé todos.

Entonces, tira el envoltorio del papel al suelo, se levanta y atraviesa la plaza caminando hacia las palmeras que se inclinan en una reverencia.

ROSAS ROJAS



Basado en hechos reales

Alejandro exhibía la prepotencia feroz de quien se sabe dominante. De su padre había heredado aquella empresa que, bajo su gestión, mermó hacia la mediocridad comercial. Aun así, acudía cada mañana a la oficina bruñendo ínfulas de magno ejecutivo con chófer, varios asesores y múltiples secretarias.

Aquella jornada observó de arriba abajo a Maura con descaro.

—Tráeme un café y la prensa —espetó sin siquiera averiguar el nombre de la nueva asistente. Meses después, aquel ejecutivo tomaba unas copas con sus compañeros en la barra de un selecto club cuando surgió el tema.

—Está buena tu última secretaria —babeó el jefe de contabilidad con sonrisa pícara.

—De cara, sí, pero... tiene pocas tetas.

—¿Ya le has entrado?

—Qué va, aunque sé que lo está deseando y eso me pone —aseguró el Director General.

—Pues en su currículum vi que es licenciada en Derecho, y tiene algunos másteres importantes...—apuntó el responsable de recursos humanos con cierto respeto.

—De poco le ha servido si ha acabado de simple administrativa, ¿no crees? —rieron los otros dos sin contener la sorna ni el menosprecio.

Esa noche, el Director llegó a su casa ebrio. Sonia, su mujer, le esperaba despierta junto al tocador de la alcoba.

—¿Qué miras con esa cara de tísica?—aulló tambaleándose.

Rosas Rojas

—Hoy es mi cumpleaños, Alex —susurró ella asustada, esperando aún en su fuero interno, si no amor al menos un poco de ternura.

—Pues sonríe y ¡arréglate que das asco! —bramó agarrándola por detrás y pintarrajeando sus labios con una barra de carmín que acabó rota por el suelo.

—¡Por favor, me haces daño!

—Te libras, querida, hoy... ya mojé —escupió soltándola de un empujón. Luego llamó a su secretaria como solía hacer a cualquier hora intempestiva para ordenar:

—Mañana mándale unas flores a mi esposa, y escríbele algo, no sé, una cursilada de esas que os gustan a las mujeres.

La ayudante plasmó algunas palabras en una nota. Durante meses había consolado a Sonia cada vez que el marido tardaba y se atrevía a llamar por teléfono a la empresa para preguntar su paradero.

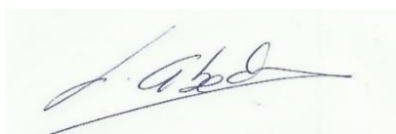
Al día siguiente aquel hombre con resaca y aspecto horrible no halló a su consorte al otro lado de la cama. Pensó en la bronca que le echaría por no haberle avisado de que salía de compras. «Esa dilapidará la tarjeta para vengarse por lo de anoche. Siempre lo hace cuando está triste».

Bajó las escaleras de su lujosa casa en calzoncillos. La furia trepaba por el vientre y carcomía sus entrañas mientras marcaba el número de Maura en el móvil:

—Localiza a mi muj... —iba a ladrar, pero, quedó perplejo.

Sobre la mesa del comedor había un hermoso ramo de rosas rojas. Sus ojos se posaron en la dedicatoria, que repitió tres veces sílaba a sílaba, antes de comprender:

«A Sonia, por ser valiente»



NO MÁS FRASES POR MI BIEN

NO MÁS FRASES POR MI BIEN

Frases que lleva escuchando desde niña, que sin comprender demasiado, huelen a machismo, no sabe muy bien el significado de esa palabra, se la escuchó una mañana a una señora mientras aguardaba, paciente, a que su madre comprase en la frutería. Al llegar a casa, la buscó en el diccionario, como aún no sabe leer de corrido no comprende del todo lo que pone en esa página. Lo que sí entiende es que se refiere a la diferencia que existe entre ella y sus dos hermanos en casa, lo tienes que hacer tú porque eres una chica, las tareas del hogar no son cosa de chicos. Y esa diferencia la deja relegada al último puesto en su casa, primero están sus padres, después sus hermanos, y ella, pues realmente, no tiene un lugar ni derechos, tan solo obligaciones.

Frases que de adolescente hieren y humillan, parece mentira que seas una chica. Comienza a comprender que su mayor valía es su cuerpo femenino, decide ocultarlo y avergonzarse de él. Camisetas dos tallas mayores, pantalones holgados, pelo rapado, pareces un chicazo, su madre no cree que sea la hija a la que educó para buena esposa, con la que se esforzó para que aprendiese a cocinar, coser e incluso hacer ganchillo, a la sombra de los frutales, en las horas de más calor del verano. Incluso vestida de marimacho un chico logra escarbar entre tanta tela y sacar a la superficie una mujer con un bonito cuerpo, bastante atractiva y más femenina de lo que pudiese imaginar. Se produce un cambio radical, la ropa ajustada realza sus curvas, con el maquillaje su rostro adquiere magia, se deja crecer el cabello para que ondee con su caminar seguro. Se olvida de frases que duelen. En cada nueva cita se reafirma de que el amor rompió el cascarón en el que aguardaba oculta para transformarse en mariposa. El hombre que la ama, se acerca lentamente, se queda muy próximo, tanto que el halo de su respiración roza su piel. Levanta su brazo izquierdo y sujeta su cabeza, ella entorna los ojos, aguardando el deseado beso. Aproxima hacia ella el brazo

NO MÁS FRASES POR MI BIEN

derecho, aguarda una suave caricia, entonces, él, furioso, le quita la pintura de labios de un manotazo, uno hacia un lado, otro hacia el contrario. No ve su rostro, lo imagina ensangrentado de rojo carmín. No comprende nada. Su cuerpo se tensa, no pestañea, le mira fijamente, aguardando una explicación, sin comprender. Sin motivo su cuerpo tiembla. Él, con mirada de acero, agarrándola por el cuello, le sugiere que nunca más se pinte, que a partir de ese día con la cara lavada, y ya le dirá la ropa que se puede poner. Es por tu bien, bonita. En cuanto la suelta, sale corriendo, la falda tan ajustada impide avanzar rápido, se la sube lo que puede sin mostrar lo prohibido, descubriendo aún más sus bronceadas piernas. Se quita un zapato de tacón y lo tirá lejos, hace lo mismo con el otro dejándolo caer sin más. Se suelta la coleta, y deja el caballo tan libre como se siente ella. Sin saber muy bien cuál es su destino, no deja de correr, porque por su bien, no quiere escuchar nunca más frases hirientes ni que alguien le diga cómo debe comportarse.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'María Caballero', enclosed within a circular scribble.

Fdo. María Caballero

El premio

-Hoy vamos a desarrollar en clase una dinámica de roles sobre violencia de género – dijo aquel hombre.

Nos mostró unas diapositivas y nos explicó que era algo parecido a lo que hacen los actores y las actrices en el cine. Mi madre me ha contado cientos de veces que de joven trabajaba en el teatro y que tuvo que abandonar su sueño al conocer a papá, así que comencé a imaginarme a mí mismo, subido a un escenario, con uno de esos trajes tristes que visten los adultos, recibiendo un trofeo brillante y dedicándoselo a ella, de modo que puse todo mi empeño en hacer la actividad lo mejor posible. Usé incluso palabras que me tienen prohibido repetir, y lo cierto es que debí de ser muy convincente porque al terminar mi actuación hubo un silencio muy muy largo, y después todos mis compañeros se pusieron en pie y comenzaron a aplaudir.

Esa tarde, cuando vino mi madre a recogerme, la profesora le pidió que la acompañara al despacho del psicólogo del colegio y estuvieron allí encerrados más de una hora. Yo esperé fuera, y aunque pegué mi oreja a la puerta no logré entender nada de lo que hablaron. De vez en cuando escuchaba algún sollozo, sólo eso. Un sonido similar al que algunos días, tras los golpes y los gritos, tras las marchas con portazo de papá, inundaba la casa.

Poco antes de que retumbara el timbre de las seis, mi madre volvió a salir al pasillo. Ya no llevaba puestas las gafas de sol, y trataba de secarse con el dorso de la mano derecha unas lágrimas que le habían humedecido la tirita del pómulos. Se arrodilló frente a mí, me abrazó, me dijo que yo era muy valiente, y me prometió que a partir de ese instante ya no tendría que preocuparme más. A su espalda, mi profesora y el psicólogo me miraban con sonrisas amables y las cabezas ladeadas. Supongo que habían felicitado a mamá por lo bien que interpreté mi papel.

A papá se lo llevaron esa noche y aún no ha regresado. Por un momento llegué a pensar que los dos hombres que lo arrastraron al interior de una furgoneta de

color blanco eran representantes de algún tipo de premio, que me habían dado uno a mí, y que se llevaban a mi padre con ellos para que lo aceptara en mi nombre. Ahora que soy un poco mayor sé que todo eso no era más que una fantasía tonta e imposible, y casi lo prefiero así porque en estos meses que llevamos solos, mamá ha recuperado la sonrisa, las ganas de salir a la calle y varios kilos de peso. Ya tendré tiempo en el futuro de ganar muchas estatuillas para ella.

Autor: Raúl Clavero

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Raúl Clavero'. The signature is fluid and cursive, with the first name 'Raúl' being more prominent and the last name 'Clavero' following in a similar style.

Metamorfosis

Me llamo Paz, y pienso acariciar el significado de mi nombre ¿Cuándo? De momento estoy aprendiendo a levantar los hombros derrotados por la incertidumbre, pero lo que está creciendo en mí ya es imparable: un empuje que me nace en las entrañas y me impulsa hacia adelante con una determinación que inunda mi alma de una vitalidad incontrolable. En estas cuatro paredes se ubica mi voluntad de cambio y, paradójicamente, comienza mi libertad. He reconocido el momento: mi vida empieza ahora. La de verdad. La vida como regalo entregado en exclusiva al cuerpo que lo habita, a la mente y al alma que por derecho natural debieran gobernarlo. No voy a detenerme a pensar si lamento lo que hice porque ninguna respuesta me será de utilidad; lo pagaré con mi tiempo para comprar tranquilidad. Hasta el último minuto. Toda redención tiene un precio, y yo no pienso salir de aquí cargando con los restos de una culpabilidad que lastre mi camino. Tampoco invertiré un solo segundo en compadecerme de alguien que ya no soy. Mi sitio está en el futuro, y mi energía enteramente entregada a la voluntad de construirme. Si la realidad se me resiste pintaré con tiza azul mi propio mar para nadar, y me abrazaré a todas las olas ¿Me oyes? Aquí se acabaron para siempre las horas de tristeza y los momentos de duda. Aquí mismo perfilaré mis planes para vivir lo que quede por vivir. Y no me humillaré hablando de cicatrices que me han hecho más fuerte ni daré lecciones de vida; no deambularé por los pasillos mendigando migajas de compasión. Soy otra. Soy nueva, y me gusta. Y a Natalia, porque se llamará Natalia, le contaré toda la verdad, lo que ocurrió antes y lo que me vi obligada a hacer después. He arrancado una parte sustancial de lo que será su vida, provocando una ausencia permanente que tendrá consecuencias impredecibles, y por eso le entregaré la libertad de entenderme u odiarme, y su voluntad será para mí sagrada. Durante demasiado tiempo viví instalada en el deseo de una vida que estaba al alcance de un paso que jamás me atreví a dar, paralizada por una mano que apretaba la venda que me impedía encontrar la salida, una mano que me oprimía el alma asfixiando cualquier posibilidad de reacción. No habrá descanso para mí hasta que consiga transmitirte la importancia de la honestidad con uno mismo y la valentía. Esos serán mis regalos para ti, hija. Te lo promete una mujer libre.



A ciegas

Me puse la última horquilla violeta en el pelo y me eché el perfume. Mi padre que estaba en el salón salió al oler ese aroma a bergamota y pera que yo había dejado a mi paso por las escaleras.

—No me gusta que salgas con ese fulano— dijo mi padre—con lo que está ocurriendo en la ciudad.

—Ayer cumplí dieciocho años, ¿lo recuerdas? — contesté con seguridad. Guardé las llaves en mi bolso y salí de casa.

Me recogiste en tu coche gris, estabas muy elegante. Íbamos a celebrar mi cumpleaños y casualmente hacía dos meses que nos conocíamos. Yo estaba muy ilusionada, me dijiste que me llevarías a la inauguración de un restaurante en el centro de la ciudad. «A ciegas», lo llamaste.

Al llegar al sofisticado lugar, un guardacoches me abrió la puerta y se llevó el coche para aparcarlo. Me hiciste un gesto para que me agarrara de tu brazo y subimos las escaleras de la entrada.

—Esta noche no la olvidarás—me dijiste.

Muchas personas asistimos a la inauguración, hombres de etiquetas y chicas elegantes. Resaltaba la diferencia de edad entre las parejas. Nos fueron sentando en mesas de seis, nos hicieron escribir nuestro nombre y edad en un papel y nos asignaron a dos camareros, Fede y Matías.

Un señor de esmoquin cogió un micrófono y dijo, «dejaos llevar y disfrutad de la cena». Todos nos pusimos el antifaz negro que había junto a nuestros cubiertos sobre la mesa y comenzamos a cenar a la vez que sonaba una música de fondo.

Fede traía el vino y la comida mientras Matías nos ayudaba con los cubiertos. Comenzamos a degustar la variedad de vinos que nos dieron a probar. Carnes, pescados y mariscos de excelente elaboración. Explosión de sabores picantes y amargos que nos erizaban la piel. Deliciosa variedad de postres.

Al finalizar, nos llevaron a otro salón, seguíamos con los ojos tapados, nos trajeron una copa de coñac, para las señoritas concretaron, y un cigarrillo a los fumadores. A mí nunca me había gustado fumar, más bien lo detestaba.

—¿Estás fumando querida? — me preguntaste.

—Sabes que no me gusta—te contesté. Me echaste el humo de tu cigarro en la cara y yo comencé a toser.

El coñac si me lo tomé de un trago, me gustaba su acidez. La mezcla de vinos comenzaba a hacer efecto, empecé a sentirme somnolienta.

Me desperté con la cabeza apoyada sobre una pared, estaba sentada en el suelo y tenía un fuerte dolor de cabeza. Me quité el antifaz, una chica rubia con rizos tenía su cabeza apoyada en mi regazo, ella aún estaba dormida. Miré a mi alrededor, la habitación era pequeña y oscura, pero olía a una mezcla de delicioso perfume. A través de los barrotes de una minúscula ventana entraban unos rayos de luz. Éramos como unas veinte chicas de la misma edad. Unas comenzaron a llorar, otras despertaron y otras se miraban desconcertadas. Empezamos a gritar para que alguien pudiera oírnos, pasó aproximadamente una hora y nadie contestó.

—Yo creía que las chicas de buena familia estaríamos libres de ser secuestradas para estos trabajos—dijo una chica que parecía menor de edad lloriqueando.

—Nosotras también tenemos vagina—contestó otra.

Nos quedamos en silencio, nos pusimos el antifaz y volvimos al restaurante donde nuestros camareros asignados nos ofrecían un delicioso desayuno. Tras desayunar, cogí el cigarro, le pedí fuego a Matías y disfruté de cada calada.

Elena Gómez Atienza

Doña Aurora llevaba ahorrando ya dos meses. Lo hacía en efectivo porque para ella era más fácil no gastárselo. Necesitaba un poco más, pero con la siguiente pensión que cobrara, tendría de sobra.

Dos meses habían pasado desde que había empezado a guardar el dinero debajo del colchón. Nunca había sido de ahorrar. Años después de quedarse viuda decidió que iba a vivir todos los meses como si fueran el último y se daba caprichos a ella y a todos sus nietos e hijos. No obstante, ahora debía guardar el dinero, necesitaba guardarlo. Intentaba ser muy ahorrativa con la comida, su madre le había enseñado buenos platos calientes que implicaban apenas unos céntimos.

El problema no era el dinero, sino el esperar. Esperar a que el banco realizara la transacción mensual para tener el dinero suficiente y emprender su viaje.

Ella ya era vieja, y sabía que, si no le tocaba morir ese año, le tocaba el siguiente. No le tenía miedo a la muerte. Es más, había sido siempre tan curiosa que estaba impaciente por saber qué había en el más allá.

Sin embargo, Doña Aurora era dura de roer, mucho había vivido como para que algo pudiera con ella.

Todos los días hacía la misma rutina: té, compras, cocinar y televisión. También le dio por leer algo, ¡jamás había estado tan aburrida!

Doña Aurora, en lo más profundo de su ser no estaba aburrida, sino impaciente. ¿Y si el banco se retrasaba? ¿Y si se adelantaba y estaba esperando como una tonta? Cada cierto tiempo, Doña Aurora reproducía un monólogo en su interior, lleno de preguntas retóricas e inseguridades vestidas de inocencia.

¿Y si era demasiado tarde?

El dinero llegó, “como todo en esta vida”, dijo en voz alta Doña Aurora. Tenía miedo de lo que iba a hacer, pero ese sentimiento no la hizo vacilar en ningún momento.

Se colocó la mascarilla y salió a la calle. Era de madrugada, pero era la única hora a la que podía realizar aquello.

Caminó con toda la velocidad que podía. Era ya mayor y sus piernas no eran lo que eran. Además, la mascarilla no le permitía respirar bien. Se arrepintió de haberse puesto una

chaqueta, ya que estaba empezando a tener calor y a sudar, como resultado del miedo a ser pillada y andar rápido.

Le sorprendió ver toda la calle vacía. Es cierto que eran altas horas de la noche, pero aquella escena parecía sacada de una peli de terror. Después de 20 interminables minutos, llegó a su destino.

La memoria le fallaba, pero tras dudar unos segundos, logró recordar cuál era el piso de su hija. Tocó una vez. Nadie respondió. Volvió a tocar. No sabía si era por la situación o por el nerviosismo, pero Doña Aurora envejeció 10 años esperando a que le contestaran.

- ¿Mamá? – preguntó la persona de detrás de la cámara.

Doña Aurora suspiró dentro de su mascarilla quirúrgica. No era demasiado tarde.

- Haz la maleta y vente conmigo, que me siento muy sola – mintió Doña Aurora.
Odiaba mentir, pero aquella situación lo requería.

Después de unos pocos minutos, su hija bajó con una maleta. Doña Aurora abrazó a Natalia como nunca lo había hecho.

- No nos podemos abrazar, mamá- dijo responsablemente la hija.

Pero a Doña Aurora le daba igual, por fin podía estar con su Natalia.

Apenas caminaron 10 minutos, cuando un coche de policía apareció al final de la calle. Natalia se puso tensa, pero a Doña Aurora le daba igual. Recibieron la multa y la bronca por parte de los guardias. La parte reactiva de Doña Aurora la empujaba a contarle al agente toda la verdad, pero su parte racional sabía que esa era decisión de su hija.

- Tranquila, tengo dinero ahorrado – le dijo cuando por fin se quedaron solas.

Natalia no entendía nada y no conseguía formular palabra. Doña Aurora no quería hacer sentir incómoda a su hija, mientras regresaban a casa de la anciana.

- Dos meses encerrada con un monstruo pueden ser infernales – dijo sin mirarla y sin dejar de andar -. Que me lo digan a mí, que pasé cuarenta años con tu padre.

Natalia rompió a llorar, pero siguieron caminando, acercándose cada vez más al sitio donde iban a pasar el resto de la pandemia.

- Qué injusto – dijo enfadada Doña Aurora -. Qué injusto que he tenido que vivir un Estado de Alarma para sentirme más libre que en todo mi matrimonio.

Había sido un día completo. “Otro puñetero día completo más” – Pensó Marta. Desde hacía nueve años, no había tenido un solo día que pudiese adjetivarse como *liviano* – Le encantaba pronunciar este vocablo. Le embriagaba alargar sus silabas y que éstas arraigaran en su paladar con una sonoridad tan dulce y atávica a la vez.

Marta era una mujer más inteligente que afortunada. Tenía una facilidad innata para, incluso en el mayor de los calvarios, hallar motivos en los que regocijarse. “Mi ánimo impreso en Cirene” – Le gustaba bromear, cuando alguien le decía que su marido era el conspicuo borracho más notable de la barriada. Si insistían en ello agachaba el rostro ruborizada, se encogía de hombros y se justificaba en que las vejaciones, la ruindad y el egoísmo de su marido no rebasaban ciertas líneas rojas con ella, y mucho menos con su querida hija.

Aquella noche, reclinada en su sillón, paciente y avisada como era su natural, Marta removía la cuchara dentro de su taza de té con una expresión más circunspecta de lo habitual. Tenía los ojos clavados en el rostro de su hija, en sus trenzas sedosas y fragantes de una inocencia soñolienta y agonizante, iluminadas por la luz mortecina, rojiza o azulada, según las imágenes del televisor. La niña ríe ruidosamente y Marta sintió un latigazo de sangre adensada arrasando sus mejillas. De súbito, se sintió asfixiada, sepultada por tumultos de mercurio largo tiempo macerados. Le faltaba el aire. Jadeó cadenciosamente, se levantó de su sillón y trastabillando llegó hasta la cocina. Logró apoyarse en el mármol de la encimera, abrió el grifo y llevó agua hasta

su cuello. Cuando se recompuso, respiró hondo y volvió al salón. Su hija seguía mirando la televisión. Volvió a mirar las trenzas de la niña. Las recordó salpicadas de whisky, arrebujaadas por el hedor de dedos amarillentos y corruptos. Le inundaron las horas cuajadas de gritos arrepentidos, promesas arañadas y rehabilitaciones interrumpidas como una duermevela viscosa y aburrida. Una macilenta pátina de bilis recubrió su garganta. Quiso abrazar a su hija y decirle muchas cosas; cosas esperanzadoras, cosas consoladoras. Pero no encontró palabras.

Acabó de tomar su té. Sonó la música que cerraba el programa. Su hija la miró y quiso abrazarla. Marta la apretó contra su pecho con cálido vigor. Un coraje desconocido, irrevocable y resuelto inflamó su corazón.

A la mañana siguiente empezaron los tiempos convulsos.

Luego llegaron los días livianos.

“En caso de ser ganadores/as de uno de los premios, por la presente cedo la propiedad de la obras ganadoras a la Federación de Servicios a la Ciudadanía de CCOO-A, que se reserva todos los derechos sobre la misma incluido el de reproducción.”